

JOSÉ B. ADOLPH  
ANTOLOGÍA BREVE



Lectulandia

La narrativa de José B. Adolph (quien en alguna ocasión se definió a sí mismo como «zoroastrista disidente») ha sido asociada frecuentemente con la ciencia-ficción, pero en sus cuentos hay mucho más de «ficción» que de «ciencia». Si hubiera que resumir su temática en tres palabras, éstas serían: «muerte», «eternidad» y «paradoja». La presente antología es una buena muestra de ello.

**Lectulandia**

José B. Adolph

# **Antología breve**

ePub r1.0

jugaor 23.04.14

José Adolph, recopilación póstuma

Arte de cubierta: M. C. Escher, *Reptiles* (1943), reinterpretado por wisbin (2005)

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



ANIVERSARIO  
EDICIÓN CONMEMORATIVA



[epublibre.org](http://epublibre.org)

... yo creo que al final de toda luz hay un túnel.

J. B. A.

## El falsificador

«Antes que los Incas reinasen en estos reinos ni en ellos fuesen conocidos, cuentan estos indios otra cosa muy mayor que todas las que ellos dicen, porque afirman que estuvieron mucho tiempo sin ver el sol, y que padeciendo gran trabajo con esta falta, hacían grandes votos é plegarias a los que ellos tenían por dioses, pidiéndoles la lumbre de que carecían; y quedando desta suerte, salió de la isla de Titicaca, que está dentro de la gran laguna del Collao, el sol muy resplandeciente, con que todos se alegraron. Y luego questo pasó, dicen que de hacia las partes del Mediodía vino y remanesció un hombre blanco de crecido cuerpo, el cual en su aspecto y persona mostraba gran autoridad y veneración, y questo varón, que así vieron, tenía tan gran poder, que de los cerros hacía llanuras y de las llanuras hacía cerros grandes, haciendo fuentes en piedras vivas; y como tal poder reconociesen, llamábanle Hacedor de todas las cosas criadas, Principio dellas, Padre del sol, porque, sin éste, dicen que hacía otras cosas mayores, porque dio ser a los hombres y animales, y que, en fin, por su mano les vino notable beneficio. Y este tal, cuentan los indios que a mí me lo dixeron, que oyeron pasados, que ellos también oyeron en los cantares que ellos de lo muy antiguo tenían, que fue de largo hacia el Norte, haciendo y obrando estas maravillas, por el camino de la serranía, y que nunca jamás lo volvieron a ver. En muchos lugares diz que dio orden a los hombres como viviesen, y que los hablaba amorosamente y con mucha mansedumbre, amonestándoles que fuesen buenos y los unos a los otros no se hiciesen daño ni injuria, antes, amándose, en todos hubiese caridad. Generalmente le nombran en la mayor parte Ticiviracocha, aunque en la provincia del Collao lo llaman Tuapaca y en otros lugares della Armauan. Fuéronle en muchas partes hechos templos, en los cuales pusieron bultos de piedra a su semejanza, y delante de ellos hacían sacrificios: los bultos grandes que están en el pueblo de Tiahuanacu, se tiene que fue desde aquellos tiempos; y aunque, por fama que tienen de lo pasado, cuentan esto que digo de Ticiviracocha, no saben decir dél más, ni que volviese a parte ninguna deste reino.

Sin esto, dicen que, pasados algunos tiempos, volvieron a ver otro hombre semejante al que está dicho, el nombre del cual no cuenta, y que oyeron a sus pasados por muy cierto, que por donde quiera que llegaba y hiciese enfermos, los sanaba, y a los ciegos con solamente palabras daba vista; por las cuales obras tan buenas y provechosas era de todos muy amado; y desta manera, obrando con su palabra grandes cosas, llegó a la provincia de los Canas, en la cual, junto a un pueblo que ha por nombre Cacha y que en él tiene encomienda el capitán Bartolomé de Terrazas, levantándose los naturales inconsideradamente, fueron para él con voluntad de lo apedrear, y conformando las obras con ella, lo vieron hincado de rodillas, alzadas

*las manos al cielo, como que invocaba el favor divino para se librar del aprieto en que se veía. Afirman estos indios más, que luego pareció un fuego del cielo muy grande que pensaron ser todos abrasados; temerosos y llenos de gran temblor, fueron para el cual querían así matar, y con clamores grandes le suplicaron de aquel aprieto librarlos quisiese, pues conocían por el pecado que habían cometido en lo así querer apedrear, les venía aquél castigo. Vieron luego que, mandando al fuego que cesase, se apagó, quedando con el incendio consumidas y gastadas las piedras de tal manera, que a ellas mismas se hacían testigos de haber pasado esto que se ha escrito, porque salían quemadas y tan livianas, que aunque sea algo crecida es levantada con la mano como corcho. Y sobre esta materia dicen más, que saliendo de allí, fue hasta llegar a la costa de la mar, adonde, tendiendo su manto, se fue por entre sus ondas, y que nunca jamás pareció ni le vieron; y como se fue, le pusieron por nombre Viracocha, que quiere decir espuma de la mar...».*

Pedro Cieza de León  
*Crónica del Perú, Segunda Parte, Cap. V.*

Un oscuro recinto, iluminado apenas por una débil llamita, acoge a un hombre envejecido, pese a no contar aún cuarenta años, inclinado sobre un escrito que va fluyendo de sus dedos sarmentosos. De vez en cuando se detiene la elegante pluma y, mirada en alto, se recoge en sí mismo tratándose de fijar nuevamente un paisaje en trance de convertirse en leyenda.

Pedro Cieza de León, soldado del rey, cronista del Perú, escribe el segundo tomo de su obra. El mito de Viracocha, el dios que dio nombre a un rey, le ocupa hoy. El inca Viracocha, protagonista de la batalla que dio nombre a Ayacucho, en la cual el imperio fue consolidado una vez más, es el pálido reflejo de una figura inmensa que pasó, siglos antes, por las serranías y la costa del reino cuando éste aún era una vaga promesa entre tribus guerreras.

Alguien empuja a don Pedro. Los indios le han relatado una extraña historia, que el cronista ha recogido con piedad cristiana. Fiel a su mandato, la ha recogido como se la contaron; y sin embargo, al ponerla sobre el pergamino, la historia va cambiando insensiblemente, sin que el escritor lo note.

La historia relatada por los indios, que, a su vez, la escucharon de sus mayores, hablaba de carruajes celestiales y de campos hechos fuego. Y, sin embargo, al transmitir esta increíble historia al manuscrito que habrá de quedar, como prueba irrefutable de sus desvaríos, Cieza de León no menciona ni los carruajes ni los campos eléctricos. La historia es demasiado inverosímil, demasiado hereje. Puede costarle muy caro, quizás hasta la acusación de judería o agnosticismo.

La mano de don Pedro, mano que hasta ahora le ha obedecido fielmente en el manejo de la espada y de la pluma, se independiza. Escribe por sí sola. Y de sus

trabajos va quedando otra cosa, otra historia: una versión india del profeta nazareno. Una visión americana de la historia palestina, del hombre que descendió de los cielos para enseñar a los hombres a amarse. Canas le ha recordado a Canaán. La crucifixión se convierte en pedrea, tal como los judíos de Palestina, mil quinientos años antes, solían ajusticiar a sus criminales y víctimas.

Ha ido transformándose la historia de los indios hasta convertirse en la paralela de Jesús. Don Pedro releerá lo que ha escrito y se asombrará de sí mismo. No llegará a terminar ningún otro libro, ningún otro tomo, apesadumbrado por la transformación que se ha operado en lo que los indios le habían relatado. Se siente fracasado como cronista, traicionado por una memoria débil, por la mano de Dios o por una extraña cobardía que no es sólo el temor físico a la Inquisición.

Don Pedro siente que ha mentido. Pero no acierta a comprender por qué, ni hasta qué punto, porque ya en su memoria lo real (que también es leyenda) y lo añadido se entremezclan. Don Pedro teme que, al convertirse la osada y absurda Historia de los indios en una versión indígena del evangelio, ha dicho demasiado. Teme que, por miedo a la verdad, haya hecho algo peor aún, calificable también de herejía. Porque, después de todo, ¿no puede ser herejía el sugerir que el mensaje del hijo de Dios hecho hombre puede ser conocido fuera del cuerpo de los bautizados?

Se restriega los cansados ojos. Relee una vez más. Suspira. Quizás, piensa, haya hecho bien, hurtando a los incomprensivos ojos del mundo algo que éste no podría digerir, una cosa de brujería y maldad que no puede ser entregada a los pecadores de este siglo. Quizás el Señor le tenga en cuenta, a la hora de su muerte, haber transformado lo impío en santo, lo indecible en compasivo, lo funesto en edificante.

Pero sigue atormentado. ¿Quién es él, se pregunta bien, para modificar un genuino relato de esas gentes sencillas y honestas que han depositado su fe en el barbado historiador? ¿Qué pena puede haber para el falsario, para el deformador, para el mentiroso aunque lo sea por piedad?

Le habían hablado de un concierto de rugidos en la noche estrellada de los Andes, del descenso de un hombre poderoso y bueno, armado con instrumentos indescriptibles, sabio más allá de toda sabiduría. Le habían hablado de un hombre que hablaba con otros hombres que no estaban allí, y que le respondían desde lejos; de zumbidos y olores, de visiones coloreadas en pantallas de plata; de largos tubos de airoso metal verde, capaces de posarse como un ave discreta en la pampa ennegrecida. Le habían hablado de la tristeza y desolación del visitante ante la permanencia de la idolatría, de los extraños alimentos, de la mujer herida y su milagrosa curación. Luego, habían partido otra vez, y Cieza había transformado al inenarrable espectáculo en una caminata sobre el mar. La invocación del extraño — hecha por seña colocándose un dedo sobre los labios— de silenciarlo todo, había sido cumplida, finalmente, por don Pedro, pero a su manera.

Un incidente fue normalizado, en esa oscura habitación española por un hombre atormentado y dubitativo. Quizás por cobardía, quizás por sanidad mental, quizás por horror, un cronista embelleció lo incomprensible y nos salvó, una vez más, del conocimiento humano sobre nosotros.

Lo que comunico a usted, señor comandante, dando fin de este modo a mi investigación, solicitando su permiso para proseguir mi viaje y el de mi ya restablecida compañera, a la base de Plutón.

*(Hasta que la muerte, 1971)*

## Nosotros no

Aquella tarde, cuando tintinearón las campanillas de los teletipos y fue repartida la noticia como un milagro, los hombres de todas las latitudes se confundieron en un solo grito de triunfo. Tal como había sido predicho doscientos años antes, finalmente el hombre había conquistado la inmortalidad en 2168.

Todos los altavoces del mundo, todos los transmisores de imágenes, todos los boletines, destacaron esta gran revolución biológica. También yo me alegré, naturalmente, en un primer instante.

¡Cuánto habíamos esperado este día!

Una sola inyección, de diez centímetros cúbicos, era todo lo que hacía falta para no morir jamás. Una sola inyección, aplicada cada cien años, garantizaba que ningún cuerpo humano se descompondría nunca. Desde ese día, sólo un accidente podría acabar con una vida humana. Adiós a la enfermedad, a la senectud, a la muerte por desfallecimiento orgánico.

Una sola inyección, cada cien años.

Hasta que vino la segunda noticia, complementaria de la primera. La inyección sólo surtiría efecto entre los menores de veinte años. Ningún ser humano que hubiera traspasado la edad del crecimiento podría detener su descomposición interna a tiempo. Sólo los jóvenes serían inmortales. El gobierno federal mundial se aprestaba ya a organizar el envío, reparto y aplicación de las dosis a todos los niños y adolescentes de la Tierra. Los compartimentos de medicina de los cohetes llevarían las ampollitas a las más lejanas colonias terrestres del espacio.

Todos serían inmortales.

Menos nosotros, los mayores, los adultos, los formados, en cuyo organismo la semilla de la muerte estaba ya definitivamente implantada.

Todos los muchachos sobrevivirían para siempre. Serían inmortales, y de hecho, animales de otra especie. Ya no seres humanos: su psicología, su visión, su perspectiva, eran radicalmente diferentes a las nuestras.

Todos serían inmortales. Dueños del universo por siempre jamás. Libres. Fecundos. Dioses.

Nosotros no. Nosotros, los hombres y mujeres de más de veinte años, somos la última generación mortal. Éramos la despedida, el adiós, el pañuelo de huesos y sangre que ondeaba, por última vez, sobre la faz de la Tierra.

Nosotros no. Marginados de pronto, como los últimos abuelos, de pronto nos habíamos convertido en habitantes de un asilo para ancianos, confusos conejos asustados entre una raza de titanes. Estos jóvenes, súbitamente, comenzaban a ser nuestros verdugos sin proponérselo. Ya no éramos sus padres. Desde ese día, éramos otra cosa; una cosa repulsiva y enferma, ilógica y monstruosa; éramos Los Que

Morirían. Aquellos Que Esperaban la Muerte. Ellos derramarían lágrimas, ocultando su desprecio, mezclándolo con su alegría. Con esa alegría ingenua con la cual expresaban su certeza de que ahora, ahora sí, todo tendría que ir bien.

Nosotros sólo esperábamos. Los veríamos crecer, hacerse hermosos, continuar jóvenes y prepararse para la segunda inyección... una ceremonia —que nosotros ya no veríamos— cuyo carácter religioso se haría evidente. Ellos no se encontrarían jamás con Dios. El último cargamento de almas rumbo al más allá, era el nuestro.

¡Ahora cuánto nos costaría dejar la Tierra! ¡Cómo nos iría carcomiendo una dolorosa envidia! ¡Cuántas ganas de asesinar nos llenarían el alma, desde hoy y hasta el día de nuestra muerte!

Hasta ayer. Cuando el primer chico de quince años, con su inyección en el organismo, escogió suicidarse. Cuando llegó esa noticia, nosotros, los mortales, comenzamos recién a amar y a comprender a los inmortales.

Porque ellos son unos pobres renacuajos condenados a prisión perpetua en el verdoso estanque de la vida. Perpetua. Eterna. Y empezamos a sospechar que dentro de 99 años, el día de la segunda inyección, la policía saldrá a buscar a miles de inmortales para imponérsela.

Y la tercera inyección, y la cuarta, y el quinto siglo, y el sexto; cada vez menos voluntarios, cada vez más niños eternos que imploran la evasión, el final, el rescate. Será horrenda la cacería. Serán perpetuos miserables.

Nosotros no.

*(Hasta que la muerte, 1971)*

# Persistencia

*O'Henry debe de haberse agitado miles de veces en su tumba, gruñendo ante los innumerables finales sorpresa de segunda categoría que se escriben y que se supone sorprenderán al lector con su inesperado giro. Sin embargo el autor de «Persistencia» probablemente habrá merecido un asentimiento —y no un gruñido— del Maestro. El final de su realmente corta historia me sorprendió de la mejor manera posible.*

A. E. van Vogt

Gobernar la nave se hace cada vez más problemático. Los hombres están inquietos; sólo la más ardua disciplina, las más dulces promesas, las más absurdas amenazas mantienen a la tripulación activa y dispuesta. Una humanidad que ya no se asombra de nada nos vio partir hacia el más allá: estaba ya habituada a una desfalleciente fascinación.

Comprendo a todos; éstos han sido años de sucesos terribles, de convulsiones. Muertes masivas, guerras, inventos maravillosos; ¿quién podía entusiasmarse por una conquista de aquel espacio que ya nada nuevo promete a hombres hartos de progreso? Los costos son elevados, pero ya nadie se fija en cifras. Corre sangre y corre dinero en estos años en que somos, a la vez, creadores y asesinos.

Amo y odio a mis compañeros. En cierto sentido, son la hez del universo; en otro son balbucientes niños en cuyas manos se moldea el futuro. Abriremos una ruta que liberará a este planeta del hambre, de las multitudes crecientes que ya no encuentran un lugar bajo el sol y que sólo esperan, aterradas y resignadas, un juicio final del que desconfío: ¿cómo se puede ser tan supersticioso en estos tiempos de triunfo de la ciencia, del arte, de una nueva promesa de libertad como la que encarna esta nave?

Hemos partido hace meses; en este tiempo solitario hemos recorrido la inmensidad de cambiantes colores, reducidos a lo mínimo. Nos hemos visto convertidos en criaturas desnudas, flotando en la creación: los hombres tienen miedo. Sabían que existía este vacío; lo supieron siempre. Pero ahora que se sienten devorados por él, sus miradas se han endurecido para siempre. El final es un lejano punto que no logro construirles.

Huimos de un mundo de miseria y hartazgo; de violencia y caridad; de revolución y orden. Habremos de retornar, sin duda, pero tampoco puedo garantizárselo a ellos. Ven el vacío; no son capaces de perseguir un sueño a plenitud.

No hay comunicación con un pasado que sólo recobramos como futuro. Y mi soledad es mayor: ¡ay de los que poseemos la verdad y la seguridad! Una sola lágrima nuestra, descubierta por ellos, equivaldría a una desesperada muerte.

Pero es inmensa la recompensa: al otro lado nos esperamos a nosotros mismos, encarnados en esa libertad y en esa abundancia de que ahora carece nuestro planeta. Debemos durar, debemos resistir, no sólo porque el retorno es imposible, sino porque mienten cuando dicen preferir la seguridad de la prisión que dejaron. La verdad, me

digo, es obligatoria. Y el encargo que llevamos nos ha sido encomendado por todos los hombres de la Tierra, aun por aquellos que no saben de este viaje e ignoran lo miserable de su existencia.

El viaje continuará, así tuviese que matarlos a todos y gobernar yo solo la nave. Nadie puede escapar, si no es a través de su propia muerte: confío en sus instintos, más que en sus razonados temores. Hasta ahora no hemos encontrado las horribles pesadillas que algunos timoratos previeron. Sé que todo marchará bien, o todos moriremos juntos; si así fuera, si lo último se cumpliera, otros retomarán la esperanza y esa huida que será un gran encuentro. El cielo es negro sobre nosotros, pero miles de luces nos acompañan; son como cirios de esperanza. Ellos las miran con temor y odio; no quieren comprender que son guardianes y guías: ¿Cómo no sentirse hermano de las estrellas, que observan, comprensivas, nuestra soledad que es la de ellas?

Me siento solo, y no me siento solo. ¿Habrà alguien que pueda comprender esta atracción por un abismo que para mí no es sino una ruta más? Es cierto que a veces tengo miedo, como todos. No soy sino un hombre frente a fuerzas desconocidas: las intuyo, pero no las domino; las comprendo pero no son mías. Pero sin miedo no hay esperanza.

Y sin embargo, el tiempo es largo, sobre todo para ellos. El viaje se les aparece infinito. Empiezan a sentirse privados de toda realidad; se creen fantasmas de sí mismos. Sus ojos me amenazan, porque siempre hay un culpable. La nave cruje y se mece, la inmensidad es cada vez más aplastante, pese a esos signos que, desde hace un par de días, nos aseguran que no hay error, que mis cálculos son correctos.

Debo anotar, pues, que ojalá se cumplan los pronósticos favorables antes que el temor termine totalmente con la confianza. Rogaré al Señor para que tal cosa no ocurra. Danos, pues, Señor, la gracia de poder cumplir nuestra misión antes que finalice este octubre de 1492.

*(Cuentos del relojero abominable, 1973)*

## El día que saltaron los chinos

«Ni durante las antiguas dinastías, ni en los grandes periodos del Caos, ni después de fundarse la república de nuestro precursor Sun Yat-sen, pudo llevarse a cabo la prueba», dijo, con una sonrisa leve como una alondra, mi amigo Chung Tsui-mei. «Vivimos tiempos gloriosos», añadió, sirviéndome otra tacita de té muy suave.

Más allá de la ventana, un bosquecillo profundamente verde se mecía, rumoroso, en el cálido viento del sur. Durante un par de minutos bebimos en silencio esa combinación de té y felicidad que son consustanciales al verano de un suburbio chino. Era refrescante estirar las piernas, gesto mío que Chung perdonaba con juguetona cortesía. Poco antes me había leído las principales informaciones del día en el Renmin Ribao. Chung leía cada párrafo en el idioma original, pausaba, y a continuación hacía una excelente traducción. Más que el contenido, yo escuchaba gozosamente el incomparable sonido de esa lengua tan culta que se manifestaba en miles de sutiles matices imposibles de ser captadas por los jóvenes oídos de una civilización bárbara como la mía. Los sonidos brotaban de la delgada boca de Chung como el agrio horror de un grito de gaviota, como el susurro enamorado de una doncella en celo, como el iracundo apóstrofe de un asesino harapiento, como la serena convicción de un maduro líder obrero. Esa música, más la del viento entre los árboles, me encantaba y adormilaba a la vez.

Después, Chung había doblado cuidadosamente el periódico y servido el té. «Es un gran honor haber podido compartir con usted las noticias del día», dijo, sin abandonar jamás esa permanente sonrisa que indicaba un placer o una cortesía sin límites. Yo, aunque no fuera ésa su intención, sufría el dulce masoquismo de un perro sucio admitido en un tibio e impecable dormitorio. Nada hay más culto que un chino culto.

«El honor es mío», respondí al sentarme a su mesa. Chung inclinó la cabeza, aceptando graciosamente mi esfuerzo. «Si me permite una pregunta...», añadió.

«Por favor, hágala», dijo Chung.

«Usted mencionó, hace un momento, la posibilidad de que su país llevara a cabo una prueba imposible de realizar en el pasado».

«Efectivamente», dijo Chung. «Le agradezco habérmelo recordado. Como usted escuchó de la lectura del diario, la Academia de Ciencias de la República, guiada por el marxismo-leninismo-pensamiento Mao Tse-tung, y asumiendo la campaña de “nadar contra la corriente”, denunciar el confucianismo, modificar los sistemas de trabajo y combatir el revisionismo, ha recogido otro desafío de la ciencia burguesa occidental y socialimperialista».

Crucé las piernas, acomodándome en el sillón de paja trenzada. Sobre la cabeza de mi amigo Chung refulgía una pintura de Mao Tse-tung, sonriendo levemente a un

futuro en trance de formación.

«Usted habrá oído hablar, no sé si en broma, de un viejo juego intelectual de Occidente, según el cual si los ochocientos millones de habitantes de la China saltaran en el aire, de manera tal que cayeran de vuelta al suelo exactamente en el mismo instante, la Tierra sería desviada de su órbita».

Sonreí. «Bueno, sí, es una especie de chiste...».

Chung, manteniendo su sonrisa perenne, me miró sin embargo con gravedad.

«Nosotros no lo consideramos un chiste. O en todo caso, y le ruego que me perdone, creemos que es un chiste de clara intención ideológica. Con él se pretende, como en el pasado, asustar a las masas revolucionarias del mundo con el supuesto “peligro amarillo”. Es decir, ese chiste significa que es imprescindible una guerra atómica preventiva contra la China, porque hay demasiados chinos y éstos constituyen un peligro para el resto de la humanidad. ¿Considera usted que estamos equivocados?».

«Ahora que usted lo dice, me parece cierto que la broma tiene una carga ideológica. Admito que no lo había comprendido así, pero parece ser cierto».

Chung inclinó la cabeza.

«Me alegra profundamente encontrar su comprensión para nuestro punto de vista».

Yo me incliné a mi vez. Chung añadió:

«Nuestros pensamientos, aunque de origen diverso, confluyen en una común preocupación por los mejores intereses de un humanismo bien entendido; después de todo, ambos pertenecemos al Tercer Mundo».

«Así es», respondí.

«Pues bien», dijo Chung. «Nuestra Academia de Ciencias, que ha echado por la borda el elitismo clásico de la vieja universidad, se halla integrada en el pueblo, gracias a la luminosa dirección del Partido, de su X Congreso y de la jefatura del Camarada Mao. Nuestra Academia de Ciencias se guía por las Tres Líneas de Pensamiento: la Línea de Avance, la Línea de Ascenso y la Línea del Torbellino Contradictorio. Esto significa que nuestra ciencia se halla empeñada en la triple tarea de progresar, profundizar y sintetizar».

«Admirable», respondí.

«Nada es imposible para una ciencia armada con las Tres Líneas de Pensamiento. Con el tiempo, dominaremos totalmente la naturaleza. Con decirle que he escuchado rumores que ya nuestros hombres de ciencia experimentan en la búsqueda de la inmortalidad...».

Rió brevemente. «Pero ése», añadió, «es un problema que aún nos demandará algunas décadas. Por ahora buscamos construir el Hombre y la Mujer del Futuro. En el curso de todos estos trabajos, que van desde la creación de un entorno comunitario

desprovisto de egoísmo, hasta la construcción de armas capaces de derrotar al más fiero imperialismo, la Academia, a una sugerencia del Comité Central, ha resuelto hacer el experimento del Gran Salto Colectivo».

Me incorporé interesado.

«¿Quiere usted decir que...?».

Chung disimuló mi descortesía, pero me di cuenta cuán chocante era para él semejante pregunta directa.

«El 14 de febrero a las 12 del mediodía, hora de Pekín —o sea, dentro de diez días—, todos los habitantes de la China entre los 5 y los 80 años de edad saltarán juntos en el aire».

«¿Creen ustedes realmente que se alterará la órbita del planeta?».

«No, no lo creemos, aunque algunos académicos prefieren dejar abierta la posibilidad. Pero sí consideramos que se producirá un temblor de tierra. De acuerdo a los cálculos realizados, la energía liberada por alrededor de 800 millones de seres humanos, con un peso promedio de 40 kilos, que golpeen el suelo desde una altura promedio de treinta centímetros, es suficiente para lograr efectos sismológicamente medibles».

«Lástima que ya no esté en su República para esa fecha», me lamenté. «Pero ¿qué sentido tiene el experimento?».

«Tiene una motivación esencialmente psicológica», dijo Chung. «Demostrar gráficamente a las masas del mundo que son invencibles. Si a nosotros nos basta saltar para modificar la naturaleza, ¿qué no podrán hacer los pueblos revolucionarios de la Tierra al tomar las armas para combatir al imperialismo?».

«Muy sutil», comenté.

Chung rió nuevamente. «Yo me permitiría añadir algo que usted calla por cortesía: que es una idea muy oriental, ¿verdad?».

«Efectivamente», respondí, y reímos los dos. «No creo que semejante idea pueda surgir y realizarse en el ámbito judeo-cristiano».

«Del cual, sin embargo, surgió el marxismo», dijo Chung.

«Que ustedes, por cierto, han orientalizado», dije.

«No podía ser de otra manera».

Las primeras sombras reptaban por los troncos de los árboles. Densos perfumes ingresaban a la habitación desde el jardín que se dormía.

Agradecí la hospitalidad de Chung Tsui-mei y me retiré. Me esperaban. En los pocos días que me restaban en la China, la singular idea me obsesionaría crecientemente. A mis preguntas, diversos interlocutores me respondieron casi con las mismas palabras de Chung. El 14 de febrero a las doce meridiano, 800 de los más de 900 millones de chinos saltarían. Eso era todo.

De vuelta en mi país, descubrí que la prensa mundial había tomado el asunto

irónicamente. Proliferaban los chistes antichinos, algunos no carentes de gracia. Según el mejor de ellos, cuando los chinos volvieran a la Tierra, ésta podría ya no estar allí. Otro sugería que podrían levantar vuelo en territorio chino pero caer en el soviético, debido a la aceleración de la rotación del planeta causada por el empuje inicial.

Sea como fuere, al llegar la hora señalada, millones y millones de personas esperaban las primeras noticias sobre el Gran Salto Colectivo. Llegaron las doce del día, hora de Pekín, y quienes, a diversas horas, estaban pendientes de la radio o la televisión, vieron moverse el minutero sin que se supiera ni sintiera nada.

Pocos minutos después llegó el *flash* noticioso. Indicaba que, conforme al proyecto inicial, el Salto se había producido, sin más consecuencias que una ligera polvareda.

Los escépticos sonrieron y los crédulos sintieron la mordedura de la decepción. Ni siquiera un leve temblor de tierra. Nada.

Tuvieron que pasar varias horas antes de que la gente pudiera apreciar la belleza de la primera puesta de sol en el Este.

(*Mañana fuimos felices*, 1975)

## Marta

La batalla final, me dije, no es la del bien y el mal: es aquella que, en el universo minucioso de cada día, enfrenta diversos niveles del infierno. Dios y sus eufemismos —oníricas emanaciones del caos— se disuelven como la tartamudeante incoherencia de un loco. (Marta me mira desde su escritorio, seis metros más allá. ¿Sonríe? Se acerca; lee por sobre mi hombro: «Dios y sus eufemismos, oníricas emanaciones...»). Menea la cabeza en simulado escándalo. Dice: «Joyce, no eres aparatoso cocodrilo» y vuelve a su sitio. Unas lágrimas me chorrean hacia adentro —nunca hacia fuera—, no por su esbozo de justísima crítica literaria, sino porque es tan espantosamente inocente, tan patológicamente sana).

Pongamos las cosas así: Marta trabaja en esta redacción desde hace seis meses, durante cuyo transcurso se ha enamorado cinco veces, tres de las cuales la portaron hacia otros tantos lechos. El promedio de duración de cada romance: 2,4 semanas. Ninguno de sus ¿qué? ¿amantes, enamorados, pretendientes, pretendidos, ilusiones, oníricas emanaciones de su deseo y de su soledad? pertenecía, a alguien gracias, a esta redacción. Dos poetas, un periodista de otro corral, un esotérico traficante internacional de mercaderías turbias pero no ilegales y un destacado miembro del partido que nos gobierna. Marta no es ni joven ni vieja: exactamente treinta años, con tendencia a ser algo gorda pero sin serlo todavía, cómoda melena negra sobre un rostro algo jadeante; escribe bien pero poco, carece de un concepto definido del tiempo —quiero decir, de la hora—, es asombrosamente inteligente y, como suele ocurrir, asombrosamente estúpida: lo que dije, sana. Básicamente cree en la gente, sobre todo en los hombres. Con su séptimo amante, y ni un minuto antes, tuvo su primer orgasmo con un hombre. Sabe la verdad sobre las personas (pese a lo afirmado anteriormente) y no sabe nada. Quiere todo y no quiere nada. Es la suma de persona de sexo femenino más inteligencia más sexualidad largo tiempo reprimida o desviada: se sigue desviando, ahora hacia la bondad. Trato de ser cínico y no puedo. No con ella. O sobre ella.

Me quiere mucho, y yo a ella: yo fui el séptimo, tres o cuatro años atrás. Ahora la relación ha ¿ascendido? ¿descendido? ¿variado? hacia una cariñosa amistad. Pero todo eso es otro tema. O me da la gana que lo sea.

Sigamos poniendo las piezas. Decía que la batalla final, etcétera, y hablé de los niveles del infierno, de ese infierno que el idiota solitario y retraído de Sartre ubicaba en el Otro. Ni Marta ni yo hemos mencionado que sabemos que el infierno es, en realidad, la ausencia del Otro. No somos alsacianos hijos únicos, feos y perversos, que ven los fieros ojos judíos de Dios en los demás: buena parte de nuestras vidas, ¿eh, cocodrilo?, consiste en agradecer cualquier mirada, cualquier odioso rayo láser en nuestra soledad. Aparatoso cocodrilo, ¿eh? No, Joyce no soy, aunque mi grosera

sexualidad. Pero basta.

Cuando Marta me sonríe a través de la redacción, s  que ha vuelto a sonar la campana y que se inicia un nuevo round: Marta ha conocido a alguien. Como se puede apreciar, no juzgo. Describo. Continuará así: magia.  sa es la palabra que ella usa.  Y por qué no? Mi grosera sexualidad etcétera utiliza otros términos. Sostengo, inútilmente, que el amor (o la magia) no aparece cada 2,4 semanas. El deseo, s . Lo que en los perros —seres menos atribulados que Joyce— se denomina celo. Marta, indignada quizás con razón, deja de sonr er y pone cara de haber chupado un limón. Por mi parte, pienso que ambos exageramos: hay algo que puede aparecer cada 2,4 semanas, o no abandonarnos nunca, como una veleta que gira con el viento sin abandonar el techo: la soledad.

 C mo resumir sin traicionar la intrincada y a la vez sencilla personalidad de Marta, sobre todo en un país en el cual consciente o inconscientemente, sincera o hipócritamente, la combinación de intelecto con ovarios no suele ser popular? Pienso que la descripción est  implícita en la pregunta. En la práctica, eso significa que la soledad en una mujer así adquiere una especial dimensión de inseguridad y contradicción: el quiero-no quiero, habitualmente desplegado en años o siquiera meses, en ella puede encogerse a minutos en torno a un par de cafés. Hasta ahora no la conozco. Quiero decir: hasta ahora no s  qué siento cuando me sonríe. Quiero a mi esposa y siempre la quise, y me dicen los que saben —entre ellos Marta, que sabe todo y nada sabe— que no se puede amar a más de una persona a la vez. Alguien debe estar equivocado, además de Sartre.

 Dije que tiene treinta años? Creo que sí, pero ésa es una falacia: en puridad, Marta es una adolescente que se observa a sí misma desde su temprana vejez. Sólo que —y por eso anoto esto— de pronto suspende todo juicio y junta briznas de un hombre para construir otro, productor de magia, como un pajarito fabricando un nido. Luego, se sienta a empollar y se viene abajo: no había nido; sólo briznas. Pero no es inconsciente: sabe lo que ocurre; quizás necesite que ocurra.

Hablando de niveles de infierno, descubro quién es el escogido esta vez: es de casa. Un redactor nuevo. Entre 35 y 40 años, casado, dos hijos, esbelto, atractivo, capaz en su oficio. Sonríe de vez en cuando pero no es frívolo; más bien algo solemne. Lo he adivinado con facilidad: Marta nunca supo ocultar sus sentimientos, aunque se considera una gran conspiradora. Miradas, miradas, miradas. Para mí es suficiente; suspiro; como un personaje de historieta norteamericana me digo: «aquí vamos otra vez».  Estoy celoso? Estoy celoso.

(Como si lo viera: lo rodea, le conversa, se sienta a su lado, le consulta, le habla de Lima nocturna y de la apasionante locura de sus personajes. Se hace invitar un café o, si el tipo es de aluminio, lo invita ella. Poco después, sus caderas chocarán contra el escritorio o derribar  un azucarero o se tomar  un trago y se chorrear  la

barbilla).

Y ahora supongamos lo siguiente: el tipo está más bien intimidado. Piensa: si a estas alturas engañara a mi mujer, sin duda no sería con una periodista escandalosa y romántica. Por otra parte, y aquí reaparece aquello de mi sexualidad grosera y etcétera, un polvo fácil no es de despreciar, pero por otro lado y por otra parte y a su vez y más bien, etcétera nuevamente. Y Marta piensa: claro me gusta pero el sexo no es lo único pero si dura puede convertirse en magia aunque la magia no dependa del sexo aunque sí dependa mejor me olvido de todo pero qué debo decirle si le digo que me invite un café va pensar que yo pero si no le digo pensaré que yo y si le escribo una notita amorosa pensará que yo mejor me olvido de todo pero me gusta y es justo lo que ando buscando pero. Y así.

Situación tal no puede durar eternamente, me digo. Redoblo mis esfuerzos con la máquina de escribir y fabrico diez centímetros más de insulsa objetividad. Pienso: por todas partes crecen los malentendidos, regados por la definitiva inteligencia de Dios. El redactor nuevo cacarea y se ríe con unos colegas allá al fondo de la sala. ¿Será posible que uno de ellos haya mirado furtivamente a Marta antes de lanzar otra de sus carcajadas criollas? Es posible. De hecho. Estoy preocupado. Sé que ha ocurrido antes, pero yo no lo he visto. Ahora, la azucarada mezquindad de la traición se está esculpiendo ante mis ojos. Marta, ciega y sorda, tararea algo mientras redacta. Yo enciendo un cigarrillo y miro a la pared.

Al día siguiente Marta me invita un café. Salimos a la cafetería. Reconozco su mirada de insegura felicidad. Me muestra un papelito sucio y varias veces doblado: lo que me temía. Un poemita anónimo. Me excuso de reproducir su aparatosa banalidad; no lleva firma. «Apareció sobre el rodillo de mi máquina», me dice Marta. «¿Crees que sea de él?».

«¿Sobre tu máquina? ¿En un lugar público?». Sé que pierdo la guerra, esa guerra emprendida para salvarla de una ilusión rota. ¿Salvarla por qué? El resto es silencio.

«Es que podría ser que...». Me ahorro la lista de salvavidas que Marta emprende para cubrir lo obvio con las sedas del misterio. Resumamos: a la noche siguiente, yendo al baño de la dirección que es el más limpio —o el menos sucio— del periódico, oigo jadeos en la oscura oficina de la subdirección. Conozco uno de los jadeos: no necesito mirar.

Al volver a la redacción, el grupito de amigos del nuevo calla de pronto y se disuelve. Naturalmente, el portador de la magia les ha hecho un divertido discursito anunciando sus próximos minutos de gloria y jadeo. Como si lo estuvieran viendo en un videotape. Decido irme antes de que la feliz pareja retorne.

Al día siguiente, Marta llega temprano. Siento un vacío: me lo va a contar todo, como siempre. El hombre todavía no ha venido. Marta se sienta a mi lado y sonrío de oreja a oreja mientras me entrega otro papelito. No necesito abrirlo.

«Yo le dejé este poema en su escritorio anoche», me dice. «¿No quieres leerlo?».

Lo leo. Como poema, no está mal. Como cualquier otra cosa, es horrendo. Respiro con dificultad. Me evado hacia mi grosera sexualidad:

«¿Antes o después de tu inspección a la subdirección?».

Chupa su limón. «Asqueroso», dice. «Antes».

«Marta», le digo, y no puedo decir más.

«¿La nueva moda es seguirme en la oscuridad?», pregunta. No ha comprendido nada. Un par de integrantes del grupito hace su ingreso, saluda con extrema efusividad a Marta y a mí. Marta mira hacia la puerta: ya sabemos a quién espera. A quien espera, debo escribir para dar una imagen más exacta. Tiene la cabeza erecta, con orgullo y expectación. Es feliz.

*(La batalla del café, 1984)*

## Castigo

La muchacha flotaba, boca abajo, en las quietas y azules aguas del lago. Detuve la camioneta y me acerqué a la ribera: vi que vestía una blusa blanca y un jean azul sucio; su pelo, relativamente largo, era rubio y se mecía suavemente con las mínimas olas de este ojo de agua situado a casi cuatro mil metros de altura, entre las rocas grises y rojizas de los Andes. La soledad era total; ni animales, ni plantas, salvo algunas matas de yerba pajiza; ni un pájaro, ni una nube. Apagado el motor de mi camioneta, no se escuchaba sino el esfuerzo de mi corazón, sobrecargado ahora por la imagen de la mujer que flotaba en el agua y que, lentamente, se acercaba a la orilla, como si pocos minutos antes hubiese caído del cielo al centro del lago y ahora, con la decisión de la muerte, fuera transportada a tierra.

Quizá fuera la altura o el asoleado terror del silencio, o la necesidad de desvariar; sentí que avanzaba algunos minutos hacia el futuro: la muchacha ya estaba en la orilla, yo la pescaba y la extraía del agua y le daba vuelta. En el momento en que, en esta breve alucinación, reconocía su rostro, una especie de grito mental me volvía atrás y la vi nuevamente a unos diez metros lago adentro, aún boca abajo.

Volví a la camioneta y saqué mi caña de pescar; regresé al borde del agua. No sé por qué lo hice: la caña apresuraría muy poco la extracción del cadáver. Me senté a esperar, y el fenómeno se repitió, pero en esta oportunidad la muchacha, todavía muerta, estaba rígidamente sentada a mi lado. Yo no me atrevía a mirarla: sabía que no resistiría reconocerla. Pero en mi visión le preguntaba:

«¿Qué te pasó? ¿Te caíste al agua?».

Ella soltaba una risita, y decía, con una voz que me volvió al presente —si es que era el presente—:

«No te hagas el tonto. Todos saben que me mataste».

El cadáver, entretanto, se había aproximado a unos cuatro o cinco metros de la playita. Hice un intento con la caña de pescar y, finalmente, logré tocarle un hombro. Comencé a guiar el cuerpo, suavemente, hacia mí. Al cabo de unos instantes más, pude inclinarme sobre ella y arrastrarla a tierra, aún boca abajo. Algo me impidió darle vuelta, creí prever un rostro destruido por las aguas o por eventuales peces, si los había, o simplemente por la descomposición. Yo no sabía cuánto tiempo llevaba muerta. Ahora sé, claro, que ése no era el verdadero motivo de mi indecisión.

El mundo volvió a cambiar, y me vi manejando mi camioneta, con su cadáver al lado, sentado tan rígidamente como antes junto al lago, bamboleándose ligeramente con el vehículo. Mi terror a verle la cara seguía insólitamente total y, además, crecía a cada segundo.

«¿Quieres volver a deshacerte de mí?», preguntó con ironía. ¡Esa voz! ¡Esa voz extraña, pero familiar!

Escuché: «¿Hasta cuándo va a continuar esto? ¿Es que no voy a descansar nunca?».

Decidí hacer un esfuerzo gigantesco y mirarla. En ese momento, me sorprendí llevándola en brazos a mi camioneta, mirando fijamente hacia adelante, mientras el agua helada chorreaba por mis brazos y pantalones.

Junto a la camioneta, la deposité en el suelo y abrí la puerta del lado derecho, para acomodarla en el asiento. Mientras lo hacía, me vi nuevamente mirando hacia adelante en la camioneta en marcha, y escuché esa voz tan conocida pero deformada, que preguntaba, con un dejo de curiosidad: «¿Todavía no has escogido tu futuro?».

«No comprendo», dije, hablando por primera vez y refiriéndome tanto a la pregunta como a la cadena de sucesos que se había iniciado cuando, desde la camioneta, vi a la muchacha que flotaba, boca abajo, en las quietas y azules aguas del lago. Detuve la camioneta y me acerqué a la ribera: vestía una blusa blanca y un jean azul sucio; su pelo, relativamente largo, era rubio y se mecía suavemente con las mínimas olas de este ojo de agua situado a casi cuatro mil metros de altura, entre las rocas grises y rojizas de los Andes.

Esta vez corrí de vuelta a la camioneta, decidido a huir del lugar. Pero al acercarme al vehículo, vi una sombra erecta en el asiento del lado derecho. Miré hacia el lago: las aguas estaban quietas y vacías. Seguí hacia la camioneta, di la vuelta por delante y abrí mi puerta. Me senté, arranqué y, temblando con un sudor frío, la escuché comentar: «Eres cruel».

Me decidí a mirarla: a través del vacío sobre su asiento, vi el lago, con el cadáver de una muchacha flotando tranquilamente en él. El asiento estaba húmedo, olía a algas y a muerte, y yo estaba llorando, como cuando la maté.

*(La batalla del café, 1984)*

## Ni siquiera tú

Éste es el gran dormitorio, fíjate; no hagas caso de las telarañas o de esos remolinos de polvo. Abriré un poco las ventanas. Nací aquí, en esa misma cama que ves. No es gran cosa, pero tampoco llegué a serlo yo mismo. Es, o fue, un sólido dormitorio de clase media, en un barrio sólido, sin demasiado *kitsch*; al menos, a mí me lo parece. ¿Ves ese cuadro? Son mis padres el día de su boda. Déjame que sople para verlos mejor. Bueno, pues ellos son. Don Jorge y doña Estefanía. Terrible, ¿no? Destruyeron mi vida, y los amo. Pero no te preocupes: prometo no hacer psicoterapia. Además ya es tarde. Pero quería que vieras los orígenes. Me imagino que necesitas conocerlos. ¿No? Pensándolo bien, supongo que sabes más que yo.

Pasemos entonces a mi propio dormitorio. Por aquí. La puerta rechina, ¿sabes? Siempre me prometí aceitarla, y eso desde hace años. No mires lo que hay en la cama: no significa nada. Es un absurdo. Observa más bien la biblioteca; no es gran cosa, pero me gusta. Desde Dumas y Paul Féval hasta Elliot y Pound. Tú te ríes, pero bien puedes darte ese lujo siendo lo que eres. Y estos papeles son uno de esos ejercicios a que se refería Valéry, sólo que... Bueno, dejémoslo: uno hace lo que puede y lo que debe, cuando no flaquea demasiado la voluntad. Me gusta venir y acariciarles los lomos, quitarles el polvo, recordar. Aquí tienes una foto de Isabel, mira: la tengo sobre el velador desde que, ¿cómo decía Vallejo? Pluma de viento, ¡pasa! Isabel vino, trastornó mi rutina, alteró mis certezas, pero no hizo de mí un Gauguin. Pluma de viento, pasó. Algún día la verás y podrás decirme. Echo de menos acariciar su largo, largo cabello negro-cuervo. Miento: sólo echo de menos echar de menos.

Como ves, aquí todo es normal, tranquilo. Pero el cansancio... Cómo quisiera dejarme caer, muy lentamente, sobre la que he dormido todos estos años, todas estas décadas, y anularlo todo. Pero ya no se me permite, ¿verdad? Ya no se me permite sino mostrarte todo antes de. Cómo quisiera darte un mensaje para Isabel, para su cabello negro-cuervo, y otro para mis padres, y otros más para todas esas cada vez más tenues figuras que me acompañaron un trecho sin saber realmente a quién o a qué acompañaban.

¿Quieres ver el comedor, y el rincón que me servía de, no sé, biblioteca y bar y madre? Ven por aquí. Cuidado con ese escalón; durante años me propuse hacerlo reparar, pero de alguna manera y por alguna razón nunca llegué a hacerlo, ni a arreglar ese enchufe con el cable pelado que está en la cocina, ni a cambiar esas persianas de la salita siempre oscura y desierta y silenciosa.

Aquí estamos. Ya veo que no te impresiona. Debe ser difícil impresionarte. Pero para mí esto tiene el encanto de lo propio. Sí, es cierto: soy como esas abuelas que guardan cintas y retazos durante toda una vida en baúles apolillados. Las polillas son

siempre las mismas, las de las cosas y las de las gentes. Claro que son las mismas: pregúntale a esa cosa que está en mi cama. Pero qué puedes saber tú de polillas. Mira, mira ese pequeño jardín: cuatro hierbajos y un arbusto. Dicho así, es una nadería. Hasta tú lo eres. Vamos, no te ofendas; ¿quién hubiera pensado que podías ofenderte? Todos creemos que estás por encima de minucias. Qué mal te conocemos. Es que en esa nadería estaban para mí todas las selvas del mundo; en mi niñez, temblaba ante las fieras que vivían en ese arbusto, tras esas hojas, y que —claro— no eran sino arañitas de jardín. No, no voy a hacer simbolismos baratos, no esta vez, no en esta última vez. Que por lo menos todo esto sirva para reivindicar las naderías, las ínfimas particularidades con las que cada cual se construye su universo para tener, luego, algo que abandonar. Isabel detestó este jardincito, tanto como a ese polvo que nos recubre a todos y que llamamos tiempo. Era impaciente y todavía debe serlo, si es que continúa sin aprender, allá en ese lugar donde sin duda sobrevive con un marido e hijos. No diré: la vida debe haberle enseñado. Otra mentira. ¡Tantas mentiras! A mí sólo me enseñó a, como dice Milton, perder la esperanza para perder el temor.

Bueno, creo que ya te he mostrado todo lo que hay que mostrar. ¿Noto una luz de simpatía en esa oscuridad doble que debo llamar tus ojos? Lo otro, la resaca de ese mar en que floté —amor, literatura, la historia de los hombres—, es algo que puedes extraerme directamente: para eso te escribo esta nota, sentado a mi escritorio en el rincón, mientras esperas, de pie, a mi lado. Entenderás, porque ¿qué más experiencia que la tuya, qué pozo de sabiduría más hondo que el tuyo?

Sabrás ya, porque siempre es así, que no me duele en absoluto dejar lo que queda en esa cama, abandonar ese cuerpo que ya comenzó a corromperse hace muchos años, antes de Isabel y con Isabel, y acompañarte. Pero tampoco serás mi amiga. Ni siquiera tú.

*(Diario del sótano, 1996)*

# Noemia

No sé cuántas veces la vi morir. Y mi primer pensamiento, cada vez, era *¿y ahora qué?* Duraba hasta su primera sonrisa, hasta su nuevo despertar.

Misha, la gata negra, solía subirse a su cuerpo. Noemia, condenada definitivamente a la inmovilidad, sonreía en una cama coqueta, llena de adornos, almohadas, peluches. En mi recurrente visión de su muerte, Misha ronroneaba, esperando una caricia que Noemia ya no podía darle. Pero no: los gatos no trepan sobre los muertos.

Casi todas las noches, antes de entrar al dormitorio común, aparecía esa imagen: Noemia en la misma postura, en la misma inmovilidad, pero sin esa extraña chispa llamada vida. Esa chispa que Shakespeare llamó sonido y furia, a la que sin embargo uno se aferra como *homo ludicus* que en el fondo es. Uno vive porque es jugador y siempre cabe una apuesta más. Hasta que lo arrojan del casino o coge un revólver.

Para entonces, la desesperación imaginada había quedado atrás: se había instalado un horror tranquilo, casi acariciador. Atrás quedaban, con el dolor más agudo, los paseos cerca al mar, las películas a discutir en el café, los libros, la diversión por computadora. Con los proyectos habían muerto las decepciones; el adiós a las risas era también el fin de las lágrimas. La anunciada peste negra de la muerte había barrido también todas las nostalgias, porque en nuestras conversaciones en el tibio dormitorio los recuerdos ya no eran nuestros: pertenecían a la peste que lo inundaba todo.

Conocí a Noemia en un banco: fue motivo para posteriores carcajadas. Hacíamos cola para cobrar sendos cheques. Inicé una conversación poco original sobre la lentitud detrás de las ventanillas, estimulado por el cabello largo y negro y los labios color naranja de Noemia. Ella sonreía y respondía poco, pero me di cuenta de que comprendía hasta ciertas alusiones más bien culteranas a las que, como siempre, me aventuré tras algunos momentos. Tras la bella apariencia había una mente divertida y ágil que captaba alusiones literarias que hacían sospechar una silenciosa Alejandra de Sabato tras esa fachada de hotel cinco estrellas: *¿por qué uno siempre se sorprende de la inteligencia de una mujer hermosa?* Es parte del largo catálogo de prejuicios que nos adorna. Esa mente divertida y ágil, sin embargo, ya estaba amenazada por los primeros, sutiles ataques de la enfermedad.

Cuatro años de loca diversión comenzaban. Dejamos a nuestras respectivas parejas, la mía formal, la de ella informal, no sin ciertos sentimientos de culpa ahogados por el irrefrenable egoísmo de lo que las artes y artesanías literarias llaman pasión. Tras quince días de hostales decidimos convivir. Comentario de Noemia: *nos ha dado fuerte*. Pensamiento mío: *¿cuánto durará?* Por algo yo tenía 46 años y ella 22. Afortunadamente pudimos alquilar un minidepartamento con una cocinita en la

que ella logró arruinar varias comidas.

Estábamos cerca de la avenida Larco y las noches brillaban para nosotros, con grasientas hamburguesas y galerías de pintura que nos permitían despotricar contra los expositores y contra el público. Comíamos donde Luigi y cafeteábamos en el Haití, juventud dorada a deshoras, inconscientes parásitos de la realidad nacional y de una globalización postergadas en nuestra permanente excitación. Nos deseábamos con sutileza pero también con violencia, armados de una ternura obscena.

La pareja de ella, un muchacho sano y simpático, tuvo el buen gusto de desaparecer sin crear mayores problemas, aunque exhalando algunas frases de comprensible despecho. Si habló de «ese viejo», como sospecho, Noemia no me lo dijo. En cuanto a mi esposa, cierto triste pudor me impide mencionar la batalla que aún continúa y, me imagino, no terminará tan pronto. Por suerte, estoy en condiciones de comprar su relativo silencio. Silencio que también desaparecerá, con todos los demás privilegios, cuando se asiente la bruma final.

Si hasta ahora he dejado la impresión de una relación plena de solemnidad erótica, de apasionamiento pornorrosa, debo corregirla por fidelidad a ambos, a nuestra verdad sin futuro, como todas. Reíamos, como cuando Noemia citaba hallazgos de Kundera: más que los hombres guapos, a las mujeres les fascinan los hombres amados por mujeres guapas; o como esa escena protoorgiástica en la que una mujer acepta (¡acepta!) hacer el amor con dos hombres y, para comenzar, los tres se contemplan desnudos en un gran espejo: ambos hombres miran el cuerpo de la mujer, pero la mujer se mira a sí misma. Aprendí mucho de psicología femenina con Noemia, y sobre esa perpetua, sorda competencia entre las mujeres que desespera a las feministas.

La cotidianidad, la privacidad, el mundo de la política y el no menos salvaje de la llamada cultura, eran objeto de un escepticismo compartido que a menudo derivaba en el tan calumniado cinismo, último y clandestino refugio de los románticos cuando finalmente se resignan a ver el mundo tal cual es. En algún momento llegamos a proyectar el Movimiento Cínico Internacional (la quinta o sexta Internacional), con claras raíces existencialistas aunque también con múltiples aportes griegos, franceses y alemanes. Sólo nos reíamos cuando nos dolía. «Esto», decía Noemia, «no lo entenderán las gentes serias, de izquierda o de derecha. Sólo los extremistas de centro como nosotros».

En verdad, fue un amor divertido durante esos cuatro años: no sé qué puedan decir los sexólogos acerca del humor y la sexualidad. Con nosotros funcionó: ninguna tristeza *post coitum*, doctor, ningún arrobamiento, ninguna mirada a la mirada, ningún delirante orgasmo que no pudiera resolverse finalmente en una gran carcajada de mutuo reconocimiento, de pacífica aceptación, de sublevación contra el consabido absurdo. Ésa era su perfección, y no una ausencia de peleas (que las tuvimos, y

fuertes) ni una especie de solemne metafísica de los cuerpos. La trascendencia la llevábamos dentro. El más allá, la inmortalidad, estaban incorporadas, en el auténtico sentido de esta palabra: el espíritu era absorbido por la materia; teníamos chispas de pura energía deambulando de neurona en neurona.

Pero había otras fuerzas haciendo el mismo recorrido, fuerzas a las que no voy a honrar detallándolas como si tuvieran la misma categoría moral. El mal existe, vaya si lo descubrí entonces y ratifiqué más tarde: no, no es solamente una ausencia de bien. El mal existe, tiene un cuerpo y tiene un alma, y además controla buena parte del universo. Nos deja apenas un resquicio, una mínima brecha que al fin de cuentas siempre será cerrada, pero que tenemos que intentar franquear aunque sólo sea para decirle al todopoderoso mal: aquí estamos, somos posibles, no eres único en ese mundo del que una y otra vez te apropias. Y: cuando quede un solo hombre vivo, una sola flor imponiendo colores a la oscuridad, un solo bicho arrastrando su inutilidad bajo las galaxias, mi memoria vivirá en la tuya, mal, jodiendo tu triunfo, amargando tu victoria.

Dije que esto duró cuatro años: el tiempo que falta, que no he reseñado todavía, no es solamente el de la enfermedad. Víctima de una niñez y de una adolescencia retraídas y autoagresivas, Noemia desarrolló, dentro de la relativa calma de nuestra relación y —quién sabe— dentro de los parámetros de su enfermedad o de la terapia que ésta requería, una nueva adolescencia, un ansia de vivir en rebeldía, de agredir al mundo, de descubrir la nada y el absurdo en todo, salvo en su extrañamente abierta sexualidad. Digo «extrañamente» porque una fuerte tendencia a negar su belleza (que, como fui descubriendo luego de mis dudas iniciales, no era coquetería), su inteligencia, su bondad increíblemente ingenua, su visión de un mundo maravilloso en el que sólo ella desentonaba, contrastaban violentamente con una sexualidad sana, sincera, franca, en la que se refugiaba como único medio de expresión total. Comprender esa personalidad que sorprendía a los psicólogos no fue ni fácil ni rápido. Autoagresiva, silenciosa, enmascarada tras su aspecto de belleza pituca de poco cerebro, escondía una mente torturada que sabía reír de las bromas ajenas más audaces pero a las que, paralizada por el terror a demostrar su supuesta estupidez, o de hacer notar su no menos supuesta fealdad, se sentía incapaz de responder.

Una serie de aventuras inconsecuentes tras una decepción romántica a los 17 años la habían convencido, allá en las misteriosas profundidades de ese cerebro material y metafísicamente atormentado, de que sólo debía relacionarse con hombres cuyo abandono, contrariamente a lo ocurrido y sentido en ese gran romance de su adolescencia tardía, no le importaría: nunca se había atrevido a coquetear, y cuando se le insinuaba un hombre que le gustaba, le ponía lo que ella misma me definía como «cara de palo». Ahuyentaba a aquellos de los que se podría enamorar. Yo, por edad y por otras consideraciones, no era candidato: «Me agarraste por sorpresa», me dijo una

vez. «Me fregué», añadió, y simultáneamente yo dije: «Te fregaste», con nuestra fresca telepatía.

Durante esos cuatro años, mientras iba retrocediendo su autoagresividad, crecía también en ella una nueva hostilidad contra el resto del universo: un odio teórico contra la humanidad que su inocencia frente a los seres humanos concretos contradecía. Fue coincidiendo conmigo en el desprecio contra los grandes ideólogos del amor colectivo; contra aquellos que desde tribunas y púlpitos predicaban esas abstracciones sentimentales capaces de sacrificar al individuo prometiéndole un futuro inverificable, en los cielos o en un paraíso terrestre. Lo que, sin embargo, y esto nos parecía importante, no nos arrojaba a las hediondas costas del conformismo; lamentábamos la ausencia de Dios: nos privaba de la posibilidad de insultarlo por la porquería que había creado. Éramos revolucionarios sin utopía.

Claro que, con toda coherencia, también los predicadores de la no predicación se iban desinflando: el Camus de la rebeldía y del suicidio murió como lo haría, 37 años después, Lady Di. Cioran, que lamentaba el inconveniente de haber nacido, murió, anciano e inaccesible al honor, en su cama. Hesse, el eterno adolescente, desvivió en Suiza, el útero neutral al que huyó cuando el fuego amenazaba chamuscar el rabo del lobo estepario. Y así sucesivamente. Lo único sensato lo dijo, pese a todo, el rumanofrancés, Cioran: «Si no me suicido es porque la muerte es tan horrible como la vida». Como si proclamáramos, parodiando viejas consignas: ni capitalismo ni comunismo, sino todo lo contrario.

Dentro de este contexto aparece Sergio: 22 años, atractivo, buenazo a primera vista, entre adolescente tardío (aunque menos tardío que Noemia, claro), serio estudiante de leyes y seductor de esquina de academia. Confluyen ante un kiosco de periódicos y galletitas, sonrío él y pone cara de palo ella pero a la tercera confluencia él le habla y el palo de la cara de Noemia se raja un poco. Desde allí, todo va avanzando hacia la simpatía, el afecto y la cama: el orden habitual de las mujeres buenas.

Ella acaba de salir de una primera crisis de su enfermedad. Luego de una atroz semana de postración en una clínica, casi perdida para el mundo, y un par de meses aprendiendo nuevamente a caminar, recordar, ver, hablar, ha salido, por primera vez sola, a ver galerías de arte. Ya no necesita compañía; yo estoy trabajando cuando ella encuentra a Sergio.

Y entonces comienza una extraña historia, tan extraña que dudo poderla transmitir sin ser acusado de falsario, de mentiroso, de inventor de sombras. Noemia y yo intentamos explicárnosla una y otra vez. Sin dejar de amarme (éste es uno de los pocos aspectos de los que estamos seguros ambos), Noemia se enamora de Sergio. ¿Revivió con este muchacho el trauma de los 17 años? La crisis que le hizo enfrentar la invalidez, la demencia y quizás la muerte ¿provocó en ella una incontrolable sed de

pluralidad erótica, de vivir concentradamente pasiones hasta entonces reprimidas? Lo conversamos muchas veces, cuando salía a encontrarse en un hostel con Sergio y cuando volvía, y durante los días y hasta semanas en que, sin sufrir demasiado, dejaba de verlo. ¿Esclavitud sexual, masoquismo? Porque ella sabía muy bien lo que era Sergio: una mente simple, incapaz de satisfacer la mente compleja, hasta retorcida, de Noemia; el clásico estudiante pobre que aprovechaba muy bien la situación: chica con pareja y algo de dinero, capaz de pagar el hostel. ¿Era, entonces, un suplemento o complemento sexual y nada más? Mi primera idea, naturalmente, fue: no la satisfago físicamente. Noemia no sólo lo negaba con palabras sino también con orgasmos muy reales. Aquí quien lee esto sonrío: *a éste no le han llegado noticias de los orgasmos fingidos*. El lector no está obligado a conocernos a Noemia y a mí. Sólo puedo invocar a la fe: ni Noemia lo haría ni yo lo creería.

Eso nos deja con ese misterio del amor doble: nadie que no lo haya vivido en sí mismo o misma lo cree posible. Pero subsisten ciertas prioridades, y Noemia nunca perdió la suya. Estaba «enganchada», decía, mientras comentábamos en la cama su más reciente excursión, llamémosla *sentimental*, con Sergio. Volvía rejuvenecida, *sana*, y al mismo tiempo furiosa por alguna nueva estupidez de su otro amante.

«Debería terminar con este asunto», repetía, y en su siguiente conversación con Sergio, cara a cara o por teléfono, le anunciaba el fin de la relación. La conversación siempre terminaba igual: él le rogaba que continuaran, la besaba, y acababan en la cama. Parecía un antiguo sainete francés. Y nuestras risas hubieran sido más francas, menos dolorosas, si a raíz de ciertos síntomas la sombra de esa maldita, incurable enfermedad no volviera a flotar entre nosotros. En mí combatía cada vez más mi alegría y complicidad por ver *vivir* a Noemia (aún con un tonto-vivo como Sergio) contra mi preocupación por el futuro de mi relación con ella. Pero ¿cuál futuro? Mejor dicho: ¿cuánto futuro?

Fue esta última pregunta, y no una generosidad que normalmente no muestro, la que me hizo ¿soportar? ¿tolerar? ¿comprender? ¿*co-vivir*? una situación que para la mayoría de otros hubiese sido inadmisibles, mientras simultáneamente crecía en mí un horror que me cuesta demasiado expresar. Hay derrotas que uno mismo se inflige; son las peores.

La cuestión de por qué la abandoné se convierte entonces en una siniestra adivinanza que hasta hoy no logro solucionar; no lo lograré jamás. ¿La abandoné, cobarde, egoísta, rastrero, para deshacerme de la carga de una enferma sin esperanzas? ¿Por simples celos? ¿Por orgullo herido? ¿Por estúpido e intolerante? Conozco tantos casos de uno y otro tipo que soy incapaz de responder cuál me corresponde. No voy a preguntárselo al psiquiatra. No quiero conocer la respuesta. No soy tan valiente como Noemia.

Pero sí tuve la «valentía» de sugerirle que volviera a casa de sus padres, al

aparecer esos síntomas similares a los que precedieron la crisis de pocos meses atrás. «Allí te cuidarán mejor». Le prometí mantener el contacto, recuperarla para nuestro departamento apenas mejorara, y, por supuesto, amarla para siempre: en esto último no mentía. Descubrí que el amor puede ser ahogado de muchas maneras, por uno u otro de los protagonistas, en un estado que sólo puedo comparar al sonambulismo o a la esquizofrenia.

Simplemente desaparecí, como un ladrón en la noche. No fui a verla, no llamé a la casa de sus padres, no hablé siquiera con esa hermana cómplice que me llamó varias veces, excepto para excusarme mencionando problemas inventados, del trabajo, con mi esposa, con estupidez y media que, me imagino, no habrá creído. Como un ladrón en la noche.

Dicho y explicado todo y nada, sólo queda preguntarle a Misha, la gata negra que jugueteaba con Noemia hasta que el sufrimiento de ésta o su partida a casa de sus padres la acobardó y la obligó a esconderse en el clóset, y al morir Noemia a desaparecer para siempre, *de qué se trató*. Si pudiera encontrarla y enfrentarla. Dos eventualidades que me aterran. ¿Los primeros síntomas de lo que parecía una nueva crisis fueron una amenaza para Noemia? ¿Hubo un desgarró inaceptable en ella porque al menos su inconsciente no quiso soportar esa duplicidad de afectos o sensualidades? ¿Creyó que ya no la amaba o, quizás peor, que *ella* había dejado de amarme? ¿Ser virtual esclava de un pobre diablo le confirmó viejas autoagresiones que creíamos superadas? O, más «sencillamente», ¿se hartó de vivir condenada a cosas peores que la muerte? Especulaciones de un cobarde que no posee ni siquiera el coraje de un pensamiento tan simple como *yo la maté*.

Dejó una nota muy sencilla, junto al frasco de pastillas:

*Si no muero, ven a verme. Noemia.*

Me la entregó en silencio la hermana, que había recogido secretamente la nota, en un café al que me había citado tras la autopsia y la cremación. No pude mirarla a los ojos mientras le decía «gracias» y la hermana lloraba. Le pedí que recogiera mis cosas y las de Noemia y dispusiera de ellas como le pareciera. Le di un dinero para que pagara lo que hubiera que pagar. Yo nunca volví al departamento.

Nunca sabré, ni quiero saber, si la nota era para Sergio o para mí.

(Ciberayllu, [www.ciberayllu.org](http://www.ciberayllu.org), 1999)

# La verdad sobre las relaciones de César Vallejo y Luis Taboada

## Investigación

Fascinado desde la adolescencia, como tantos, por la poesía de César Vallejo y particularmente por el poema «Gleba», intrigome desde mi primera lectura el verso final de esa pieza vallejana ejemplar: *y, en fin, suelen decirse: Allá, las putas, Luis Taboada, los ingleses; / allá ellos, allá ellos, allá ellos!*

Ese «ellos» del poema se refiere a los labriegos, término empleado aquí por el vate de Santiago de Chuco para nombrar a los campesinos («de la gleba») en la particular nomenclatura feudal europea asumida en tiempos de Vallejo y Felipe Pinglo<sup>[1]</sup>. Asumo con la modestia natural en un hombre de ciencia la significación de este temprano interés del autor de estas líneas (de 13 años en esa primera lectura) por identificar a Luis Taboada, interés que se corresponde con la curiosidad típica del futuro investigador.

En efecto: carece de toda importancia identificar tanto a las putas como a los ingleses a que se refiere el poeta, aunque mi ilustre colega el Dr. Felipe Villalobos Ångstrom, de la Universidad de Uppsala, ha dedicado una curiosa monografía al tema<sup>[2]</sup>. Lo que me parece fundamental, sobre todo para entender la matriz peyorizante del Vallejo maduro, es la ubicación del susodicho Taboada. Gracias a la financiación y al apoyo logístico brindado por la Universidad Ganadera de Wyoming, EE. UU.<sup>[3]</sup>, pude dedicar dos años de mi vida a revisar la documentación existente, hablar con viejos amigos sobrevivientes<sup>[4]</sup> y distinguidos biógrafos del poeta. El fruto de este trabajo, destinado, si se me permite afirmarlo, a despejar las dudas que desde hace unas siete décadas han vuelto insomnes a generaciones de lectores peruanos y extranjeros, se aprecia a continuación.

Durante el periplo vallejiano por la ciudad de Lima —fugado, prácticamente, de Trujillo y antes de partir en su viaje definitivo a París y a la muerte—, el poeta solía frecuentar los fumaderos de opio del barrio chino, hoy reemplazados globalizadamente por papas fritas. No cometo infidencia alguna puesto que el propio Vallejo lo confirma públicamente en un célebre poema<sup>[5]</sup>.

En una de esas noches de frío y garúa del invierno de la capital peruana, Vallejo y sus amigos bohemios avanzaban por la calle Capón, ligeramente ebrios y recitando a viva voz ciertas «poesías» subidas de tono que la seriedad de este trabajo me impide citar, cuando se cruzaron con otro grupo, comandado por un enemigo literario de Vallejo, el crítico del célebre semanario conservador *El Pensamiento Republicano*. Este hombre no solamente había condenado a la poesía vallejana como «absurda», «ortográficamente fallida» y «más cercana a la locura que a la belleza», sino también

al hombre que la había escrito. Había, más de una vez, usado términos altamente inconvenientes para calificar al joven serrano como «campesino sin modales», «indio narigón» y «posible marica». A esto, Vallejo había respondido, en corro de amigos y más de una vez, con frases muy duras relacionadas con la madre de su enemigo<sup>[6]</sup>. Inclusive había escrito una divertida biografía falsa de esta persona, que los periódicos y revistas de la época se negaron a publicar y que, al parecer, fue posteriormente destruida, algunos afirman que por Georgette. «Pero eso no me consta», me dijo el profesor Murruchuca tras un acceso de tos. «Georgette ha sido muy calumniada».

Como ya se habrá deducido, el nombre de este sujeto era Luis Taboada Warren. El apellido materno del individuo nos revela el origen inglés de su señora progenitora. Las piezas del intríngulis van ensamblándose. La conjunción *putas + Luis Taboada + los ingleses* adquiere toda su trascendencia: en un solo verso magistral, nuestro máximo vate ha mencionado al desdichado, a su madre y a la nacionalidad de ésta, no limitándose, como suele suceder en la prosaica cotidianidad, a la infausta profesión de la señora Warren.

El autor de la presente investigación se considerará satisfecho si otras plumas, más dotadas, recogen esta primicia para profundizar en ella. Bien lo merece. Sobre todo si, como sospecho, detrás de Luis Taboada se movían otras, más siniestras fuerzas<sup>[7]</sup>.

(*Ciberayllu*, 1999)

## Mi clon

La idea era la siguiente: iba a enfrentarme conmigo mismo.

Habían pasado los dieciocho años de prohibición estipulados en el contrato, un contrato que no sé por qué he cumplido meticulosamente, cuando en la realidad carece de toda fuerza legal. Sabemos que toda la operación fue clandestina, pero sospecho que los abogados del laboratorio de Sigmund Klein algo tienen que haber urdido para que pueda existir tal contrato y, más aún, para que pueda ser de ejecución obligatoria. Y aun si así no fuera: había otros métodos, como se verá.

Veinte años antes, cuando a los diecinueve años me diagnosticaron el inusualmente precoz cáncer, me contactó uno de esos abogados con una propuesta que, para ese entonces, ya no parecía tan alucinante.

—¿Qué puede perder? —me preguntó.

Efectivamente: ¿qué podía perder?

Yo siempre había tomado con cierta sorna todas las utopías de supervivencia indefinida, desde los paraísos religiosos hasta la involuntariamente cómica congelación de los cadáveres. No me extrañaba que Walt Disney yaciera por ahí como un helado eterno: era una idea como para el pato Donald o, mejor todavía, para Tribilín. Pero lo que por entonces se me congeló fue la risa: el pronóstico para mi cáncer era feo. Y entonces aparece este caballero con terno azul oscuro a delgadas rayas grises y chaleco lila y me propone donar unas células (de las sanas, naturalmente) para ser clonadas.

—¿Mi doble no nacerá con cáncer? —le pregunté.

—Ésa es una de las cosas que queremos averiguar.

Lo miré a los ojos, cosa que en mi experiencia personal la mayoría de abogados, aún los honestos, trata de evitar.

—¿Me quiere usted decir que están dispuestos a fabricar un ser humano que podría ser defectuoso y estar condenado a muerte?

—Ah, mi señor, ¿no lo estamos todos?

Renuncié a las respuestas obvias: el cinismo es autosuficiente y autosostenido.

—Pero —continuó el doctor en leyes— fíjese en las posibilidades. ¿El cáncer es o no es hereditario? ¿No es fascinante intentar aclarar eso? Se supone que no, y sin embargo parece haber una cierta predisposición, ¿verdad?

—No soy médico y menos oncólogo.

—Pues sí. Pero a lo que en realidad me refiero es a las posibilidades si este nuevo ser humano, su «postgemelo» para darle un nombre, resulta, como creemos que sucederá, sano. Naturalmente a usted le deseamos lo mejor, pero el pronóstico es, permítame recordárselo, de un 90 por ciento o más en contra.

—¿Cómo lo averiguaron?

—Tenemos amigos en todas partes.

Se rió.

—Buen dinero nos cuestan...

—Bueno, okey —dije—. ¿Y cómo van, o vamos, a evadir el largo brazo de la ley?

—Eso déjelo de nuestra cuenta. Hay muchas islas en los océanos. Islas que a nadie interesan realmente. No le digo más para su propia protección.

—¿Y si sobrevivo?

—Ojalá. En ese caso, lo único que le vamos a pedir a cambio de su suculenta indemnización es que no intente contactarse ni con nosotros ni con su clon. Por ninguna razón y por ningún motivo, como se especificará en el contrato.

No necesitaba preguntar por qué. Era obvio que semejante operación ilegal debía borrar huellas. Tampoco me interesó saber cómo iban a castigarme si rompía el contrato. He leído bastantes novelas y visto suficientes películas de gánsters. Estos médicos, su laboratorio y sus inversionistas eran gánsters de chaleco lila. Aunque algunos de ellos no lo verían así sino como un valiente intento de defender la libertad científica. Un poco como la gente del proyecto Manhattan, el de la primera bomba atómica. Pero una inversión privada que, en momentos de ocio, calculé conservadoramente en varias decenas de millones de dólares se defiende con uñas, dientes y lo que haga falta.

A mí y probablemente a otros como yo nos iban a pagar, de la cuenta de costos iniciales o quizás se llamaba de promoción, qué sé yo. Pero después empezarían a cobrar, una vez que los conejillos de Indias hubieran demostrado la eficacia del procedimiento. Todo muy normal para cualquier laboratorio farmacéutico. A algunos, supongo que a la mayoría, les interesaban las ganancias (sobrarían millonarios y dictadores ansiosos de sobrevivir), pero probablemente a más de un científico le fascinaba el proyecto en sí. Total, estaban acostumbrados a la combinación ciencia-lucro.

Bueno, resumiendo una larga historia, viajé a la anónima isla en el Pacífico sur en un jet privado, me instalaron con todas las comodidades salvo acceso a teléfonos, radio o internet y me practicaron la minúscula e indolora «operación» de extracción de unas células. Luego me devolvieron a mi casa, donde se suponía que me esperaba la muerte, me palmearon el hombro y me desearon buena suerte. Ya antes de ese viaje yo había solicitado dejar el hospital. Mi caso era tan desesperado y los dolores, por suerte, tan controlables caseramente, que estuvieron de acuerdo. Evidentemente mi cáncer era considerado terminal y permanecer en el hospital resultaba hasta cruel o al menos inútil. De los progresos de mi postgemelo o de un eventual fracaso nada sabía.

Bueno, el resto de mi historia es evidente. Los muertos no escriben. Los oncólogos y hasta la opinión pública no se sorprenden demasiado de este tipo de

«milagros», con o sin gruta de Lourdes. Lo llaman «remisión espontánea». Según mi médico personal, nadie tiene la menor idea. Por ahora, Dios es una explicación tan válida como cualquier otra. Claro, los escépticos y no sólo los escépticos, nos preguntamos inevitablemente «¿por qué yo?».

Sea como fuere, cuando pasaron los dieciocho años estipulados me entró una suerte de inquietud. ¿La llamaré «paternal» o «fraternal»? ¿O debería ponerle otro nombre, quizás más metafísico, psicoanalítico o esotérico? Me pregunté: ¿cuál es mi relación con este joven, mi clon, mi segundo yo, si es que vive? ¿Cómo es? ¿Buena persona, criminal? ¿Comparte mis gustos, mis ideas, mis opiniones?

Se dice que... En fin, se dicen tantas cosas. Sería muy largo enumerarlas y más aún discutir las.

A lo que voy es a que comencé a indagar.

¿Vivía? ¿Resultó el experimento? Si era así, ¿dónde estaba?

Curiosamente, jugar al detective fue menos difícil de lo que presumía. Ubiqué al chaleco lila (ya canoso, pero aún al servicio de los laboratorios Klein que, por supuesto, también fabricaban otras cosas además de clones encubiertos) a través de la institución gremial de los abogados. Su firma aparecía en mi contrato, lo que no dejaba de ser audaz o muy seguro de su impunidad. En un café, después de felicitar me calurosamente por estar vivo —como si no estuviera perfectamente enterado— me sometió a un cortés interrogatorio.

Resumiéndolo: ¿qué pretendía yo?

—Llámelo curiosidad —le respondí, también en resumen—. Los médicos no tienen la exclusiva del interés científico.

—Sin duda, pero en usted hay algo más que interés científico. Muy natural, por supuesto. Sería más bien extraño si no fuera así. Pero...

—¿Pero?

—Fíjese, mi amigo. Nosotros, y no se ría por favor, tenemos un alto sentido de la ética. Usted dirá lo que quiera, pero lo que hemos venido haciendo beneficia a todos y no hace daño a absolutamente nadie. Está bien, algunos se están haciendo ricos, pero exactamente igual que los colegas y accionistas de Merck, Bayer o Schering, para citar sólo a tres entre mil. La única diferencia entre ellos y nosotros es que retorremos la ley con algo más de coraje. Pero no es como la investigación nuclear, muy respetable también, que sin embargo produjo bombas y no sólo energía barata o nuevos métodos científicos en muchos terrenos. ¿Qué bombas hemos producido nosotros?

—Los riesgos...

—Ah, los riesgos. Sí. Seres deformes, inviábiles, condenados al sufrimiento y a la muerte. ¿Le suena conocido? Claro que le suena conocido porque son los mismos riesgos que corre la «naturaleza». ¿O no? No tuvimos que aparecer nosotros para que

existan, por ejemplo, procesos degenerativos, fetos problemáticos o accidentes.

Ah, era un buen abogado este chaleco lila.

—Y aquí, entre nosotros, le diré que hubo fracasos. Pero muchos más éxitos, entre ellos el de su clon, que es un joven que acaba de ingresar a una universidad con excelentes notas. Le interesa, ¿no es divertido?, la biología.

—¿No sabe?

—No.

—¿Y quién cree que es?

—El hijo único de un notable hombre de ciencia casado con una no menos notable escritora. Ella es estéril, cosa que el joven no sabe, y se entusiasmó por adoptar a este lindo bebé. Porque realmente era lindo, además.

Aquí se permitió una sonrisa. Sólo faltó que añadiera «como usted», pero la reciente onda antigay lo impidió.

—¿Sabe? —dijo—. No queremos que nuestro amiguito tenga problemas. Por eso sabrá usted comprender nuestras dudas. Lo monitoreamos. Es un chico feliz, sin otros problemas que los típicos de su edad, generación y grupo social. Nos gustaría que nada de esto perturbe su vida. ¿Entiende?

Sí, lo entendía. Inclusive estaba de acuerdo. En cierta forma, era una variante nueva del viejo problema de los adoptados: «¿se lo decimos o no?».

Siempre opiné que lo mejor era decírselo. Hasta recordaba una anécdota. La frase perfecta de un padre adoptivo en ese trance: «los hijos naturales uno tiene que aceptarlos como vengan: a ti te escogimos». Perfecto.

Mi interlocutor sacó una foto.

Realmente era un joven atractivo, de sonrisa simpática y ojos luminosos. No me acusen de vanidad, pero era exactamente mi gemelo. Un gemelo bastante más joven, claro.

—Comprenderá que nos inquiete que se enfrenten. Como además es inteligente y está muy enterado del estado actual de la ciencia, se hará preguntas.

—¿Y? Se le darán respuestas. No veo el problema.

—Quizás no y quizás sí.

Me miró en silencio hasta que solté la pregunta que el chaleco lila esperaba.

—¿Temen un chantaje?

—Mil perdones. No es nada personal, pero sí. La tentación del dinero fácil.

—Entiendo.

—¿De veras?

—Claro que sí. Pero, por otra parte, ¿qué me impide chantajearlos ahora mismo, sin necesidad de verlo?

—Usted sería considerado cómplice. Él no.

—Se lo aclararé cuando lo vea.

El abogado suspiró audiblemente.

—Sé que no podemos impedirlo. A estas alturas no sé si queremos. Comprendemos su ansiedad que, además, para hablar francamente como siempre lo hago, si fuese frustrada podría llevarle a acciones irreflexivas. Y en cierta forma usted es una especie de garantía para nosotros... Siempre y cuando su chico sea tan decente como usted.

—¿Su chico?

No pude evitar una carcajada.

—Es mi clon, ¿no?

Durante toda esta conversación mis pensamientos se desbocaban. ¿Qué era mi clon para mí? ¿Mi segunda oportunidad? ¿Una obra de bien en la que podría trabajar eliminando defectos y estimulando virtudes? Pero ésa es la típica ilusión de los padres. ¿Una venganza, por ejemplo contra mi cáncer pero también contra mis errores, mis oportunidades malgastadas, las estupideces de mi biografía? ¿Una cruzada de mi orgullo?

El chaleco lila con canas y atractivas arrugas me observaba atentamente. Juraría que me leía el pensamiento.

—¿Es homosexual?

—Que sepamos, no. Ha tenido y tiene noviecitas, aunque usted y yo sabemos —agregó guiñándome el ojo— que eso no significa mucho.

No le devolví el guiño. Soy de los que no terminan de salir del clóset.

—¿Le parecería negativo?

—Usted sabe tan bien como yo lo que está ocurriendo en el mundo.

—Sí —suspiró nuevamente—, el retorno del oscurantismo sexual.

—Efectivamente. No me gusta ver más víctimas de la discriminación social.

Se encogió de hombros.

—Si es gay, tampoco usted podrá cambiarlo.

—Doctor, no me hable como a un estúpido. Sé que no. Aunque otra vez se hable de la homosexualidad como de una enfermedad, de un delito o pecado o, gran novedad, de un misterioso gen gay no identificado...

—¡Ridículo!

—Bueno, no sé si es ridículo pero sí sé que ser absurdo nunca ha matado a un prejuicio. Si no lo dijo Oscar Wilde, apúnteme en la lista de los ingeniosos. Pero si existiese tal gen, tan útil hoy para los santurrones como en su momento lo fue el sida, lo portaría mi clon.

—Es probable.

Otra serie de ideas revueltas en mi cabeza. Ante un linchamiento, ¿los negros lamentan tener hijos? O, ante una persecución sangrienta, ¿los judíos resolvían no reproducirse? Más bien lo contrario. La terquedad de los oprimidos.

Creo que vi una especie de luz. Resumida: ¿y qué si lo es? ¡Que se imponga al mundo de la imbecilidad! ¡Que pague, como todos lo hemos hecho y lo hacemos, el precio de la libertad y de la dignidad!

Sonreí, satisfecho.

—Lo tengo claro, doctor. Y creo poder garantizarle que los accionistas y trabajadores de los laboratorios Klein pueden dormir tranquilos, gen gay o no gen gay.

Insistió en pagar la cuenta. «*Noblesse oblige*», dijo el gángster con corazón de oro, mi mafioso maricón, idea que me arrancó otra sonrisa, esta vez más bien liberadora.

Una semana más tarde, tras una larga conversación, no exenta de altibajos, con los «padres» de mi clon, me encontré por primera vez con él en casa de ellos.

Ya le habían revelado todo. Los tres eran inteligentes y cultos, poco afectados por prejuicios y tradicionalismos irrelevantes. Nadie estaba o parecía afectado, aunque mi clon se mostraba sorprendido por la novedad.

—¿Entonces qué soy? —preguntó previsiblemente—. ¿Una especie de hijo tuyo?

—Claro que no. Éstos son tus padres y no hay otros. Hace tiempo que sabemos que en estas cosas en la especie humana no manda la biología.

—¿Tu hermano? No —se respondió él mismo—. Lo que necesitamos es un nuevo lenguaje. O el humor: tu fotocopia, tu xerox, tu facsímil...

—Eres mi «copiar y pegar».

Todos reímos con cierta alegre superioridad ante nuestro dominio de la situación. ¿En cuántos hogares más se estarían repitiendo estos diálogos? No en muchos, pensé, y no todos tan contentos. Irían desde la resignación hasta la ira.

Presunciones, sólo presunciones. También habría los clientes satisfechos y aquellos que estarían preguntándose por qué demonios se habían metido en esto: una falsa inmortalidad —sin permanencia del yo primario— podría ser más frustrante que simplemente morir, como estaba originalmente previsto. No era su yo, era otro el que estaría viendo el cliente, en el fondo tan iluso o más que Walt Disney, con la ventaja para el viejo Walt de que éste no se enteraría nunca de la decepción. No se puede ver el propio yo: sería una flagrante contradicción. Si lo puedes ver, no eres tú. La esquizofrenia tiene que ser intracraneal.

Que yo sepa, Sigmund Klein —me refiero al laboratorio, no al fundador (¿sólo muerto o felizmente clonado?)— continúa no sé si recuperando la inversión o repartiendo dividendos. La isla en el Pacífico sur funciona hasta hoy mismo: sospecho con buen fundamento que los representantes de la ley internacional son los famosos tres monitos que no ven, ni oyen ni hablan. ¿Cuántos vips estarán interesados en la propia clonación o en la ingeniería genética, prohibida o no según el caso y, por tanto cierran los ojos y sólo simulan perseguir a los infractores?

Con cierta frecuencia, mi clon y yo nos reunimos para conversar de esto y de aquello: tenemos poca ocasión de disentir; nuestras opiniones suelen ser —aunque no siempre— las mismas. Su entorno, sus «padres», su educación, etcétera, hacen su parte para imponer ciertas distancias también en nuestras respectivas ideas y no sólo en el color de la piel porque él, en su región, camina bajo un sol más contundente que yo. Curiosamente, aunque a lo mejor no es tan curioso, yo soy religioso y él se declara ateo.

El *shock* vino después, hace cosa de un mes, cuando en uno de los chequeos regulares que se efectúan en su universidad le descubrieron el mismo cáncer que me había afectado a mí casi exactamente a su edad.

Lo primero que pensé fue: dos remisiones espontáneas sucesivas es demasiado pedir. Lo segundo: han pasado dos décadas, quizás ahora sea curable.

Bueno, en eso estamos. Los médicos ponen cara de palo y se niegan, aunque con un cortés tono compasivo, a emitir un pronóstico. La operación, dicen, será complicada por la ubicación del mal en el cuerpo de mi clon.

Pero el verdadero motivo de que escriba estas líneas y me haya decidido a publicarlas —si alguien carente de ilusiones y de miedo se anima: los laboratorios poseen armas e influencias increíbles— es la visita que ayer recibió mi clon y que muy excitado inmediatamente me reveló por teléfono.

Era un gentil abogado de terno azul oscuro de delgadas rayas grises y chaleco lila que le propuso clonarlo por una suma muy, pero muy rebajada. Dijo algo así como «viejo cliente». Y cuando le pregunté, primero divertido y luego alarmado, qué edad tendría ese abogado, mi clon me dijo que era un hombre más bien joven, sin canas ni arrugas. «Debe ser hijo del que te contactó a ti», tartamudeó. «A veces los hijos hasta visten como su papá». «No», pensé. «No es su hijo».

En voz alta le dije:

—No aceptes reproducir un cáncer.

No sé si me hará caso.

(*Los fines del mundo*, 2003)

## *In memoriam*

En aquel tiempo, cuando comenzó el proceso de olvidar, yo creía que sólo se trataba de mí: Isabel, fugada a otro continente, se había despedido de nuestra relación con una mezcla de compasión por nuestro tiempo y de tensa y dolorosa anticipación de su encuentro con Ricardo. «Lo nuestro fue hermoso», me dijo al partir rumbo al aeropuerto. Quizás esa frase sea lo último que olvide.

Me propuse odiarla y no pude. Pero muchas noches después comencé a descubrirme buscando inútilmente en mi rebelde memoria primero su rostro y luego su nombre que, para mi sorpresa, acabo de reencontrar hace pocos minutos al escribir estas primeras líneas, junto al del hombre que ama ahora, si es que ha logrado retrasar su propia desmemoria. Sus facciones aún me eluden: su cabello era negro, lo recuerdo, pero ¿y sus ojos, sus labios, su estatura, su vello púbico? Perdidos, supongo que para siempre. Pero este sufrimiento es otra débil memoria que, así lo espero, pronto me abandonará del todo.

¡Qué difícil se va haciendo este hurgar en la esquiva memoria! Hasta ciertas palabras comienzan a huir, como ella hace siete meses. Si alguna vez fui escritor, enfrento ahora la fuga de los vocablos, la incertidumbre de este quizás último texto. No habrá quien sepa cuánto me cuesta anotar esto. Si antes fui, como escribieron algunos críticos, un esforzado pero nunca exitoso prófugo de la mediocridad literaria —y posiblemente de la humana— pronto dejaré también esa pugna. Ni siquiera sabré que tales (y otras) guerras existen, ni quiénes las combaten ni menos para qué.

¿Me gustó recibir ayer —ayer o anteayer— una breve carta de Isabel? Eso no lo recuerdo, pero en estos momentos me gusta: es volver al barrio de la niñez, con sus casas crecidas y sus alegrías melancolizadas. Aquí la tengo:

*Querido Antonio:*

*Ése es tu nombre, ¿verdad? Estoy aterrada, como todos. Sólo sé que debo escribirte, recordar que tuvimos algo. Ricardo, generosamente distraído, me asegura que te amé mucho, quizás tanto como ahora a él. Por alguna razón me aferro a eso y no conozco la razón. ¿Vives, estás bien? ¿Me recuerdas? Y si me recuerdas, ¿cómo? ¿Con amor, afecto, indiferencia, odio?*

*Ricardo hurgó en mi agenda —antes eso me molestaba, te confieso— y encontró tu dirección. «Escríbele», me dijo. «¿Por qué?» le pregunté. Y: «¿Quién es?». Su mirada fue extraña: «Fue tu pareja antes de conocernos». ¿Es cierto? Escríbeme, cuéntame qué fuiste para mí. Algo en esa idea me intranquiliza. También me inquieta no tener pasado, sobre todo ese pasado, tampoco sé por qué.*

*Te quiere recordar,*

Sobre la mesa, *La República*. Sus titulares de primera página son:

---

¿Virus o bacteria?  
Gobiernos, médicos y laboratorios en desesperada  
lucha contra el tiempo  
Febil búsqueda de antídoto y/o vacuna

---

Dije que me gusta releer esas líneas de una mujer que estaba olvidando. Evidentemente, la enfermedad —si es realmente una enfermedad y no, como a veces pienso, sencillamente la extinción de la especie— avanza irregularmente. La que más ha olvidado parece ser Isabel y el que menos Ricardo; yo, Antonio, estoy entre ambos. Recuerdo que amé a alguien cuyo nombre acabo de recuperar aunque no sus rasgos. Al leer la carta aún no reconocía el nombre de Isabel y menos el de Ricardo. Éste sabe quién soy o fui; ¿sabrá quién es él? ¿Sabrá quién o qué fue o es para él Isabel?

Lo que pasa afuera me deja de interesar. Sé que caen gobiernos, que se clausuran instituciones, que los hogares se disuelven y la gente grita y no recuerda por qué grita. Pronto ya no habrá diarios (¿cómo escribir?, ¿cómo leer, entender, aplicar?) ni ejércitos, ni amores u odios (¿cómo persistir en los afectos?). Sólo quedará un presente que se contrae y minimiza.

En algún lugar hay, por ahora, una Isabel que quiere recuperarme sin saber cómo ni por qué, un Ricardo cuya indiferencia lo vuelve generoso y estoy yo, a quien le cuesta cada vez más encontrar un motivo para intentar retener una memoria. El olvido genera indiferencia: te entiendo, Ricardo, ahora que ni a ti te interesa que te entiendan. En cuanto a ti, Isabel, me duele estar dejando de sufrir por tu ausencia y por tu olvido. Es un viejo, sutil, incómodo dolor que no termina de encontrarse a sí mismo ni menos a comprenderse.

Debo ir a comer, me dicta mi estómago, probablemente el último receptáculo de mi memoria. ¿Todavía funcionará hoy ese restaurante de la esquina, cuyo nombre me elude?

¿Qué significa «eludir»?

\* \* \*

**Me confieso, Sr. Ballard**

Inteligencia y poesía no siempre viajan juntas. Y si lo hacen, no necesariamente llegan al mismo puerto. Por lo demás, la primera viaja en avión y la segunda en un frágil velero, lo que no significa que la inteligencia sea más rápida o eficiente y menos aún que sea más seguro su arribo a destino.

J. G. Ballard, un escritor inglés nacido en Shanghái, demostró que es *posible* convocar simultáneamente a la inteligencia y a la poesía, convencerlas de ir de la mano utilizando el mismo vehículo e inclusive lograr que arriben a una meta común.

¡Y qué vehículo! La anticipación o ciencia-ficción, mirada durante décadas por encima del hombro por los gurús literarios, tan estúpidamente conservadores tantos de ellos, tan incapaces de diferenciar entre una estrella y una pulga, sobre todo si la estrella es nueva o se sale de los parámetros establecidos por ellos mismos.

En uno de sus magistrales relatos de psicoficción, Ballard describe una humanidad que se aproxima a su desaparición. El síntoma principal es que la gente comienza a dormir cada vez más: se acerca la entropía final, simbolizada en un mandala de piedras que el científico protagonista de la historia va construyendo penosamente en sus momentos decrecientes de vigilia. Quizás sea esa historia la que me ha sugerido la idea de un final de la especie humana que no sea ni un «bang» termonuclear o químico-biológico ni un «crunch» astronómico, sino el resbalar, por una suave pendiente, hacia la extinción en un humillante silencio. En la versión de Ballard, *roncar antes de morir*. En la versión hamletiana, *dormir, quizás soñar...*

Ballard es un obseso de la muerte de la especie. Desde «Playa Terminal» (un hombre solitario en un atolón del Pacífico donde se ha experimentado con bombas termonucleares) hasta sus relatos de una inundación planetaria, de una sequía planetaria, de un superviento planetario, de un fuego planetario, de una congelación planetaria, Ballard suele matar al *homo sapiens*, no a individuos. Hasta su novela autobiográfica —de la que se hizo (¡oh, milagro!) una maravillosa película— sobre su infancia en una China invadida por los japoneses, es el monstruoso ballet de una muerte colectiva.

Curiosamente recordé todo eso (es decir, recordé al maestro Ballard) *después* de escribir este cuento en el cual una extraña enfermedad provoca la paulatina pérdida de la memoria en los humanos. Avergonzado, me calificué de plagiarlo. Más aún porque ese cuento debía formar parte de una serie de relatos, quizás llamada *Los fines del mundo* o algo por ese estilo, en la que —como en un Ballard de imitación— nuestra sobrevalorada especie, enferma de un optimismo tan agresivo como injustificado, desaparecería por diversos motivos, todos de origen psíquico: además de «mi» enfermedad del olvido colectivo, afectarían a la especie en cada cuento de la serie el «enloquecimiento» (en un relato la esquizofrenia, en otro la paranoia generalizadas), la anorexia, la bulimia, la saturación de información, el cáncer o el Alzheimer (ambos, en mi opinión, de origen psíquico), y un largo etcétera.

Esos cuentos nunca serán escritos, por una razón obvia: vergüenza de plagiarlo honesto. Pero sobre todo porque Ballard es Ballard y yo soy, ay, sólo yo.

*(Los fines del mundo, 2003)*

## El anti-*bestseller*

¿Cómo era la canción de los Beatles?

¿*All you need is love*?

¿Es cierto? ¿Todo lo que se necesita es amor?

Uno quisiera creerlo, sobre todo cuando está enamorado y los fantasmas acechan.

Fantasmas ectoplasmáticos pero otros, menos gaseosos, también.

¿Qué destruyó al amor de Romeo y Julieta y a ellos mismos?

La guerra entre Capuletos y Montescos, se dirá.

O el mundo. O la envidia de los emocionalmente estériles. O la represión.

O la buena suerte.

¿Cómo?

¿La *buena suerte*?

Sí, la buena suerte.

Olvidemos a Shakespeare, ese magnífico autor de *bestsellers*. Apliquemos simplemente una pizca de experiencia no-literaria y otra pizca de sentido común. Con experiencia y sentido común no se fabrican *bestsellers*, ni los buenos ni los malos. No se fabrican con realidades ni con sueños desmesurados. Los *bestsellers* se fabrican con deseos *modestos*. Con sueños *ocultos*, *vergonzosos* y *frustrados*.

He aquí algunos:

El amor eterno. La fortuna bien o mal obtenida pero bien aplicada. La superación *individual* de barreras como la raza, la clase, la religión o la familia hostil. La casita en Canadá. La victoria del bien. La derrota del mal.

Cambiamos el nombre de Romeo por el mío y el de Julieta por el tuyo.

No tenemos catorce años ni vivimos en Verona.

Tenemos, respectivamente, treinta y ocho y veintinueve, ¿okey?

Okey.

Vivimos en Lima, Perú, ¿okey?

Okey.

No hubo familias opositoras, ni guerras o revoluciones que nos separaran como al Dr. Zhivago y a su noviecita. Yo no era ni soy pobre. Tú tampoco. Y no somos obscena y peligrosamente ricos. Nada nos separa; nada nos exige sacrificios.

Tampoco apareció, como caído del cielo o subido del infierno, «el otro» o «la otra». Ninguna penosa y destructiva enfermedad interfiere. Es imposible que algún terrible día descubramos, como en una telenovela clásica, que en realidad somos hermanos: nacimos en continentes diferentes.

No hay espada de Damocles alguna sobre nuestras cabezas.

Somos una versión olvidable de Romeo y Julieta.

No tuvimos suerte.

En vez de morir continuamos. Nos casamos. Fuimos felices. Hemos sido bendecidos, como suele decirse, con un par de hijos lindos e inteligentes. Nuestros suegros y suegras nos aman. Nuestros amigos nos envidian. Nos llaman *la pareja perfecta*.

Entonces:

¿Por qué nos odiamos, después de aburrirnos y antes de separarnos o asesinarlos?

¿Dónde falla la vida y dónde la literatura?

Shakespeare fue inteligente. Los mató a tiempo.

Una muerte espectacular, sangrienta, *teatral*.

Ningún lento gotear de los años.

Nada de «buenos días» por encima del periódico del desayuno.

Sin el «¿y?» de los minutos sobreextendidos. Sin los chistes repetidos y la nostalgia rutinaria. Sin empujar el coche de los gemelos ni, después, el de los nietos insoportables. Sin el «ya lo sé» del almuerzo.

¿Imaginas a Romeo y Julieta vagando por el parque, entre escatológicas palomas, desesperados por una banca? ¿Sacando por turnos la basura? ¿Buscando los guantes de goma para lavar los platos?

¿Dónde quedó el *bestseller*, dónde la tierra prometida?

¿*All you need is love*?

(*Los fines del mundo*, 2003)

## Egoísmo

Generalmente paseábamos por los malecones de Miraflores. Como a todos los adolescentes, las estrellas veraniegas nos dictaban las preguntas que cada generación reinventa: ingenua filosofía espontánea que hurga en la materialidad a la búsqueda de esa metafísica esquiva que produce dioses. Cogidos de la mano, escurriéndonos a ocasionales besos, valientes ateos conflictuados, Gisela y yo tratábamos de instalar nuestros catorce años en la confusión del mundo. Eternidad, siempre, nunca, paralelismos y discordancias, sentidos y exigencias se revolvían como perros inquietos en busca de un amo generoso pero sobre todo comprensible.

He escrito: «como a todos los adolescentes...» y ése es un abuso egocéntrico. Despreciábamos a esa plomiza mayoría que desde temprano se acomoda o acepta ser acomodada en las certezas de una fe que se presume lógica, en ese vertedero de ideologías absurdas que se disfrazan de sentido común: Dios (el nuestro, naturalmente) lo ha hecho todo, lo sabe todo, es todo amor, nos recompensará. Ese mismo dios sabrá por qué no quisimos aceptar tan económico pasaje a la felicidad o a la resignación. No fue por la presencia de los niños desharrapados y/o muertos, ni por la proliferación de hospitales y morgues, ni por los titulares de los diarios (esos cabales resúmenes de una historia finalmente frívola). ¿Por qué frívola? Porque el recorrido del hombre por la no menos cruel naturaleza combina dolor con inutilidad.

Gisela y yo, como es obvio, íbamos a trascender. No como almas inmortales — idea que nos parecía tan cursi como imposible— sino, tal cual suelen formularlo revolucionarios o rebeldes, como eslabones en una cadena que arrancaba en las primeras batallas contra los neandertal y terminaría (si es que terminaba) en las luminosas oscuridades del Gran Crunch final del universo. Habíamos leído no sólo el *Anti-Dühring* y demás silabarios marxistas sino *Fundación* y visto *2001*; la enloquecida y asesina gran computadora de esta última película sólo nos pareció graciosa. Pequeña, rubia, insegura en su espontánea femineidad como yo en mi masculinidad, Gisela contrastaba con mi enclenque figura, anteojuda y ya con indicios de joroba de biblioteca. Todavía (la adolescencia es seria) carecíamos del humor necesario para describirnos como la bella y la bestia. Ahora ella se ríe, cómo no. Es una risa más bien satisfecha, la de alguien que modestamente acepta una vanidad. Si hubiera un Dios, le pediría bendecir esa vanidad pero en un mundo sin espejos.

Eslabones... Claro, pensábamos, esas futuras generaciones de un mundo solar nos recordarían con orgullo y humildad: ellos, dirían, cumplieron. Sucumbieron en las pestes, fueron aniquilados en trincheras, se pudrieron en prisiones, colgaron de las horcas, murieron de dolorosas enfermedades olvidadas, fueron explotados en plantaciones, fábricas y oficinas, crucificados, apedreados, ahogados, torturados. Para

que nosotros, seres solares, pudiéramos encarnar sus ya enterrados sueños. Nos parecía hermoso. Después de todo, la historia no era insensata ni inútil. «Apariencias», decíamos. Como cualquier teólogo, apostábamos a un sentido cuya vastedad nos deglutía. La humanidad, decía fervorosamente Gisela, reptaba por una escalera ascendente. Sí, respondía yo, el individuo se realiza en una comunidad que no sólo existe en el espacio formal sino también en su cuarta dimensión, el tiempo. Fueron parte de algo, pronosticábamos que dirían Ellos, son parte de nosotros. No debería sorprenderme la existencia de teólogos ateos. De eso me río yo, como Gisela se ríe de su belleza y mi fealdad. Pero la mía no es una risa satisfecha.

Oh milagro: nuestra relación perduró y nos condujo a una silenciosa boda civil. Asistieron familiares, compañeros del partido, colegas y amigos: en total unas veinticinco personas arracimadas en un salón pequeño de la municipalidad de Lima: Miraflores nos pareció pituco. Nuestra noche de bodas en un hotel de los suburbios nos encontró vírgenes, no sólo en lo sexual. El himen no fue un problema, pero nos esperaban atroces aprendizajes. La pobreza, los hijos, la rutina de trabajos idiotas, la delincuencia, las guerras: nos esforzábamos por encajarlo todo, como sardinas en una lata, dentro del rubro social. Algún día esa revolución que los produciría a Ellos nos libraría de la plusvalía y de los resfriados. Nos negábamos a la originalidad; más grave, éramos ciegos y, me temo, sincera, involuntariamente deshonestos. En el fondo, creo ahora, teníamos miedo, como todos. Miedo a esas grandes y vacías verdades finales que me alteran ahora: el «para qué» irresponsible tras cada idea, tras cada acto. Me niego a seguirme cobijando en el misterio. Si los dioses son incomprensibles, no existen para nosotros, y ese «para nosotros» es lo que cuenta.

Porque asistir, día a día, hora a hora, minuto a eterno minuto a la transfiguración de Gisela, a sus células proliferantes, a la maldición de su carne enloquecida no es sólo una tortura. Es una declaración de falta de principios del universo, el eco de algo inexistente, una carcajada de la nada. «Egoísmo», dice mi buen amigo el jesuita que conocí en el hospital, antes de que enviaran a Gisela a la casa para que se termine de pudrir en paz y sin molestar. «Tu tragedia personal. No involucres a Dios. Quizás le esté preparando a Gisela una felicidad que no puedes ni soñar». Yo le doy palmaditas en el hombro al buen jesuita y le digo eso, que es un buen hombre y un buen jesuita. Que le agradezco esas bondadosas y retorcidas invenciones, las estafas que transmite de buena fe, las anteojeras que distribuye tan ansiosamente. Sus ojos me transmiten —al menos eso creo ver— un terrible mensaje: más vale una mentira que permite vivir que una verdad asesina. Quizás todos los sacerdotes crean eso, quizás sólo algunos. ¿Hay que aplaudir? Desde Gisela hasta Hiroshima, desde Gisela hasta Auschwitz, desde Gisela hasta el millón de masacres: ¿egoísmo? ¿Quiere más, padre? La peste negra, las cruzadas, el hambre en África, las montañas de calaveras erigidas por los mongoles, los niños explotados, el cáncer de todos y todos los cánceres, no

sólo el de Gisela. ¿Suficiente, o nos faltan las matanzas de brujas, los cadáveres en las autopistas, los psicópatas? Cualquier lista que se haga será incompleta: ¿egoísmo?

A Gisela la trajeron hace un mes. Y lo que sucede desde la semana pasada y que se confirmó hoy en la mañana —la inexplicable remisión del cáncer de Gisela, su «milagrosa» cura, su condena a seguir viviendo— no cambia nada: la arbitrariedad sigue vigente. Ella dice que no le importa vivir físicamente deformada. Nos amamos, dice, y es cierto. ¡Puedo sobrevivir!, exclama el egoísta. ¡La tengo conmigo y quizás tenga la suerte de morir primero!, añade el egoísta. No he visto todavía al buen jesuita pero intuyo lo que me va a decir: «Agradece de rodillas la bondad de Dios». Como si uno se arrodillara y besara los pies del *croupier* del casino, que me hizo ganar a costa de centenares de perdedores.

No.

(*Los fines del mundo*, 2003)

## Carta a un Elegido del Señor

Estimado señor:

Acabo de leer la entrevista que le hace la revista *Caretas* de esta ciudad y me he detenido, reflexivo, en aquella frase suya que sin duda resume con precisión y cierto encanto los sentimientos de gratitud y renovada religiosidad que le embargan.

«Siento que he vuelto a nacer», afirma usted. «Durante todo lo que me quede de vida agradeceré al Señor, que me hizo el milagro de mi supervivencia».

No es una sentencia demasiado original pero estoy seguro de que sintetiza a la perfección el mensaje que usted le envía, a través de la revista, a su Creador.

El reportaje es acompañado de varias fotografías, en una de las cuales usted aparece de rodillas en una iglesia con la mirada fija en el altar, presumo que rezando. Sin duda es lo menos que usted puede hacer, visto el extraordinario favor recibido y la relación especial que usted tiene con Dios.

Lejos de mi intención perturbar tal relación o minimizar la gracia obtenida. Es evidente que usted debe merecerla, porque quienes, como usted, creen en el plan divino y en la Divinidad que lo ha elaborado —quizás en noches de insomne y metódico esfuerzo—, han de haber acumulado méritos enormes en este valle cuyas lágrimas no siempre están bien distribuidas. ¿Y quién sería yo para cuestionar la existencia de tales métodos o para valorarlos?

Los hechos mismos son fácilmente descriptibles: un avión despegó del Aeropuerto Jorge Chávez de Lima rumbo a Madrid, vuela desapasionadamente durante un par de horas y luego inocentemente cae a tierra víctima de lo que los expertos y los no expertos denominan una «falla técnica». Utilizo el adverbio «inocentemente» porque no hay forma de culpabilizar a alguien (los metales pueden fatigarse, las tuercas aflojarse, la electrónica enloquecer en su inestabilidad) y usted, con sus declaraciones, ha puesto en su lugar a quienes, descreídos, hubiésemos podido hablar de azares, casualidades o matemáticas caóticas. O de injusticia.

No, no. Dios estuvo allí, haciendo su trabajo al menos con usted, señor. Fue Él, asegura usted, quien le hizo retrasarse y perder el avión, adjetivado como «fatídico» en un ataque de huachafería inusual en *Caretas*. El vuelo o el avión fue fatídico para 118 personas entre pasajeros y tripulantes, incluyendo a Elsa, *mi* Elsa, pero no para usted, gracias a Dios. *Usted* volvió a nacer. Elsa y los otros 117 se quedaron definitivamente muertos. El Señor no dispuso para ellos, como lo hizo para usted, un ligero accidente de tránsito rumbo al aeropuerto, cuyo único efecto práctico fue hacerle perder el «fatídico» avión y revelarnos que usted es un Elegido, categoría que no alcanzó, entre tantos otros, mi Elsa.

Sí, pues: fatídico para unos, maravilloso avatar para usted, como solitaria demostración de la infinita bondad de Dios para con sus Elegidos. Eso, en cierta

forma, tiene algo de reconfortante en el sentido de que si bien Dios puede no existir para algunos o muchos, definitivamente existe, vive y colea para seres benditos como usted.

Un creyente muy amigo mío, que me acompañó generosamente en las primeras horas después de conocerse la desgracia, me aseguró que el plan del Señor está más allá de nuestra escasa comprensión humana y que Elsa, en estos precisos instantes en que le escribo esto, debe estar gozando de la placentera inmortalidad del espíritu. Ésa es una buena noticia, sin duda. No muy verificable, es verdad, y mi amigo —como los periodistas— guarda sus fuentes de información en secreto. Pero como diría el filósofo Pascal, ¿por qué no apostar a que es verdad?

Pero usted, Elegido del Señor y por lo tanto un hombre bueno y comprensivo, tendrá la tolerancia de entender y posiblemente hasta de justificar que yo hubiera preferido que Elsa, como usted, fuese una Elegida y que también perdiera el avión, en vez de convertirse en un montón de carne chamuscada. Me atrevo a blasfemar: no me hubiera molestado que se postergara su goce de la siguiente vida, para, en mi egoísmo, tenerla unos años más en ésta. Son pensamientos bajos, me imagino, rayanos en la herejía.

En definitiva, respetado señor, quisiera pedirle una intermediación. Aprovechando de sus excelentes relaciones con Dios, ¿no podría usted preguntarle, en uno de los sublimes diálogos que indudablemente sostienen, qué fue del espíritu de mi Elsa? ¿Goza realmente allí donde esté?

Sería un consuelo saberlo y no les costaría nada, ni a usted ni a Dios, soltar esa mínima información.

Agradeciéndole el favor que le merezcan estas líneas y felicitándole por su alto cargo como Elegido del Señor,  
le saluda

Francisco Pereda,  
DNI 07789268

*(Los fines del mundo, 2003)*

## Armageddón en la Internet

Una vez, y sólo una, encontré en mi vida a una persona que había realizado todas sus fantasías y cumplido todos sus deseos. Fue en un asilo mental. Visitando a un viejo amigo, éste —deslumbrado— me la había presentado.

—Mucho gusto —me dijo ella, extendiéndome una mano pequeña, blanca y firme—. Me llamo Isabel.

El deslumbramiento era explicable: su blancura entre pálida y olivácea, mediterránea, cremosa y mate, recordaba a una perla. La cara ovalada, enmarcada por un cabello negroazulado, invitaba a concentrarse, primero, en unos ojos verde oscuro y luego en unos labios gruesos, ligeramente pintados de un rosado muy tenue. Pero, tras mirarla a los ojos, su boca daba esa impresión de maquillaje indiferente, casi despectivo, con el que se le dice al mundo —o el mundo cree escuchar— que, en fin, hay que pintarse. La sonrisa que me brindó, sin embargo, era sensualmente afectuosa; una sonrisa que hablaba su propio idioma, y la impresión general era que tenías al frente a dos mujeres: una cotidiana, decidida, profesional y distante, al estilo de una azafata de línea aérea; la otra como uno se imagina a una hurí, incitante en su retorcido y mentiroso recato. La primera, concentrada en sus ojos, prometía decisiones tajantes y utilitarias; la segunda, juguetones placeres y muy serias frivolidades. La combinación era perturbadora y te sometía a la inquietante pregunta de si eras un hombre capaz de abarcar a ambas.

Mi primera idea, al verla y al escuchar su voz —fuerte, casi dura en las afirmaciones; dulce y dubitativa en las preguntas— fue: «¡Qué mala suerte encontrar a una mujer así en un lugar como éste!». La idea murió pronto: la reemplazó, cuando profundizamos nuestras conversaciones, una sensación de alivio precisamente por haberla encontrado allí. Afuera, normal entre normales, no sé hasta qué punto hubiera sido dañina. Aun en el sanatorio, llegué a pensar y lo reafirmo, habrían debido aislarla. Mi ansiedad me ha conducido a adelantarme. No puedo impedir que me sacuda el temblor que imagino típico de una sesión de exorcismo.

El sanatorio era un lugar tranquilo y agradable, muy diferente al deprimente sanatorio habitual. El amigo al que visitaba estaba allí para reponerse de otra institución, en la que había combatido su adicción al alcohol; esto de usar un sanatorio para curarse de otro nos provocó obvias sonrisas. Mi amigo inmediatamente notó el impacto que Isabel me causaba; me advirtió, cuando nuevamente estuvimos solos, que era una persona «peligrosa». Le pregunté por qué le parecía tal cosa y él, sonriendo para disculparse de hablar tonterías respondió que era una bruja. Nos reímos, hombres occidentales del siglo veintiuno que han leído libros y visto películas. Recuerdo haber exclamado que eso era maravilloso. Y entonces mi amigo agregó:

—Isabel afirma haber nacido en Karakorum, durante el exilio mongol de sus padres, en el siglo trece después de Cristo; sospecha que ése es sólo el último de muchos nacimientos. Dice que es el que recuerda.

«Bueno», comenté ante tal información, «será mi primera bruja» y que yo, tras haber leído a tantos autores y visto decenas de películas sobre el tema —terroríficas o humorísticas— merecía encontrarme por una vez *dentro* de la literatura.

—No lo tomes tan a la ligera —respondió, aunque sin perder su sonrisa.

Cuando mi amigo, dos semanas después, abandonó el sanatorio, Isabel y yo ya éramos amigos y continué yendo a verla. «Estoy aquí para siempre», dijo sin tristeza: después supe por qué «siempre» era, para ella, un término sin sentido.

La única otra persona que la visitaba era o decía ser el hermano, muy mayor, que la había recluido: un hombre canoso, de piel oscura y actitudes frías pero corteses, que en nada se parecía a Isabel. La saludaba con un beso en la frente; hablaban poco y nunca en privado. Preguntaba por su bienestar y ella respondía formalmente que estaba bien. Él sólo mostró un tono inusualmente preocupado en una oportunidad, cuando le preguntó si tenía problemas (todo esto delante de mí). Ella, indiferente, le aseguró que ninguno y él retornó a su propia indiferencia. Pero se volvió hacia mí y, con una sonrisa evidentemente forzada, trató de explicarme que su hermana era una persona buenísima. «Estoy seguro de que así es», respondí.

—Es que usted no sabe cuán buena.

Murmuré algo.

—Tan buena que asusta a algunos —añadió—. La bondad extrema, se dice por ahí, se parece terriblemente a una maldad extrema.

Esto me pareció curioso. Sólo dije que Isabel no me asustaba. Ella emitió una carcajada que sólo puedo describir como cristalina. El hermano también sonrió. «La respuesta de siempre», dijo mostrando unos dientes amarillentos e irregulares. Recuerdo haber pensado que le convendría un buen dentista.

—¿De siempre?

No respondió. Se despidió de ella besando su frente y me estrechó la mano con un «cúidese» que me pareció la despedida habitual en estos tiempos. Había muchas preguntas que yo quería hacerle, pero no delante de ella. Por ejemplo y para comenzar, por qué una persona tan simpática, hasta dulce, tenía que estar recluida (y de por vida) por una simple e inocente chifladura; afuera hay millones de excéntricos, con teorías, opiniones y acciones tanto o más irrazonables y hasta antipáticas. Fue imposible; el extraño hermano y yo nunca estuvimos solos. Días después, con más confianza entre nosotros y seguro de que la pregunta no la incomodaría, se lo pregunté a ella.

—Dicen que soy mala, que hago daño —respondió, y la sonrisa de sus labios contrastaba con la frialdad de su mirada—. No me molesta. No tiene sentido

molestarse con la Oscuridad y sus emisarios o víctimas: hacen lo que les corresponde.

—¿Quiénes lo dicen?

—Todos: mi hermano, la gente que he ido conociendo, los amantes que he tenido, mis súbditos...

—¿Súbditos?

—¿No te dije que desciendo del Santo Grial?

—Espera. Espera un momento. Ya me perdiste. ¿Estamos en la corte del Rey Arturo?

Isabel sonrió, condescendiente.

—El Santo Grial no es, como se creía, un cáliz u otro objeto sino una deformación de las palabras francesas «*sang réal*». Ya no es un secreto desde que lo revelara, en la década de 1990, el historiador místico Peter Berling. Yo desciendo de la estirpe del rey David a través de Jesús y su compañera María de Magdala, de Mahoma, y de los príncipes cátaros Roç y Yeza, mis padres. Y antes de David, de profetas olvidados como Zoroastro. Mucho, mucho antes, desciendo de aquellos que hubieron de refugiarse en las profundidades. La misión del «Santo Grial», de la sangre real, es unificar a la humanidad e instaurar el reino de la paz: lo llamamos el «gran proyecto».

—Un proyecto muy largo.

—Muy largo, sí, y recurrentemente fracasado... hasta hoy. Ahora, finalmente, con el nuevo milenio (algunos hablan de la era de Acuario; las etiquetas no importan) todas las condiciones coinciden: el nombre que le dan ahora es «globalización».

—¿Y todos somos, entonces, tus súbditos?

—Sí. El Gran Programador y unos cuantos Elegidos lo saben. Y ahora tú estás entre los Elegidos.

—¿Eso es bueno o malo?

Otra carcajada de la boca y otra mirada helada.

—Y tu hermano, ¿quién o qué es?

—Uno de los Inquisidores.

—¿Inquisidores?

—La Oscuridad tiene muchos nombres y soldados.

—Eso significa que tu hermano...

—Prefiero no hablar de eso. Digamos que cumple con la misión que la Oscuridad le ha encargado. La Oscuridad considera que la humanidad no merece ser salvada. Que, en verdad, fue desde el comienzo un error o una malevolencia.

Como dije, este diálogo se produjo cuando ya llevábamos varios días de conversaciones, al principio más bien superficiales, sobre nuestras vidas —la de una niña extraña e introvertida, la de un niño extrovertido y ambicioso— y sobre el mundo. Para ella, la «vida» no sólo era una ilusión sino que además era una ilusión

imperfecta, absurda y peligrosa. Para mí, un campo inmenso pero real y conquistable. En su adolescencia, Isabel, tras las excursiones habituales entre personas como ella por las tentadoras vías de los budismos, había decidido que la verdad —si la había— tenía que estar más allá, por debajo o por detrás de esos incompletos ensayos orientales. Pero ambos nos reencontrábamos ahora en lo «occidental»: el judeo-islamo-cristianismo y la tecnología. Ella había privilegiado un camino de retorno espiritual, y yo la cotidianidad y con ella, la más occidental de las ideas: la de la conquista y subordinación del mundo. Con Isabel descubrí esa otra ruta. La describió así:

—Zambullirse en el pasado y encontrarse a sí mismo para extraer el futuro.

Intento reproducir algo de su explicación, a la vez confusa, seductora y alienada:

—Hay una rama del budismo que propone la superación de todo deseo por medio de su satisfacción —dijo—. Fue un instrumento útil para mí. He realizado todas mis fantasías y satisfecho todos mis deseos antes de perder toda fantasía y todo deseo. Como aquel adepto nuestro dentro del cristianismo, el llamado San Agustín: relea sus *Confesiones* con los nuevos ojos que ahora posees. Y a Dostoievski. Y a Nietzsche. Y a muchos otros, partícipes y agentes del «gran proyecto». Y ese gran proyecto consiste en utilizar a las religiones (las occidentales: judaísmo, cristianismo, islamismo; las orientales: hinduismo, budismo, shinto) manejando las nuevas herramientas que ahora están a nuestra disposición, como la Internet. Al fin la era de Acuario tiene los medios unificadores de que carecía: el Gran Programador ha dicho que es la hora de la batalla final, del perpetuo Armageddón.

Yo la escuchaba oscilando entre el horror, la compasión y la tentación de dejarme arrastrar a su locura. Ahora sé que me estaba enamorando de Isabel, aunque mi razón se resistía con garras y dientes a ser arrastrada a esa vorágine. Mi mundo era el de la realidad: agente en la Bolsa de Lima («yupi con Proust», me llamaba Isabel), acceso a la web, negocios violentos y rápidos acompañados por diversiones violentas y rápidas; el de ella era el de otra clase de globalización, una que había estado con nosotros, me decía, desde hacía milenios, trabajando en el inconsciente individual pero también colectivamente en el espacio y en el tiempo. Sus soldados —los *haschishin*, o «asesinos», del Viejo de la Montaña, los *fidai'i* del Islam ismaelita, los apóstoles del Kristos (menos Saulo, el de Tarso y Damasco, que era un Oscuro) y los Templarios, masacrados, como los cátaros, los nestorianos y tantos otros por la Iglesia de Roma, los treintiséis Justos de los judíos, ciertos chaskis del Tahuantinsuyo (que transportaban algo más que noticias y estadísticas)— eran las tropas de Mazda, de la Luz, que combatían por todo el planeta contra los Oscuros.

—¡Y ahora —agregó, triunfante— por primera vez, gracias a las redes mundiales de la informática y a las conexiones satelitales, tenemos acceso, por un lado, a todos los rincones y, por el otro, al corazón mismo del Dominio del Mal!

—¿Y dónde está ese corazón? —pregunté.

—No dónde, sino cuándo —respondió—. Armageddón, el gran combate, no está en el espacio sino en el tiempo. Armageddón se combate en el tiempo.

—¿Cómo?

—La Oscuridad es el tiempo; el tiempo como manifestación del Mal. Una derivación de lo luminoso, que nació y vivió un nanosegundo sin sombra; el tiempo es una atribución del espacio, que nació puro, es decir intemporal, y fue desafiado por una dimensión nueva: lo que la física denomina tiempo y las religiones, Satanás. Luzbel era la «bella luz» hasta que, harto del error divino, se lanzó a su rebeldía correctora. La Oscuridad es la sombra, por lo demás inevitable, que proyecta la Luz y que, como, ésta, adquirió autoconsciencia. Más cómodo era antropomorfizarla y llamarla «diablo». Pero ahora existen la nueva física y las comunicaciones totales: ya no necesitamos parábolas. Hemos llegado a la madurez y tenemos las herramientas. Los libros sagrados —las Biblias (judía y cristiana), las Gathas y el Avesta, los Evangelios Apócrifos de la gnosis, el Quran, el Canon Pali del Buda y la Tripitaka, el Popol Vuh y todos los demás— eran hermosas parábolas con las que la Luz nos fue preparando para el «gran proyecto». Nosotros apostamos a que Satanás está equivocado y que la humanidad, la Creación entera, son rescatables.

Me sería imposible reproducir todas nuestras conversaciones, no porque no las recuerde en su totalidad —tengo excelente memoria— sino porque serían tediosas y repetitivas para el no iniciado. Eran historias de personas y de viajes, de supervivencias y crímenes.

—¿Cómo es eso de todas las fantasías realizadas y todos los deseos satisfechos?

Esta vez hasta sus ojos participaron de una pícaro sonrisa:

—En ocho siglos se puede hacer muchas cosas, ¿no crees? Pero además he contado y cuento con la ayuda de mis padres.

—¿También viven?

—Ningún luminoso deja de vivir. También viven Abraham, cuya supuesta tumba veneran en vano judíos y musulmanes, Jesús —para evadir la persecución le provocaron con una pócima, que dijeron era vinagre, una catalepsia o falsa muerte en la cruz—, Siddharta el Buda, Spinoza, Einstein...

—El cerebro de Einstein se conserva en una universidad, creo que la de Princeton.

—Bernardo, Bernardo... Me hablas de átomos y moléculas ¡y yo te hablo de fuerzas que los dominan, transforman y reproducen! ¿Por qué tantas religiones te hablan de la resurrección de toda carne a sabiendas de que los cadáveres se pudren y desaparecen? Todo tiene una copia en el Gran Archivo. Y todos esos amigos y muchos más viven, se comunican entre sí y ejercen su influencia; son nuestros asesores y tropas de reserva. Así como hay un genoma humano, hay un genoma

universal o gran archivo que Jung denominó «inconsciente colectivo». Por ahora sólo nosotros los luminosos somos la parte autoconsciente de ese archivo.

Y sus viajes: Roma, Grecia, Galia, Palestina, Persia, los territorios del único imperio nómada de la historia, el de los mongoles, Catay y, por supuesto, lo que ahora llamamos India. Pero también por África —sobre todo el Sahara, que alguna vez contuvo un mar y dio lugar al imperio fenicio de Cartago— y la futura América en los recios pero esbeltos barcos vikingos.

—Ah, Bernardo —me decía, con los labios dulces y la mirada hierática—, ningún lugar, ningún comportamiento, ningún dolor o placer me es ajeno. Guerrera con los hititas (a quienes enseñé el uso del hierro), diosa para los tutsis, esclava en Baltimore, prostituta sagrada entre los adoradores de Baal, no tan sagrada en Marsella, ñusta en Machu Picchu, tú nóbralo: estuve allí y lo fui todo. Borges no llegó a saber que yo, Isabel Trencavel, soy el aleph.

—¿Trencavel?

—Mi apellido cátar, del Languedoc. Mis padres descienden de Perceval o Parsifal, nuestro gran héroe. Fuimos víctimas de una cruzada de cristianos contra cristianos, de la Oscuridad de la prepotente Roma, esa nueva Babilonia. El tiempo combate en el espacio para destruir la luz. Hemos sufrido terribles derrotas, como en la bravía Atlántida, en Creta —imperio femenino dedicado al amor y a las artes— y en la dulce Avalon de los Pictos, la actual Inglaterra. Los huaris eran regidos por gente nuestra: los quechuas los destruyeron; los cultos mayas sucumbieron ante los demoniacos aztecas que, como Roma, exclamaron su versión de *delenda est Cartago*. Tampoco quisieron dejar rastros, pero el Popol Vuh y los templos escondidos permanecieron y los sacerdotes huyeron a tiempo al Asia Central. Qué historia, ¿verdad?

—Increíble.

—No estás obligado a creerla; casi nadie lo hace. Y cuando lo creen, la Oscuridad a menudo transforma la Gran Verdad en locura de grupitos chiflados o estafadores. O los luminosos somos encerrados en sanatorios mentales. Algunos se suicidan, otros simulan «volver a la razón» —es decir, a la mentira— pero algunos continuamos este combate de la eternidad contra el tiempo.

—¿Y cómo va a terminar todo esto?

—¿Quién sabe? Las fuerzas son parejas. A veces dudamos, no creas. Como preguntan ciertos gnósticos, ¿quién sabe si Dios no es una falsificación?

—¿Y Dios qué pito toca?

—Te perdono la vulgaridad porque es tu mecanismo de defensa: tal como los individuos neuróticos defienden su mal, el colectivo defiende su oscuridad. Si tenemos razón, y tenemos que tenerla, Dios es el Gran Programador.

—Entonces, ¿por qué no nos ha programado para ganar? ¿Y para qué esta absurda

y sangrienta lucha en una Creación que pudo ser perfecta?

—La Oscuridad es el gran virus.

—Los virus se fabrican.

—Sí, hay un Gran Hacker.

—¿Y quién creó al programador y al hacker?

—Ése es el misterio final, que sólo sabremos, para bien o para mal, cuando se decida Armageddón.

—El Dios de Dios. El Rey de Reyes.

Se encogió de hombros.

—Ni idea. Einstein sigue diciendo que Dios no juega a los dados, pero ahora añade, sonriendo, «si hay tal cosa y si hay dados».

—Tal como yo lo veo, nosotros somos los dados.

—No, todos los dados son iguales. Nosotros somos piezas de ajedrez. Sólo que ahora, en el tercer milenio, vamos a jugar en un tablero universal, y vamos a conocer el juego.

Por supuesto, nunca llegué a creer en lo que decía Isabel, registrada en el sanatorio no como Trencavel sino con el apellido Valmel. Pero desde que la conozco vivo amándola, aterrado, preguntándome: *¿Y si fuera cierto?* La alternativa es que se trata de una loquita. Una loquita que, como me insinuó ayer con suficiente claridad, sólo podrá amarme si ingreso con plena consciencia al ejército de la luz.

Por eso y para horror de familiares, amigos y colegas, vivo aquí, con ella y con la computadora con la que continuó mi trabajo en la Bolsa y navego, con Isabel, por las zonas más demoniacas de la Internet.

(*Los fines del mundo*, 2003)

## El segundo cerebro de Margarita

Los amores terminan, pues, me comentó Margarita con su «pues» tan limeño.

—La cuestión es cómo.

—Y digerir las ruinas, a ver qué se puede salvar y seguir viviendo. Pero eso ya es asunto tuyo.

¿Hablaba ella o su conjuntito de átomos artificiales?

Esto ocurrió hace un par de semanas y me envió a la angustia y a los recuerdos.

Siguen intentándolo «tradicionalmente» con el sida, el ébola, los cánceres. Lo lograron, un poco, con el Alzheimer, el Parkinson, la esclerosis múltiple y la neuropatía desmielinizante. *Good for them*, como dice el Dr. Witowski. *Y ahora se viene la nanomedicina. Pronto llegaremos al noventa por ciento, ya verán. En gran parte gracias a «nuestra» Margarita.* Todavía es más larga la lista de las enfermedades que falta eliminar o reducir al mínimo. Para no hablar de las más novedosas, sobre todo las que brotan de las selvas y/o de los laboratorios «un poco secretos» de guerra bacteriológica.

Siguen hurgando en los genes con y sin la nanomedicina, la novedad del momento.

«Nano», para resumir y vulgarizar, es lo recontrachiquito.

Yo sigo hurgando en mí, tratando de descubrir qué clase de hombre soy realmente. Uno se puede pasar la vida entera sin saberlo. Pronto no podré soslayar el tema.

Y ahora han salido las primeras nanocomputadoras. La que insertaron en el cerebro de Margarita, me dicen, es del tamaño de unas cien neuronas pegaditas.

Dicen también que funciona okey: recibe y da órdenes, guarda programas, es *compatible*. Supongo que se refieren a compatibilidad con las neuronas originales.

Margarita se sigue muriendo.

Yo diría que ahora hay *dos* Margaritas muriéndose, pero me aseguran que ésa es una tontería.

—Soy un campo de batalla —decía Margarita en sus episodios de lucidez.

—De experimentación.

—Como quieras. No me quejo: lo autoricé. Lo autorizamos. Una esquizofrenia mecánica.

Se ríe. ¡Se ríe!

—Un implante —digo. No sé si sonrío.

—¡Silicona virtual! ¡Lóbulos-tetas! ¡Culo neurológico!

También ese humor morirá. Sus risas y sus acideces psicológicas, su melancolía tan atractiva, su nariz respingada, sus violentos orgasmos, sus opiniones sensatas y sus opiniones descabelladas. Vallejo llamó a todo esto «La Violencia de las Horas»,

creo: me falta la energía para levantarme, ir hasta la biblioteca y consultar. La deliciosa tentación del «qué importa».

—¿Por qué tanto teatro? —pregunta, me imagino que a mí—. ¿Acaso todos ustedes, el resto, son inmortales?

—La nanocomputadora ya debe estarte reconfigurando.

—Mmmm. O yo a ella, ¿no crees?

Buena pregunta, si lo es. ¿Quién ganará? ¿Quién o qué reconfigura, modifica, cura o enferma a quién? El Dr. Witowski insiste en que las instrucciones ingresadas a la nanocomputadora —él la llama nanoordenador porque aprendió español en Barcelona— son claras e inmodificables. Hoy más que nunca la tecnología revuelve *mis* torpes, orgánicas neuronas. No necesito implantes para perder el tren del desarrollo.

El Dr. Witowski me palmea el hombro y sonrío a Margarita.

—Tengan confianza.

¿Por qué no tenerla?

Olvidemos las grandes fallas, los descomunales errores, las insignes metidas de pata en la historia de la medicina —en la historia de *todo*— y concentrémonos en, por ejemplo, la eliminación de la viruela. O en la ingeniería genética, en los sujetos que desde hace un mes coleccionan rocas en Marte o en la nanocomputación. ¿No es una maravilla? ¡Una computadora más chiquita que una familia de virus si incluimos tíos y primos en tercer grado! ¿Por qué no tener confianza en que esta apoteosis del saber humano, de la técnica humana, sea capaz de ejercer una especie de *Kommandantura* no sólo sobre el cerebro —eso ya lo hacían las religiones, el fútbol y los rockeros— sino sobre las disfunciones de todo el organismo? No es sino la versión tercer milenio de «*mind over matter*», mente sobre materia, de los yogas pero ahora con mejores herramientas. *Materia electrónica sobre materia orgánica*. ¿O estamos ante una larga cadena de locos que culminan en el Dr. Witowski?

—Te cuento —dice Margarita—. Lo que estoy comenzando a sentir no es la remisión de los dolores de nuca, que parecen haberse detenido, ni del desconcierto o de la falla de la visión, ni de la depresión sino... Todo eso está volviendo.

—¿Sino?

—Percibo quejas.

—¿Quejas? ¿De quién?

Margarita no se ríe, pero dibuja una sonrisa débil, incrédula, quizás amarga.

—De mi otro yo. No del que todos llevamos dentro, de fábrica, sino de mi verdadero *otro*. *Mi otro yo Microsoft*. Witowski dice que eso es imposible. Una ilusión. Una *estructura psicológica*. Mía.

—Y tú crees que es la nano.

—Sí. Creo que mis neuronas patológicas están reprogramando a mi nano.

Puede tener razón y puede tenerla Witowski. Margarita sabe que tiene un cerebritito en su cerebro. No hay forma de saber qué reacciones psicológicas puede provocar eso. Resistencia. Rebeldía. Angustia. Si las neurosis se defienden, ¿por qué no podrían defenderse, como siempre se ha sabido o intuido, otras o todas las enfermedades? ¿Adquieren o poseen vida propia? *¿Estamos descubriendo que las enfermedades son seres vivos? ¿Entes satánicos con instinto de conservación y no meras disfunciones o invasiones que quizás sólo sean desencadenantes, quizás sólo parteras de tales monstruos?* El Mal como óvulo que bacterias o virus sólo fecundan... Un absurdo atractivo. Una poética paranoia.

—¿Qué más sientes?

—¿Además de lo que llamo quejas? Dolor. Ansiedad. Terror. Pero no los míos. Como si ese otro se estuviera contagiando. Y *devolviendo*.

Pregunté a Witowski.

Su mirada, tras el escritorio, se fijó en alguna lejanía.

—Trato de ser honesto y sincero —respondió tras una pausa—. No tengo armas suficientes para descartar nada. Sin embargo, nuestros experimentos demostraron que...

Su voz se fue perdiendo no sé por dónde.

—¿Que la electrónica aún ahora no toma iniciativas? En algún momento tenía que ocurrir.

—¿Me está hablando de instinto de conservación?

—Exactamente. ¿Qué hace una computadora tradicional ante un problema que no puede resolver? Se «cuelga», se «congela», pide a chirpidos un técnico. Pero esa computadora no está integrada a un circuito orgánico. No tiene mamá. La nano, en cambio...

Witowski me miró con cara de «hay más cosas entre cielo y tierra...».

—La nano —proseguí— es ahora parte de un organismo vivo, como el cerebro original. Se integra o muere. O es Margarita o se congela. Para vivir, para *funcionar* tal como fue programada, tiene que asumirse como parte de Margarita. Si no lo hace, *enloquece*. Para una computadora, no poder ejecutar aquello para lo que fue creada es la locura y la locura para ella es la muerte. Lo peor de todo es que está asumiendo la enfermedad, la fuerza diabólica de las neuronas desquiciadas.

Durante todo este, digamos, especulativo discurso, había otro discurriendo por debajo como una de esas corrientes submarinas que, si nos descuidamos, nos arrastra hacia las profundidades. Llamémoslo miedo. Ella lo había dicho:

—Los amores terminan, pues.

Y yo había respondido:

—La cuestión es cómo.

Había tomado con aparente tranquilidad mi decisión. Naturalmente trato de

engañarme.

—El apoyo de los seres queridos es fundamental —había dicho, muy al comienzo e innecesariamente, el Dr. Witowski.

—¿Pero no me dice que no hay curación?

—No hay enfermedad cien por ciento irreversible. Hábleme, si quiere, de un 99,99999999999999 por ciento. Los religiosos manejan el concepto de milagro. El nombre no importa, pero lo acepto. Si revisa la literatura médica... Además...

—¿Además?

—Hay el concepto de la caridad, de la solidaridad, del amor.

Asentí vigorosamente, con más energía de la necesaria. Ya me había visitado y se había instalado incómodamente en mí el otro concepto, el de años de horror compartido, de silenciosa negrura, de clausura de mi propia vida en aras de una noble e insoportable esclavitud. *Hasta que la muerte nos (re)una*. Previa muerte encadenado a una muerta. A una inexistencia. A una sucesión de dolores, quejas, gritos, llantos, silencios vacíos. Mi muerte prematura.

—Sería injusto —había dicho la propia Margarita hace unos meses, incitándome a dejarla a tiempo. ¿A tiempo para qué?

Curioso. Injusto. ¿Funciona así? ¿El mismo hecho, justo para uno, injusto para otro? ¿Adónde nos lleva eso? Al cinismo o a la amoralidad de las computadoras. Pero está visto: somos computadoras orgánicas, tan amorales como cualquier IBM, Toshiba o Hewlett Packard.

No, no es verdad. Podemos optar por autoincriminarnos, nos han programado para sacrificarnos, para ser injustos con nosotros mismos en aras de abstracciones como el amor, Dios, la Patria, la fraternidad. ¡Pobre nanocomputadora, pobre Margarita Dos! Ha entrado en pánico y no maneja tales abstracciones. Sólo quiere sobrevivir, sólo quiere funcionar. Prefiere suicidarse, ya que morirá —como un virus cualquiera— con Margarita Uno aunque quizás «piense» que puede ser rescatada en la autopsia y devuelta al mercado para seguir alegremente copiando enérgicas enfermedades. *Copiar y pegar*.

—Sálvate —me dijo más de una vez Margarita. La generosidad de los moribundos, la más cruel. ¿O era la generosidad de la nano?

Pero ¿qué saben moribundos o computadoras de lo que es salvarse? ¿Qué saben de terrores, salvo del más pedestre? *Dejar de funcionar*, el nuevo nombre de la muerte.

¿Y cuál es *mi* vía para seguir funcionando? ¿Con o sin Margarita y su cerebro doblemente invadido? ¿A qué tengo derecho?, le preguntaría pero no le pregunto al Dr. Witowski. Como cualquier psicoanalista, me repreguntaría: ¿*Usted qué cree?*

¿Yo? Yo no creo nada. El terror ciega. La huida sonrío coqueta desde la puerta y extiende la mano, curvando y descurvando el índice. *Ven conmigo*, dice,

relamiéndose. Me promete un orgasmo mortal.  
Voy tras ella, Margarita. Perdóname.  
Pronto olvidarás todo. Así que...

*(Los fines del mundo, 2003)*

# Impunidad

Cuando Werner Schnabel volvió de la selva, había cambiado: el extrovertido, hablador, cínico periodista y cazador de nazis no solamente había adquirido una rojiza quemazón y rotundos picotazos de los zancudos sino una melancolía que nos sorprendió.

«*Was ist los?*», le pregunté desde mi escritorio vecino a su oficina en el diario. Sonrió ligeramente, reconociendo mi intento de alegrarle en alemán.

«Nada, Bernd», me respondió en castellano. Frases como ésa, simples, le salían correctas.

Se dirigía a desempeñar sus poco claras tareas como asesor de la dirección. Nunca supimos sobre qué podía asesorar a un diario peruano un periodista nacido en Múnich, que no dominaba el idioma local y que me dictaba una ocasional columna de ácido humor sobre la condición humana que yo obedientemente traducía. El resto del tiempo desaparecía del diario (ahora sé que investigaba, entrevistaba y preparaba su expedición) o se encerraba largas horas con el director. Cuando llegó, unos seis meses antes de partir hacia Pucallpa y de allí al interior en busca, decía, del famoso Dr. Mengele, le conocí en una recepción por el décimo aniversario del periódico, propiedad de un magnate minero. El director, un periodista y político conservador, me presentó a Werner Schnabel. Le aseguró que yo era un casi compatriota, descendiente de judíos alemanes emigrados en 1935. Pareció divertirse que mis familiares hubieran venido de Stuttgart.

«Ah», dijo Werner. «Casi compatriotas. Los Schwaben como ustedes son vecinos de los bávaros».

Desde el comienzo nos hicimos si no amigos —Werner exhibía bajo su cortesía y su humor una permanente frialdad, como si se resistiese a provocar demasiados afectos— buenos colegas e intercambiadores de bromas, generalmente de humor negro. Otros, y otras, me confirmaron esa impresión de distanciamiento que dificultaba o hacía imposible una amistad más íntima. Werner Schnabel, como supe después, había vestido sus desilusiones con el ropaje de la reserva o el del cinismo.

Era alto, pero ligeramente encorvado. Físicamente parecía por ello tenso y tímido, como quien ha sido agredido temprano con consecuencias permanentes. Eso no le facilitó las cosas durante su extraño encuentro en la selva. Quijotesca delgado, rubio casi albino, con ojos de azul brillante, hubiera hecho las delicias del *Institut für Erbbiologie und Rassenhygiene*, el Instituto de Biología Hereditaria e Higiene Racial, del que el Dr. Dr. Josef Mengele, doble título de filósofo y médico, había sido destacado miembro desde los años treinta. Werner Schnabel era, sin duda, un ario nórdico más perfecto no sólo que Mengele sino que la mayoría de dirigentes nazis incluyendo al propio Adolf Hitler. Alguna vez, en la cafetería del diario, me confió —

seguramente estimulado por mi ascendencia hebrea y mi vaga simpatía por las izquierdas— que uno de los motivos de su presencia en Lima (el verdadero motivo, comencé a intuir) era el de contribuir a que viejos nazis fugados de la justicia fueran hallados. Le pregunté si él había intervenido en la espectacular captura de Adolf Eichmann en la Argentina. Secuestro, lo llamaron muchos; violación de la soberanía argentina, dijeron otros. Eichmann fue juzgado en un pequeño Nuremberg israelí, condenado a muerte, ejecutado, cremado, y sus cenizas dispersadas. Pero prácticamente todo el mundo estuvo, tenía que estar de acuerdo: Eichmann había sido el gran organizador burocrático de la matanza.

«¿Tú participaste en esa acción, Werner?», le pregunté.

«Yo trabaja solo», respondió.

Mi siguiente pregunta era inevitable, aunque sabía perfectamente que era absurdo formularla.

«Perseguir nazis es una aventura costosa. Wiesenthal desde Viena y desde los Estados Unidos, con su Centro de Documentación del Holocausto, nunca tuvo suficiente dinero pese a los millones que, dicen, fluyeron. El grupo Eichmann entiendo que fue financiado por el Mossad. ¿Y tú, Werner? ¿Eres también Mossad, o CIA, o BND, o KGB o la Stasi de la RDA?». Estábamos en 1971 y Alemania, por supuesto, estaba dividida. Uno de los más persistentes rumores lo vinculaba justamente con la República Democrática Alemana, de la cual se afirmaba haber sido más consecuente que la Alemania Federal en la purga de nacionalsocialistas después de la guerra. Por lo menos no se conocían casos como, precisamente, el de Josef Mengele, a quien nadie impidió volver a Günzburg en Baviera, su pueblo natal, en 1945 y reabrir la empresa de su padre —Carl Mengele e Hijos— y hasta viajar varias veces a Sudamérica. Pero por otra parte, la RDA era una sociedad cerrada: ¿cuántos pasaron de la Gestapo al Stasi y cambiaron la svástica por el martillo y el compás?

«Ach, Bernd», respondió a mi pregunta sobre su afiliación a algún servicio secreto, sonriente y con ese chispear de sus ojos azules que denotaba una gran diversión interior, «*das kannst du mich doch nicht fragen*».

«Touché», respondí cosmopolitamente. Era evidente que no podía preguntarle eso.

«Yo conoce tu próximo pregunta», añadió. «No hacer».

«¿Y cuál es?», pregunté, sonriendo a mi vez.

«Próximo pregunta: *die Rolle des Zeitungsinhabers und des Direktors*».

Claro: el papel del dueño y del director del periódico.

Brevemente me dijo solamente que había algunos intereses comunes. Un ex nazi, minero y exportador en el Perú actual, vinculado en los años 40 a una operación de falsificación de libras esterlinas y luego fugado, se había convertido en incómoda competencia para el propietario de nuestro periódico.

«*Eine Hand wäscht die andere*», rió Werner. Una mano lava a la otra. Tú me ayudas a eliminar a mi competencia, y yo te ayudo a buscar a tu pediatra. Porque los mortíferos experimentos que el Dr. Mengele realizara en Oswiecim, Polonia, que la historia prefiere registrar como Auschwitz, se centraron sobre todo en niños.

Todos creen que Mengele está en Paraguay o Brasil, me contó Werner. Todavía no se había escrito *Los niños del Brasil*, de Ira Levin, ni mucho menos rodado la película, en las que Mengele les crearía ojos azules a los niños nativos de la Amazonía, una invención que siempre me pareció, pese al talento de Levin, un poco *too much*, como dicen los norteamericanos. «*Aber ich glaube, er ist hier in Peru*». Sí, aquí en el Perú, y golpeó levemente la mesa con la mano abierta, ratificando su convencimiento. No quiso decirme, periodista al fin, cuál era su fuente. Personalmente, y no creo cometer una infidencia, sospecho de algún miembro, alfabetizador y misionero, del Instituto Lingüístico de Verano de Yarinacocha, a 8 km de Pucallpa. Ellos tienen el conocimiento y los contactos necesarios. Nadie, ni las autoridades peruanas, sabe más sobre ese inmenso territorio verde y quiénes lo habitan. Recordé la historia de Werner Schnabel y su certeza cuando, en 1979, se reportó la muerte de un anciano que podría tener los entonces 68 años de Mengele en una prosaica muerte accidental por ahogamiento en una playa brasileña. Si he de creer en Werner Schnabel, y lo hago, ese hombre no era Mengele. Si la supuesta muerte en 1979 hubiese sido un prosaico y frustrante anticlímax, ¿cómo calificar lo que a su retorno de la selva me contó Werner? El Dr. Dr. Josef Mengele, el ángel de la muerte, como se le llamó en otra película hoy difícil de hallar, debe haber muerto ya si los chamanes o la automedicación no le han conservado en vida y salud hasta los casi noventa años en un insalubre y recóndito agujero a unas seis horas en *peque-peque* —como llaman allá a las lanchas a motor— del puerto de Pucallpa.

El fugitivo suele ser más interesante que el perseguidor, en la televisión y en el mundo real. Pero en cierta forma a mí me fascina Werner Schnabel más que Mengele: que un criminal se esconda es razonable, y recitar el catálogo de sus acciones me parece morboso fuera de un tribunal de justicia. Quizás esté equivocado y la humanidad necesite tal recitado en la esperanza de eliminar futuros crímenes similares. No comparto esa esperanza, y la historia universal después de 1945 me da la razón: castigo, sí. Ejemplo negativo, definitivamente no. El conflicto a que se enfrentó Werner en el departamento de Ucayali se expresa exactamente en esos términos: perdón, olvido, impunidad, justicia, cobardía, venganza.

Durante varias semanas después de su retorno, enterado ya del motivo del desgarramiento interno de Werner, escuché su fragmentado relato autobiográfico. Infancia en la Alemania nacionalsocialista (*Hitlerjunge*); adolescencia en Baviera, tierra rojinegra de católicos y comunistas que en 1919 había sido, por varias semanas, escenario del único territorio comunista en Alemania hasta 1945; en el colegio le

habían mostrado los crímenes del Tercer Reich, pero la praxis de la República Federal le pareció insuficiente; por otro lado, la rígida dictadura de Walter Ulbricht en el trozo comunista de Alemania le resultó inaceptable. Más bien le fascinó el sionismo, siendo cristiano, porque le pareció la única respuesta concreta al holocausto. Los sentimientos de culpa alemanes, tan parecidos a los judíos, impulsaron a Werner Schnabel a contactar, desde 1949, a cuanto israelí pudo acceder en Alemania. Alguien, en alguna parte, tomó nota. Su aspecto extremadamente ario sin duda le fue de gran ayuda para los trabajos que se le encomendaron. Hasta allí el relato de Werner en muchas sesiones en la cafetería y en otros lugares de Lima. No quiso contar ni identificar nada más.

Entiendo, además, que ni siquiera la pareja peruana que adquirió, una hermosa e inteligente criolla, pudo saber más detalles. Ahora que ella ha muerto de una enfermedad incurable, nadie podrá insistir en arrancarle información. En realidad, tampoco creo que alguien hubiese querido hacerlo, tal como terminaron las cosas. Las frustraciones —fracaso no es la palabra precisa— no hacen noticia, ni para los periodistas ni para los historiadores.

Sobre la expedición y su resultado, Werner me contó lo siguiente, en un amasijo de oraciones alemanas salpicadas de palabras, sobre todo interjecciones, en castellano:

Había seguido la ruta que alguien le sugirió, partiendo de Pucallpa, Ucayali abajo, hacia la confluencia de este río con el Marañón. Tras seis horas y media arribaron a un pequeño, no muy visible, embarcadero. Desde allí, Werner y su pequeño grupo de tres conocedores del lugar emprendieron la marcha a la vera de un río afluente del Ucayali, marcha que duró unas ocho horas. Werner iba armado con una imponente Luger, dos cámaras fotográficas, una Leica y una Hasselblad, y una grabadora portátil; hoy llevaría una videocámara. Los otros no portaban más armas que sus machetes. La información recibida por Werner afirmaba que el Dr. Dr. Josef Mengele, experto apoyado en su momento por la *Deutsche Forschungsgemeinschaft*, institución científica del más alto nivel en el Reich de los Mil Años, experimentador especializado en niños gemelos y liliputienses que, sin embargo, no se ocupaba de la eliminación posterior de los mutilados cadáveres de aquellos contribuyentes involuntarios al progreso de la ciencia, vivía con una comunidad de nativos de la etnia shipiba. No se decía en la información si los shipibos conocían la biografía del Dr. Mengele.

Ahora bien: los shipibos no son, desde ningún punto de vista, gente alejada de la civilización. Menos aún se les puede calificar de «salvajes», si es que ese término es válido para grupo alguno. Los shipibos muchas veces visten ropa «occidental», a menudo visitan o aún residen en ciudades como Pucallpa y, en todo caso, suelen comerciar activamente con sus productos, incluyendo una hermosa artesanía. Muchos

leen y escriben no sólo en su lengua sino también en castellano. Quiero aclarar esto, porque el Dr. Mengele no se había ocultado en algún lugar inaccesible, solo o rodeado de personas aisladas y por lo tanto incapaces de divulgar la existencia entre ellos de un más o menos misterioso extranjero. Por lo demás, en esta zona y en otras mucho menos accesibles, es frecuente la aparición y aún la permanencia de misioneros de diversas religiones y de otros foráneos.

«¿No es éste un caso inexplicable de *jutzpe* más bien judía?», recuerdo haberle preguntado a Werner.

Lo recuerdo porque la pregunta le provocó una de sus célebres sonrisas, en un tiempo en que éstas prácticamente habían desaparecido de su rostro.

«Sí y no», respondió. Añadió que era una suerte de *jutzpe*, de insolencia, de «concha», para usar un peruanismo más parecido al *jutzpe* judío. Pero que también era una forma quizás más efectiva de mimetizarse con el medio, como el perseguido que se esconde en una casa colindante con una estación policial.

Conforme se acercaban al lugar donde supuestamente se encontraba el supuesto Mengele, una extraña calma iba reemplazando la nerviosidad, la ansiedad de Werner. Una sangre fría aprendida sin duda en «trabajos» previos y en entrenamientos varios (son deducciones mías que él no desmintió) comenzaba a dar frutos. La pasión es enemiga de este tipo de misiones: el espionaje y sus derivados son tareas despersonalizadas que, como se dice del plato llamado venganza, se comen frías.

Llegaron al atardecer a la aldea, que ostentaba el cristiano nombre de San Hilarión. Fueron recibidos con la habitual, sonriente cortesía de los shipibos, quienes probablemente creyeron en un principio que se trataba, si no de algún misionero, de un turista particularmente esforzado al que se le podría vender algo. La primera, prosaica impresión de Werner en San Hilarión fue la especial ferocidad de los zancudos. El repelente que liberalmente se había aplicado resultó ineficaz.

Preguntó por el alcalde de la comunidad. Se entendieron pese a las dificultades lingüísticas debidas al poco castellano de Werner más que al del joven shipibo a quien se dirigió, acostumbrado a entender gringos de variados orígenes. El shipibo llamó a gritos a un tal Pablo. Desde diversas chozas, niños y mujeres, nada tímidos, se acercaron y rodearon a Werner. En sonriente silencio, esperaron. Posiblemente la conversación iba a ser tan interesante como la televisión en blanco y negro que ocasionalmente lograban captar entre la nevada electrónica en la choza del jefe, quien dijo llamarse Pablo Amasifuén.

«Señor Amasifuén», comenzó Werner, extendiendo la diestra que don Pablo cogió con entusiasmo, «mi nombre es Werner Schnabel, de Alemania». «En Europa», añadió innecesariamente, como demostró rápidamente el jefe que lo interrumpió sin mala voluntad para revelar que conocía muy bien la existencia de Alemania.

«*Natürlich*», dijo Werner, «perdóname usted».

«Muchos creen», dijo don Pablo, «que somos como en las películas de los gringos».

Ambos rieron cordialmente, y el corro de mujeres y chiquillos rió igualmente. Quizás por contagio, razonó Werner, que no creía que todos hubiesen comprendido el intercambio.

Werner explicó, no sin problemas, que era periodista y que estaba interesado en la vida y problemas de los shipibos y de otros habitantes de esa región, tan bella exteriormente y tan pobre y difícil en la realidad. Don Pablo asintió gravemente.

«Eso es verdad», dijo. «Muchos sólo ven que todo es verde. Pero tienen que venir aquí para darse cuenta que la vida es muy dura en la selva. Estamos a sus órdenes, señor Echnabel».

«Muchas gracias», respondió Werner. «Y hay uno otro asunto también importante por mis jefes. Dicen mí que uno otro alemán ser aquí. Uno señor alemán muy, muy viejo. ¿Ustedes conoce el señor alemán?».

Para sorpresa de Werner, que no creía que las cosas funcionarían con tanta facilidad y rapidez, don Pablo respondió sin vacilar que sí, efectivamente, había tal alemán, que era *bastantito* viejo, que vivía en una choza al final del pueblo y que era médico.

«¿Cómo ser nombre?», preguntó Werner, mientras una de las señoras se adelantaba para ofrecer una bebida a Werner y a sus acompañantes. Su pregunta era un riesgo y Werner lo sabía.

«Nosotros le hemos bautizado doctor Fritz», respondió el jefe. «Como en los chistes de Otto y Fritz que me contaron una vez en Pucallpa». Ahora las risas de todos fueron mayores.

Yo, en Lima, sentí un escalofrío interno: el monstruo transformado en personaje de chiste étnico. Werner, en San Hilarión semanas antes, mantuvo la misma expresión de sonriente aplomo, de inderrotable serenidad. Todo dependía de los próximos minutos.

«¿Cómo ser nombre de Fritz antes?», preguntó, siempre sonriente.

«¿Por qué no se lo pregunta a él?», le invitó don Pablo, y a continuación, con un gesto de *sígame* se dio vuelta y comenzó a caminar en dirección contraria al río.

«*Alles klar*», murmuró Werner y comenzó a caminar detrás de don Pablo seguido por toda la población, ahora también la masculina, de San Hilarión. Sentía en su cintura el peso de la Luger oculta bajo su camisa tipo guayabera y pensó que esperaba no tener que usarla. Los pobladores seguían mostrándose amables y un hombre de 60 años no era rival físico para Werner y sus acompañantes. Fue durante esa caminata que Werner comenzó a comprender que un elemento inesperado iba a complicar las cosas.

«El doctor Fritz», iba diciendo el jefe mientras avanzaban sobre la tierra, fangosa tras la más reciente lluvia, «es un hombre muy bueno. Nos cura, nos cuida, sobre todo a los niños de la comunidad. Es un verdadero ángel».

Ángel, pensó Werner en San Hilarión y pensé yo en Lima. No era la primera vez que a Mengele se le llamaba «Ángel».

Werner gruñó una respuesta. Don Pablo continuó caminando y elogiando al angélico doctor Fritz. Dijo que en los años que había pasado en San Hilarión la comunidad había aprendido a quererlo y a admirarlo. «Pocos gringos se han portado tan bien y sin ningún interés. No nos explota, no nos roba, no nos hace trabajar, no nos quiere convertir a ninguna religión. Nunca hemos conocido a un hombre tan caballero». Si Werner detectó una actitud sutilmente defensiva en estas declaraciones, no lo dejó entrever.

«¿Usted conocen qué hace doctor Fritz antes, en Alemania?», preguntó.

«Era médico de niños», respondió don Pablo, inconsciente de su ironía.

O sea pediatra, como en ese arranque de humor negro del director de nuestro diario. Claro, tuvo que pensar Werner, las piezas iban encajando, con o sin humor. Pero ¿encajaban realmente, o se estaba abriendo una puerta en dirección inesperada? Claro que sí.

La comitiva llegó a una choza, igual a las demás por fuera.

«¡Doctor Fritz!», llamó Pablo.

Se abrió la maltrecha puerta y allí estaba. Werner no dudó un solo segundo: supo que se enfrentaba al Dr. Dr. Josef Mengele, médico de las SS, torturador de Auschwitz, ex miembro del *Stahlhelm*, los paramilitares ultraderechistas en la república prenazi de Weimar.

«¿Sí?», preguntó Mengele, parpadeando en la luz. El interior de su choza estaba oscuro. Dormiría.

«*Guten Tag, Dr. Mengele*», saludó suavemente Werner.

El silencio, el famoso, ocasional obsesivo silencio de la selva, comenzó a durar. Y duró, aparentemente, los veintiséis años transcurridos desde 1945. Debieron ser los segundos más largos en la vida de Werner y, quizás, de Mengele.

«*Wer sind Sie?*», preguntó secamente el Ángel de la Muerte. Quién es usted.

«*Mein Name ist Werner Schnabel. Ich verhafte Sie im Namen der Menschenrechte*». ¿Podía hacer eso Werner Schnabel? ¿Arrestarlo en nombre de los derechos humanos? Supongo que no. Pero opino que sí.

Sea como fuere, la reacción de Mengele fue una sonrisa. Dejó de mirar con sus ojos acuosos, pero también fríos, a Werner y los fijó en los de don Pablo. A él le dijo:

«Este caballero ha venido a arrestarme».

«¿Cómo?», preguntó el jefe.

«Sí, a ponerme en la cárcel».

La actitud de don Pablo y, segundos después, de los demás pobladores cambió inmediatamente. En tono frío y amenazante se dirigió a Werner.

«¿Usted es policía?», preguntó.

«No», respondió Werner. «Pero este hombre es uno criminal. Mata mil niños, torturas, homicidios. Años. ¿Comprende? Tiene pruebas».

«Usted está loco», dijo don Pablo. Volviéndose hacia Mengele, Fritz para él, le dijo:

«No le haga caso. Y usted», dirigiéndose nuevamente a Werner, «se estará yendo de nuestra comunidad».

«¿Ustedes sabe nombre verdad de este hombre?», preguntó Werner.

«Eso a usted no le interesa», respondió Pablo. «Y a nosotros tampoco. Si quiere, que se llame Satanás. Para nosotros es un hombre de bien, un hombre que ha venido a este culo del mundo a ayudarnos y a morir entre nosotros. Váyase, mister».

Aquí Werner interrumpió su relato, quizás por piedad hacia sí mismo. En Lima hubo otro silencio, de otro signo pero de similar peso. Werner debe haber intentado seguir explicando, en su fallido castellano, la verdad histórica, la necesidad de castigar crímenes horrendos, la injusticia de la impunidad, el llanto de millones de sobrevivientes y la incapacidad de llorar de millones de muertos, la miseria del olvido. Don Pablo y sus paisanos, a su vez, deben haberse encerrado en un mutismo cada vez más agresivo y reiterado con creciente fuerza su exigencia de que Werner se fuera por donde había venido. Como intento final, Werner debe haber preguntado con desesperación e incapaz de claridad en la expresión si nunca en todos estos años alguien había buscado y quizás encontrado a este miserable asesino, a este pobre y angelical Dr. Fritz, pediatra de San Hilarión y comunidades cercanas. El rostro gris, los ojos apagados, Werner Schnabel, en Lima, revivía esos momentos que habían trastocado, posiblemente destruido, su vida. Sentí su cansancio, su *¿para qué seguir?* Ese *para qué seguir* no sólo se refería a la continuación de su relato. Claro que hubiese podido, apenas llegado a Lima, iniciar un escándalo internacional, denunciar a Mengele a todas las policías del mundo, notificar a diversos gobiernos, movilizar a la prensa. Pero, y a partir de aquí dejo fluir a mi imaginación porque Werner me obligó a respetar su extraño, siniestro silencio, las carcajadas de Mengele y la hostilidad de los beneficiarios de su filantropía mataron algo en Werner y lo reemplazaron por otra cosa.

Ahora bien, ¿qué reemplaza a la sed de justicia? ¿Qué reemplaza *a la verdad*?

Más de un cuarto de siglo he convivido con estas y otras preguntas. He debido enfrentarlas solo, porque días después de nuestra última, incompleta conversación, Werner Schnabel desapareció. El director del diario, que se había hecho muy amigo de Werner, hizo algunas averiguaciones y me contó que Werner aparecía cada cierto tiempo en diversas partes del mundo combinando extraños aunque legales negocios

(como, por ejemplo, la venta de piezas y accesorios usados de avión) con aisladas campañas periodísticas en defensa de gentes injustamente detenidas o de denuncia de crímenes impunes. Pero, me pregunto, entonces ¿qué vio en el rostro maldito de Josef Mengele, en el de Pablo Amasifuén, en el reflejo de su propia alma, qué escuchó o supo que lo paralizó y devoró por dentro hasta hacerlo huir de San Hilarión, de Lima, y de su vida anterior? ¿Algo le dijo Mengele que Werner no pudo digerir? Mis propias, obsesivas investigaciones del pasado de Mengele y, aún con más ahínco, del de Werner Schnabel sólo me condujeron a un nombre, a un cargo y a una fecha:

El nombre, Karl Schnabel, nacido en Baviera en 1912, casado con Erna Schnabel, de soltera Hubermann, un hijo, Werner; el cargo de papá Karl, *Obersturmbannführer* de la *Waffen-SS* destacado en Auschwitz como asistente médico; la fecha, marzo a diciembre de 1944. Desaparecido desde 1945. Detuve mi investigación en ese punto. Simplemente no quise proseguirla.

*(Los fines del mundo, 2003)*

## Despilfarro

A eso de las once de la noche, Tania le pidió a su empleada, Maribel, que echara una última mirada a Manuelito, su hijo de seis meses de edad.

—Está bien dormidito, señora —reportó Maribel. Ambas sonrieron.

Una hora después, Tania dejó a un lado el libro que leía en la sala y subió al cuarto de su hijo. Lo miró intensamente y luego lo levantó con cuidado de la cuna, lo arropó en una de las frazadas y bajó con él. Sabía que no despertaría.

Tampoco Maribel despertaría de su sueño de hierro, ni con el escaso ruido del automóvil saliendo lentamente del garaje.

Antes de partir calle abajo, Tania echó una mirada a Manuelito que dormía apaciblemente sobre el asiento trasero.

A unos tres kilómetros de su casa, al borde elevado del mar, Tania detuvo el auto. Bajó, abrió una puerta trasera y extrajo al arropado bebé. Lo condujo en brazos, sin volver a mirarlo, hasta el borde del barranco y lo arrojó por él. Más tarde pensaría que le había parecido escuchar un chillido a la distancia, pero que no estaba segura.

Mientras volvía al auto que la esperaba con las puertas abiertas, se echó a llorar.

Al acostarse en su cama solitaria, media hora después, aún lloraba. Cuando finalmente se durmió, casi al amanecer, soñó que vagaba por un parque de diversiones.

Luego vendrían los gritos de Maribel, las preguntas de la policía, periodistas mascando chicle, el regreso de su marido y una neblina creciente en el alma.

Tres días después Tania también estaba muerta.

## Uno

La primera vez que hice el amor con Tania yo tenía 14 años y ella once. Fue en el garaje de su casa, vecina a la mía, y no recuerdo exactamente cómo nuestros torpes escarceos, besitos y caricias se convirtieron en coito.

Toda esa zona de mi memoria es difusa. Durante varios años pensé que yo había sido el seductor, el de la iniciativa. Tania, riendo, me confió cuando yo ya tenía 20 y ella 17, que las cosas no habían sido así pero que las chicas aprenden muy temprano a dejarles su orgullo a los machos.

No recuerdo sangre ni otros síntomas del fin de una virginidad. Puede que haya gemido en algún momento y puede que no, pero ¿de dolor o de placer o de ambos?

De veras que no comprendo por qué Tania persistió en una relación cuyo protagonista masculino, tiene que haber pensado, había sido el epítome de ese egoísmo que si bien puede ser prepotencia a menudo no es sino ignorancia. No *podía* estar satisfecha, cosa que entendí a posteriori. Pero yo me veo como un hombre

normal aunque conozca los reproches. Despotrican contra la tristeza *post coitum*: ¿qué culpa tenemos de nuestra biología? Una vez emitido nuestro semen, fin de la fiesta. Ellas necesitan permanencia para desarrollar su hijo.

A veces la llamaba yo, a veces ella a mí. Su voz era la de una niña formalita cuando por teléfono me preguntaba:

—¿Quieres venir a jugar?

Eso o mi pregunta, si *ella* tenía ganas de jugar.

Ahora me recorre un temblor casi indescifrable cuando recuerdo esa voz infantil sugiriendo sexo, respondida por una ya adulta pero vacilante voz masculina. ¿Qué clase de temblor es? ¿Horror? En realidad no. ¿Excitación, culpa, nostalgia? Algo de todo eso pero la parte de culpa no se refiere tanto al sexo, no con ella, sino a lo que podría o no ser responsabilidad mía en lo que pasó después, mucho después, a ese crimen que nadie entendió, que nadie entiende.

Abría cuidadosamente la puerta de su garaje y me hacía entrar. Y allí, muy poco después, el muchacho montaba a la chiquilla, a veces sobre un jergón viejo en la posición misionera, a veces, más urgidos, de pie y desde atrás, apoyada ella en algo. Minutos más tarde todo había terminado *para mí*. Me subía el pantalón, súbitamente necesitado de estar en otra parte, en cualquier otra parte, y tras exclamar «Chau, Tania» me dirigía hacia la puerta.

Pero ella me acompañaba y se colgaba de mi brazo. ¡Qué incómodo! Llegó a decir: «Te quiero», más de una vez. Yo ni siquiera respondía, con la cortesía de un macho adulto, que yo también la quería. ¿La quería? Me temo que no.

Esto duró un par de años. Nunca nos atraparon. Cuando ella ya había cumplido los doce años me reveló que ya le había venido su primera regla, la semana anterior y que por eso no me había llamado. Logré ocultar mi sensación de asco cubriéndola de indiferencia.

—Ah, ya.

—Ya soy una mujer —dijo orgullosamente.

Le di un besito en la frente y murmuré algo así como «¡qué bien!».

—Habrás que tener cuidado —dijo—. Mi mamá me explicó cómo es esa vaina de los hijitos.

Un ligero acceso de pánico de parte mía.

—Ya.

En esos tiempos las cosas no eran tan simples. Ya existían la píldora y todo aquello, pero no era tan fácil conseguirlas y menos para menores de edad. Como los condones.

Contra mis gustos y haciendo un enorme esfuerzo, pude, casi siempre, eyacular fuera de ella. No había garantía pero tuvimos suerte. Ni entonces ni ahora hubo esa clase de consecuencias. Ahora sé, por supuesto, que soy estéril, para desazón mía y

de mi esposa.

Todo esto era para mí un juego, un ritual de iniciación masculina, en suma sexo. Las mujeres tienen ritos más complejos. Como dije, sé de dónde les sale o por dónde les entra esa tendencia a envolver el sexo en frazadas de cariño. Saberlo no ayuda. No es que no puedan, al menos tras amontonar experiencias, practicar el sexo sin estar enamoradas, como los hombres, pero siempre comienzan, si el asunto es voluntario, confundiendo las cosas. Tania, a los once años, tenía lo que supongo eran precoces ganas y la pobre tenía, debido a algún mecanismo interno ausente en la mayoría de hombres, que estar o creerse enamorada.

A los 18 viajé a Lima, para iniciar estudios de administración de empresas. Hasta ese momento seguíamos viéndonos ocasionalmente, ya no en su garaje, inseguro y peligroso, sino en el departamento que me prestaba un par de veces a la semana un amigo del colegio.

Yo seguía excitado y ella, enamorada.

Yo había tenido otras aventuras. Estaba seguro de que ella no.

## **Dos**

Era el fin de mi infancia y primera juventud, hasta entonces cómoda en mi refugio de clase media acomodada de provincias. Lamentaba separarme de Tania —más que de familia, amigos y ambiente, que ya me resultaban estrechos—, pero estaba seguro de que en la capital me esperaban nuevas, más excitantes aventuras. También había que comenzar a meditar sobre la ya próxima necesidad de formar una familia. Soy católico como solemos serlo en mi ciudad natal, aunque políticamente un poco menos rebelde de lo que nuestra tradición demanda.

Y, sin embargo, Tania continuaba presente no sólo en mi memoria. No sé qué era más fuerte: la necesidad sexual de ella o su figura como enlace con mi resguardada, quizá sobreprotegida, infancia. Esto último lo sentí con fuerza cada vez mayor cuando me establecí en la casa de mis tíos limeños en La Molina y entré en la rutina doméstica y estudiantil. Las cervezas sabatinas con los nuevos amigos no eran las mismas, los debates sobre el fútbol menos entusiastas.

En cuanto a Tania, en sus cartas semanales y en ocasionales conversaciones telefónicas, me extrañaba. Había ingresado a una universidad local para seguir Letras.

—Me gustaría escribir —me contaba.

—Te vas a morir de hambre —le respondía entre risas—. Agradece que tu familia tiene plata.

—Sí, es la figura clásica del escritor peruano, ¿no? O tiene dinero propio o es un muerto de hambre que se arrastra ante editores y mendiga espacio en los diarios. Cualquier cosa menos una profesión. Ah, es que «profesión» suena poco sublime y

aquí todos somos románticos en busca de mecenas.

Inteligente, la Tania.

—Subversiva —le decía medio en broma. En realidad me gustaba que fuera así. Algo en mí respondía a ese inconformismo que yo no compartía.

Me pregunto ahora más bien lo contrario: ¿qué veía ella en mí? Tania era atractiva, con una piel canela que parecía brillar, y un cuerpo delicioso. Yo, en cambio, veía en el espejo a un joven destinado a la barriga y a la calvicie: los primeros síntomas ya estaban allí. Si bien no me creo tonto —los tontos no administran empresas y si lo hacen no las llevan al éxito—, los asuntos vinculados al arte y a la literatura no eran lo mío. Leí algunos libros, escuché ciertos conciertos y miré, incomprensivo, pinturas modernas, sí, pero no conseguía realmente entusiasarme. Deportes, algo de política, finanzas: ésas eran mis secciones del diario.

—Pocas veces se ha dado una pareja tan dispareja —le comenté una vez por teléfono.

Ella se quedó callada y luego respondió, muy suavemente:

—Tú me formaste.

Pasé por alto el tono tierno de Tania y opté por decir:

—No podríamos convivir.

—Dijiste «pareja».

—Bueno, dos son una pareja, ¿no?

—¿Cuándo vienes?

—Para mis vacaciones.

Me vino una súbita excitación sexual.

—¿Tú no puedes venir a Lima?

—Ya conoces a mi familia. Pero igual voy a insistir.

—Búscate un pretexto.

Encontró una coterránea residente en Lima que convenció a su propia familia de invitar a Tania.

En esos tiempos ya era un poco más fácil, aunque no tanto como ahora, encontrar un hotel complaciente con las parejas jóvenes: o muy caro o muy barato. Opté por uno de los caros: ni Tania ni yo merecíamos la mugre y las sonrisitas de los baratos.

Fue un encuentro altamente satisfactorio, creo que para ambos. Y pude evadir, como siempre, reiterados intentos de Tania por conducir la conversación a temas románticos.

Durante la semana que permaneció en Lima, cada tarde nos encontramos en el hotel, donde yo había tomado una habitación robando fondos familiares destinados, vagamente, a «útiles y vestimenta». Tania contribuyó. Poca gente entiende que los hijos de los ricos no son necesariamente ricos. No carecía de encanto el papel de

estudiante pobre en plena escapada.

Durante los siguientes años, Tania y yo seguimos viéndonos de esta manera, a veces aquí y a veces allá. Curiosamente no nos hartábamos uno del otro. Digo «curiosamente» porque se suele afirmar que el sexo hastía y, ahora que lo pienso, el amor también. Quizá haya sido el carácter espaciado de nuestros encuentros, como en esa obra teatral de Simon (¿Neil Simon?), uno de los pocos dramaturgos que me gustan.

Pero por mi parte no se trataba de amor, de eso estoy seguro.

—Yo te amo —dijo en cambio, y más de una vez, Tania. Yo refrenaba cierta ira producida por tales confesiones. No me sentía halagado en absoluto, me parece, sólo incómodo.

—Yo también te quiero.

—No me basta.

—¿Qué quieres que haga? Tampoco quiero perderte.

Tania emitió un suspiro.

—¿Qué te cuesta llamar a eso «amor»?

—Soy honesto.

—Cruel. ¿No quieres casarte?

—No puedo pensar en esas cosas ahora.

—Claro. Tus estudios.

Había amargura en su voz.

—Lo siento.

—No, no creo que lo sientas. Estás muy cómodo así, con tu discreta amante ocasional que luego descartarás. Cuando te enamores.

—No tengo esa intención hasta que esté bien establecido.

—Nunca se está bien establecido.

También dijo:

—Algún día voy a escribir algo sobre esto. Cuando me atreva.

## Tres

Era inevitable. Un poco después de graduarme y encontrar una buena colocación en una empresa exportadora de productos agrícolas, Tania me escribió para decirme que había conocido a un hombre simpático, quince años mayor, que alternaba su bufete de exitoso abogado con un gran interés por la cultura. Le había propuesto matrimonio y ella pensaba aceptar.

La noticia me golpeó más de lo que esperaba. Sabía que tarde o temprano nuestra relación iba a terminar y probablemente de esta forma.

Le escribí —tras destruir varios borradores— una carta de felicitación que, me

temo, traslucía mi amargura. ¿Basada en qué, como me preguntaría ella? ¿No tuve mi oportunidad y la desprecié? Le pedí un encuentro final y viajé.

En un café de la Plaza de Armas, revolviendo mi cortado —he desarrollado una desagradable gastritis— tomé su mano, audazmente, que ella, pese al peligro de ser vista en esa ciudad tan chismosa, no retiró.

—No quiero que te cases —farfullé estúpidamente.

Ella sonrió.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

—Vamos a un hotel —pedí.

Fue mejor que nunca y no cambió las cosas. Pensé que iba a ser una esposa, con la misma indiferente facilidad con la que había sido una hija.

—Ahora tendré una amante casada —dije, sonriendo.

Ella lloraba.

—No.

—¿No qué?

—No voy a ser tu amante casada.

Pero lo fue, y durante varios años, hasta que quedó embarazada.

Creo que no hay peor *shock* que descubrir que uno ha sido un ingenuo durante toda su vida. Allí estaba yo, pensando con cierta conmiseración que mientras yo me divertía con diversas mujeres e inclusive comenzaba un noviazgo con una chica de muy buena familia (mejor aún que la mía o la de Tania), ella, la chica un tanto excéntrica casada con un abogado ahora candidato al parlamento, me era, de alguna manera, fiel. Que tampoco con su marido tendría hijos, algo tan definitivo.

Ahora no sé qué pensar, tras lo que sucedió y después de saber por qué sucedió.

Tania y su marido se habían mudado a Lima, donde él afilaba sus garras para llegar al congreso en alas de un partido de los que ahora se definen como de centroizquierda. En una tarde, en un lujoso y despoblado hotel de Miraflores, me contó que estaba embarazada y que ésa era nuestra última cita.

—Tú también estás por casarte.

—¿Y qué fue de tus proyectos, literatura y eso?

—Hay otro sueño —respondió—. El sueño de la normalidad.

—No te creo.

—Ése era un sueño que quería compartir contigo.

Esa especie de suicidio —lo comprendí así— ¿era un pretexto para una falta de talento o consecuencia de una obsesión por mí nacida en su infancia emocionalmente inmadura? No creo, reflexioné sonriendo internamente, que sea sólo por mi encanto personal. ¿O sí? Ni las mujeres abandonan sus proyectos existenciales por un amor fracasado; lo pueden hacer por un amor exitoso. O por una razonable imitación.

—Seré al fin una mujer normal: marido, hijo, fidelidad. Estoy harta de ser de

segunda mano.

—Has publicado algunos poemas, ¿no?

—Mediocridades. Sencillamente no sirvo. Y he tenido amantes. También eso se acabó.

—¿Amantes? —pregunté, alarmado y disgustado.

—Como tú. Estoy harta.

## Cuatro

No sé si los poemas de Tania eran o no mediocres. No es mi tema. Éste es uno de ellos:

*La segunda tarde de cada octubre  
es siempre tensa, sedienta,  
confabulada con el setiembre ido,  
aterrada por el noviembre incierto.  
Es el ballet del despilfarro,  
la inoculada fe del carbonero  
hecha trizas,  
las tazas muertas de siempre.  
Mi madre no tenía un para qué,  
ni siquiera en el desayuno.  
¿Y qué de mi padre,  
el de los silencios plateados?  
Entonces me fijé una flecha  
para mañana,  
una visión,  
un himno redundante:  
la canción del despilfarro  
más ardiente,  
de la más cariñosa inutilidad.*

Que otros juzguen.

Me hizo llegar una simpática postal por el nacimiento de Manuelito. Le envié otra, con mis felicitaciones. Pero medio año más tarde me enteré por una larga carta, sobria pero sin duda angustiada, que tenía sida y que su hijo lo había heredado. Unos extraños síntomas la habían llevado al médico y al test. Al día siguiente de leer, naturalmente muy preocupado, tales noticias, no pude evitar preguntarme quién era el padre de su hijo y/o el que la había contagiado. ¿O era el marido? En el fondo, no era muy importante.

¡Amantes! ¿Por despecho, por no haberme convertido yo en su esposo? ¿Marido sexualmente incapaz? Probablemente. Una mujer satisfecha no tiene amantes, eso es bien sabido. Y luego el horror de la muerte de Manuelito y el posterior suicidio de Tania. No pude contarle, naturalmente, a mi esposa la razón de mi tristeza. Entiendo que el marido de Tania estaba desesperado.

Con la despedida explicativa de Tania me habían llegado estas líneas, que terminan con una nota de humor:

*¿A que no haces publicar éste, mi primer y último cuento?  
Así le puedes echar la culpa de todo al sida.*

*(Los fines del mundo, 2003)*

## La violación que no cesa

No suelo manejar rápido y por eso pude observarla por unos segundos mientras me aproximaba a ella. Era alta, blanca pero bronceada, pelirroja, y estaría por los 45 años de edad. Vestía —es un decir— jeans, un polo sucio y rasgado, con la inscripción: «*Love me true*» y una especie de sandalias, no muy cómodas para el desierto. Del hombro derecho le colgaba un fusil de guerra. Una extraña aparición, en Namibia o en cualquier lugar.

Todas las mañanas, de lunes a viernes, mi trabajo en una organización no gubernamental me llevaba de la ciudad a una aldea a cuyos pobladores ayudábamos a instalar agua y alcantarillado. En el crepúsculo volvía a Windhoek.

La mujer caminaba hacia mí; es decir, se dirigía a la ciudad. Miraba al frente con ojos que probablemente eran pardos y su maquillaje, bajo cierto tizne, parecía limitarse a un lápiz labial rosado. Su figura solitaria destacaba, obviamente, en esa carretera no muy transitada. A los lados, un desierto entre pardo, rojizo y amarillento salpicado de arbustos resecos. Los ocasionales camiones, buses y carretas no se detenían por la caminante.

Pensé que esa mujer estaba arriesgando varias cosas. También que debía detenerme y ofrecerle un aventón, pero iba en dirección contraria. Suspiré y no me detuve. Ella no me miró.

El resto del día, mientras lidiaba con la sonriente burocracia local, una y otra vez recordé la imagen de esa extraña mujer. Esperaba que hubiera llegado sana y salva a su destino.

Al día siguiente, a la misma temprana hora y en el mismo lugar apareció nuevamente, siempre caminando con pasos seguros y firmes. Me quedé paralizado por unos instantes pero luego pensé: algún tipo de granjera. Y hace bien en estar armada. Pasé a su lado más lentamente, con la intención de saludarla y agitar una mano. Parecía algo rejuvenecida. No me miró.

Cuando esto se repitió al tercer día, tras una ligera duda resolví detenerme y lanzarle alguna advertencia sobre la delincuencia: un pretexto, claro, para entablar una conversación que podría conducir a una aventura. Namibia puede ser un lugar muy solitario. Como pretexto no era demasiado inteligente: si realmente era una granjera —o la mujer de un granjero— sabría más sobre ese y otros temas locales que yo, un latinoamericano que apenas llevaba un par de semanas en el país.

Me detuve a su lado. Por alguna razón tuve que modificar mi cálculo: no debía tener mucho más de treinta años. Le grité alegremente «*Hi*», a ver qué pasaba. Posiblemente hablaría afrikaans, y añadí un «*hallo*» más bien alemán.

No sólo no respondió sino que ni siquiera desvió la mirada al frente o modificó su paso. Pero ahora pude ver sus ojeras y las arrugas en la comisura de la boca, el

tostado —más que bronceado— de su piel y una que otra cana. Tampoco hizo gesto alguno para empuñar el rifle.

Su desinterés era tan extraño como ella. Como bien sabemos los científicos sociales —soy un ingeniero muy ligado a ellos— en zonas rurales la gente suele ser muy cortés, hasta formal. Cargar un arma no contradice tal actitud. El campesino es desconfiado pero no necesariamente agresivo. Esta mujer no parecía sino indiferente, lo que puede ser otro disfraz campesino; pero no el lápiz de labios ni el porte orgulloso o petrificado.

Petrificado, sí, o quizás la palabra sería robotizado. Un andar automático pero no torpe, pesado o masculino. Un ligero balanceo de las caderas, demasiado leve para ser erótico, no indicaba sino un hábito femenino inconsciente.

—¿Puedo ayudarla en algo? —pregunté en inglés.

Me pareció que pestañeaba, pero no hubo ninguna otra reacción. No interrumpió su marcha hacia la ciudad. Como si hubiera escuchado un trueno lejano.

Arranqué y la dejé atrás. Nunca olvidaré mi visión en el retrovisor: una mujer alta, casi en harapos, fusil al hombro, cuyo cabello largo y rojo dorado encajaba perfectamente entre los colores del desierto y destacaba como un fuego entre rescoldos opacos. Se iba empequeñeciendo mientras el paisaje crecía a los lados de la carretera negra.

Durante todo el día me descubrí distraído y preocupado. Precisamente el descuido o la pobreza de su vestuario la hacía más hermosa. Pocas mujeres entenderán eso. Muchos hombres sí. Los contrastes me atraen más que las invitaciones.

Pero ¿qué imagen era ésta? ¿Y qué me decía ese contraste entre belleza y desaliento?

Un día más: partí ansioso, calculando la hora y las distancias. Y todo había cambiado.

Era ella, sí, en el mismo tramo de la carretera, a la misma hora. Pero ya de lejos se notaba la diferencia: el trote era más ágil, las caderas se balanceaban con más decisión y una pizca de coquetería. Al detenerme junto a ella, de su rostro indiferente había desaparecido toda arruga y se había establecido, más bien, una muy discreta sonrisa. Esa sonrisa no era para mí.

Siempre me han acusado de pedante, entre otras cosas. La crítica más humorística ha sido:

—Piensas mucho para ser ingeniero.

Y ahora vaya si estaba pensando. Es, por supuesto, un prejuicio creer que un ingeniero —o un policía, o un abogado— no puede gustar de la poesía o de la pintura. O, como en mi caso, de la ciencia-ficción. O que, por el contrario, un músico no puede ser un aficionado a la mecánica.

Tomé una decisión.

Di una vuelta en U, coloqué el jeep a su altura y la invité:

—Suba. La llevo. Es más seguro.

No se produciría una catástrofe en los trabajos de la aldea si yo no estaba por un día o llegaba tarde. Los aldeanos no eran unos incapaces.

Por primera vez hubo una reacción.

—Mañana —dijo—. O quizás el día después.

Tras una pausa, como si de pronto recordara los buenos modales, añadió:

—Gracias.

Todo esto sin mirarme y con la sonrisa congelada en el rostro. El tono de su lápiz de labios se había intensificado. No podía tener más de veinticinco años.

—Okey —dije y di la vuelta nuevamente.

Casi no pude trabajar ese día. Ni dormir a la noche siguiente.

De alguna manera yo ya sabía lo que iba a encontrar esta mañana en la carretera: una chica de unos quince años, alta, pelirroja ardiente, ya tiznada por el sol y sin maquillaje, con un para ella sin duda pesado pero no tan incongruente rifle de guerra. Al cruzarme con ella a velocidad reptante, detecté un reflejo en los ojos que al principio tomé por alegre coquetería pero que luego identifiqué con lágrimas acumuladas. Me miró por un segundo y volvió a mirar al frente.

Sí, pienso —y leo— mucho para ser ingeniero, como dicen mis tolerantes amigos. Parece que tengo una inusual capacidad para no asombrarme demasiado.

—¿Te llevo? —le pregunté, desde el jeep ya detenido—. ¿Vas a Windhoek?

Le tomó el tiempo de aspirar aire y respondió:

—Tengo que ir al hospital central.

—Te llevo —repetí.

Volvió a dudar brevemente y se encaramó a mi costado. Dejó el rifle sobre sus rodillas, con el cañón hacia fuera. Cuando arranqué, me miró fijamente. Era la primera vez que parecía realmente interesada en mí.

Naturalmente mis ganas de una aventura sexual habían cedido gran parte de su lugar a un interés de otro tipo, pero no habían desaparecido del todo: una atractiva chica de 15 años crea un conflicto entre lo legal y lo instintivo. Pero sé controlarme en estas cosas y en otras. No puedo decir lo mismo de mi cerebro.

—¿Vas a visitar a alguien? —le pregunté.

—A mi madre.

—¿Accidente?

Mantuvo un silencio opaco. Y se decidió:

—Asaltaron la granja, mataron a mi padre y la violaron.

—Qué terrible. Yo...

—Por eso llevo este rifle.

—Haces muy bien, pero de todas maneras no deberías andar sola.

Emitió una pícaro carcajada.

—Nadie me ve.

—Yo te veo.

—Eso es lo extraño.

Añadió.

—Por eso te hablo.

Me miró nuevamente.

—Tengo que llegar pronto al hospital. Un día más y sería demasiado pequeña para llegar a tiempo.

—¿A tiempo?

—Para el parto.

Delante de mí, la carretera vibraba por el típico espejismo del charco de agua.

Callé. Decidí dejarla hablar. Sabía que esta mujer reconvertida en chica tenía problemas, pero yo también: ¿quién deliraba, quién rejuvenecía diariamente? ¿En qué consistía el problema?

—Era una en un millón, supongo, pero quedó embarazada mientras papá se desangraba.

—¿Papá? —pregunté astutamente.

Me miró. Añadí:

—¿Cuál eres tú?

Sonrió.

—No lo sé.

Pensé: un ingeniero de ONG, con fanáticas lecturas de ciencia-ficción y mediocres intentos de escribirla, no puede ser cogido de sorpresa. Pero con este *bon mot* no dejaba de estar aterrado.

—¿Y ahora vas a la maternidad o a la morgue?

La dejé a la puerta principal del hospital.

\* \* \*

Todo esto ocurrió hace dos meses y entretanto los aldeanos me ratificaron esencialmente la historia. Es siniestra y sencilla: una granja asaltada y saqueada, un granjero asesinado, su mujer, de unos 45 años, violada. No tenían hijos. Efectivamente, la mujer había quedado embarazada. Murió al dar a luz una niña muerta en el hospital central de Windhoek.

Nunca relaté, antes de ahora, lo que me ocurrió en la carretera.

Los aldeanos, siempre supersticiosos, como decía mi jefe.

—Cuentan al respecto una historia de fantasmas.

Claro, pensé, ¿pero el fantasma de quién?

*(Los fines del mundo, 2003)*

# La bestia

*Para Mónica Belevan, con afecto*

Al principio éramos una multitud. No menos de tres mil indignados ciudadanos, hombres y mujeres de todas las edades pero sobre todo jóvenes, que siempre muestran mayor entusiasmo para estas cosas. Pero al paso de los días y las noches de persecución, nuestras filas comenzaron a ralearse: aburrimiento, cansancio, inercia, «la vida continúa», la sensación de repetición...

La habían definido, en la prensa sensacionalista, como «la bestia». La policía, acosada por lo que llaman la opinión pública, había desplegado algunas fuerzas («efectivos») y una buena dosis de relaciones públicas. Pero no confiábamos en la policía.

Estábamos hartos. Y si sólo fuimos unos tres mil, en realidad representábamos lo más sano de la sociedad. Ya se sabe que son muchos los que se indignan pero pocos los valientes que actúan. Una vieja historia.

Sí, una vieja historia, aunque los actos fueran técnicamente modernos. Esta persona, esta mujer inmerecidamente considerada humana, había traspasado todos los límites, como sus antecesoras.

No pensábamos en darle una lección. No le permitiríamos sobrevivir porque no la aprovecharía: esas bestias nunca cambian. Tampoco se trataba de un ejemplo o de una advertencia a otras como ella. Ni siquiera ejerceríamos lo más elemental, la venganza. ¿Por qué buscar una justificación para la eliminación de la basura?

Recorrimos la ciudad sin encontrarla, a veces casa por casa. Cuando extendimos la búsqueda a los suburbios, a los huertos y jardines de extramuros, algunos comenzaron a desertar. «No está más en el país», decían unos. «Hay quienes le ayudan y la esconden», era otra excusa. «Está muerta», afirmaban otros con una mirada huidiza que lo decía todo. ¡La cobardía y la pereza son tan banales!

Unos cuantos, sin embargo, persistimos: los que no soportamos el hedor, los que vivimos acordes con nuestros principios, los que rechazamos la frivolidad del perdón.

La bestia nos había ofendido a todos, inclusive a aquellos que no lo percibieron claramente. Personas así han de desaparecer y cuanto más rápida y dolorosamente lo hagan, mejor. En el fondo, pienso, estamos hablando de un ritual, de una ceremonia religiosa. Un exorcismo civil. Somos las víctimas las que merecemos compasión y solidaridad.

Al final, quedamos tres y fuimos los tres —dos hombres y una mujer— quienes la encontramos, al fondo de un taller mecánico, acurrucada tras unos barriles de aceite o petróleo, ya ni me acuerdo porque en la profunda emoción que sentimos al hallarla se me pierden los detalles.

Recuerdo, eso sí, que gemía y farfullaba algo acerca de perdonar y comprender. Estaba sucia y desgredada y en su rostro destacaban unas profundas ojeras y algo de sangre en la comisura de los labios. Era tan repugnante como sus crímenes.

Disponer de esa basura afortunadamente no demoró más que unos minutos, aunque no puedo asegurarlo porque, como ya dije, en circunstancias tan emotivas como ésta, el tiempo y los detalles se convierten en una especie de gelatina que tiembla, chorrea y se difumina.

Golpeamos y golpeamos con los palos que llevábamos. Recuerdo crujidos y gritos, de ella y nuestros. Esa parte de la operación de limpieza siempre es desagradable, como lo es el noble trabajo de quienes, en las ciudades, están encargados de desaparecer los desperdicios.

Pero después descendió sobre los tres una enorme sensación de paz y de satisfacción, como sucede cuando se ha cumplido con un deber que es también una misión moral.

Borramos cuidadosamente nuestras huellas, a pesar de que sabíamos que, aunque la supieran, todos aprobarían la verdad. Hay una tradición universal de complicidad silenciosa ante el heroísmo anónimo. No necesitamos leyes que nos digan qué es justo.

Si bien en primera instancia habíamos meditado sobre la posibilidad de dejar expuesto el cadáver como educación social, finalmente arrojamos los restos de la bestia a una montaña de basura en el apartado barranco conocido como Guehenna.

En la fonda en la que nos congratulamos ante nuestras jarras de cerveza, tras lavarnos exhaustivamente las manos y los antebrazos, reinaban la música y el jolgorio, como si el universo entero celebrara con nosotros la desaparición de otra bestia.

*(Los fines del mundo, 2003)*

## El caserón

Nuestro caserón es realmente grande. Desde mi habitación normal, en el tercer piso, en el frente de la casa, puedo ver la plaza San Martín pero mi segundo dormitorio —que llamo refugio—, en la parte de atrás aunque también en el tercer nivel, da a la plaza de Armas o Mayor y me enfrenta directamente al palacio presidencial y, más atrás y más arriba, al viejo cerro San Cristóbal.

Desde uno de los balcones, cuando no hay demasiada bruma invernal, veo el mar. Desde otro, los barrios de esteras, adobe o ladrillo sin enlucir apiñados sobre cerros cuyo suelo ya no es visible salvo como polvo.

Tengo documentos que me demuestran que nuestro caserón siempre estuvo en este lugar, aunque no queda claro desde cuándo. No sólo hay documentos coloniales y republicanos sino también pinturas, generalmente óleos oscuros y brillosos, de hombres a caballo y damas con cestos y flores.

No todo en el caserón es, como podría pensarse, oscuro, húmedo y desgastado. Posee lugares luminosos, coloridos, hasta alegres. A veces encuentro, en mis andanzas, huellas de pisadas de un caniche silencioso y deyecciones de aves, probablemente guacamayos.

Las huellas humanas son menos frecuentes. Alguna estría de barro de garúa, dejada por un zapato, descuidada por la servidumbre, una vez un breve pañuelo de material muy fino, en otra oportunidad un anillo sobre el lavatorio de uno de los inacabables baños de la segunda planta.

Pero lo que encuentro mucho en los tiempos recientes es algo muy difícil de describir y explicar: una especie de hálito que no es ni imagen ni sonido, una suerte de suspiro de la memoria que posee resonancias musicales. Como si un espíritu, quizás el del mayor de los Bach, hubiese encontrado aquí una patria permanente, lejos de cualquier acoso amigo o enemigo. Porque, según he sabido, lo que suele llamarse inmortalidad está en realidad lleno de acosos, de intentos de asalto, de zancadillas celosas aunque también —no es un consuelo— de afanes amorosos. Si esto se supiera..., me digo no sin sonreír un tanto vengativo.

Cuando me sobrevuela un avión o un helicóptero me enfado, no sé bien por qué. También desconozco la razón para que, en cambio, no me moleste el ruido de automóviles o los gritos de personas que venden, protestan o piden algo. El gran gato negro que me ha adoptado y me acompaña en mis vagabundeos me sugiere que hay una especie de envidia en mi enfado por lo que el hombre ha inventado para alcanzar el cielo. Mi gato es muy inteligente aunque suele disimularlo, al estilo de los gatos. Para ellos hay sólo dos estados: festejados como divas u ocultos como ladrones.

En la biblioteca, además, obviamente, de libros —la mayoría muy hermosos, inclusive los que contienen insensateces— deben sumar muchos miles los folios que

he ido rellenando al paso de las décadas. En uno de los sótanos, éstos sí mugrientos y un poco repugnantes, hay toneles enteros de la tinta violeta que utilizo para escribir. Mi gato afirma, irónico, que aquí el progreso se detuvo antes de la máquina de escribir, para no hablar de las computadoras. Estoy informado, no crean, pero vivo inmerso en una descomunal indiferencia ante lo que los humanos, tan insólitamente ingenuos, llaman progreso.

Relativamente. Más que primitivo, soy arcaico. Utilizo cubiertos (¡y de plata de 925!), lamparines de algún derivado del petróleo o de la oliva. Los mismos libros, hasta los hechos a mano, son o fueron un progreso. Mis pensamientos y algunas de mis acciones están teñidos de diversos tiempos.

Nunca me he preguntado quién soy. Ni siquiera qué soy. Las identidades son tan ilusorias como todos los diagnósticos. Una vez que se descubre cosas como la de que no hay futuro, pierden interés presente y pasado y, en consecuencia, las definiciones. ¿De qué se trata, entonces?

De vagar. De recorrer pasillos, habitaciones, tejados, sótanos, huertos y jardines. De orinar sobre tulipanes, de dormir sobre pianos de cola enmudecidos, de sentarse a comer entre arbustos.

Esto funciona bien. Hay personas que trabajan para esta casa, no tanto para mí. Sé que una vez al mes van a una institución bancaria y reciben honorarios. No tengo idea del origen ni de la cuantía de esos fondos. Ninguno vive en el caserón. Todos tienen orden de invisibilidad. No puedo agradecer nada a nadie: ni dinero, ni productos, ni servicios. Ni amor. Ésta es la libertad.

Pero debo confesar que, además del gato —que parece ser tan inmune a la muerte como el caserón y yo—, amo a esta enorme fortaleza de la indiferencia que es el caserón. Es maravilloso que él (o sus constructores que, por lo visto, también siguen vivos) haya desarrollado mecanismos de defensa que rotan, se modifican y renuevan constantemente. A menudo aparecen en los alrededores cadáveres desangrados y a veces decapitados. Cuando un gobierno ha querido invadir el caserón, ha sido derrocado. Hace años que fue declarado intangible, inteligente manera de dejar al caserón en paz. La gente cuenta misterios y anécdotas y los turistas toman fotos y videos.

Más de una vez se me ha ocurrido que no soy sino un apéndice o vocero del caserón. ¿Quién soy para negarlo o afirmarlo? ¿No dije que las identidades son ejercicios de la vanidad? Pero algo me dice que si esos de afuera son humanos, yo no puedo serlo.

¿Y qué contienen esos folios y esos textos en tinta violeta? Pues listas. Listas de cosas consideradas existentes y, como comprenderá cualquiera, esas listas son infinitas. Siempre hay más cosas. Siempre hay que seguir anotando. Ése es el sentido de la vida: registrar lo que se cree que hay.

Por eso es que hoy he escrito esto. Para que exista un texto que convierta en realidad que existe este texto.

(*Ciberayllu*, 2003)

# La reina africana

*Para Domingo Martínez, (a) Kuraka, que mantiene la bandera en alto desde Ciberayllu*

## En la selva

—Creo —dice Adofo Hola Fela— que ésta es una excelente oportunidad.

—De acuerdo, oh Excelso —responde Nkechi Mariama—. Pero tenemos que hablar con Nana Kambiri.

—Lámala.

—Ordena, amo —se inclina, respetuosa, Nana Kambiri.

Adofo Hola Fela le palmea el pelado cráneo.

—Te enseñaremos a ser Madre-Reina.

—¿Madre-Reina, oh Excelso Padre de la Tribu?

—Verás qué fácil. Te va a gustar.

—Te vamos a hacer un lindo trono y todo —interviene Nkechi Mariama.

## En Nueva York

Barbra Finkelstein, con el pseudo-African alborotado, entra a la oficina de la directora de Uniwomen.

—Mira —dice, jadeando de emoción.

—Sí, ya sé todo. ¿Qué propones?

—Esto les cerrará la boca a muchos, dentro y fuera del mundo académico.

—Ah, qué maravilla —comenta Susan O'Hara—. Qué maravillosa maravilla. Comunícame con Discovery, con la BBC, con CNN, aunque sea con Animal Planet. *Now!*

Barbra apenas puede controlar la emoción.

## En París

—¿Y nosotros qué tenemos que ver? —pregunta Fernanda Torres, directora adjunta de la UNESCO.

—¿Y yo qué sé? —repregunta Magdaleno John, su secretario.

—Algo que ver con una tribu matriarcal en no sé qué hueco perdido de África. Las feministas están revueltas. Y los antropólogos, as. Los sociólogos, as. Los historiadores, as. Los, las psicoanalistas. Todo el mundo, toda la munda.

—No es para menos, jefa. Tanto se ha hablado de sociedades matriarcales y nunca

se había visto ninguna.

—Puras bolas hasta ahora: que si en Creta, que si en Asia Central, que si en Mesopotamia...

—Siempre dicen que en Estados Unidos, con el culto a la mamá, o eso de las madres judías... Y en Polinesia no sé cuándo...

—Ya te digo, *wishful thinking* feminista.

—¿Whisky qué?

—Nada de whisky. Puros deseos, quiere decir.

—Pero ahora, ¿quién las va a aguantar?

—Mi mujer ya me llamó con tono triunfal.

## **En Wisconsin**

—Encárgate tú, Lionel. Es tu campo.

Lionel Robinson, catedrático de estudios afroamericanos —un metro ochenta y ocho, ojos brillantes, piel caoba—, miró al rector, William Penshire, con cierto desdén.

—Yo lo veo más como un asunto para estudios de género.

—No, no, esto es un asunto étnico.

—Discrepo, William. ¿Acaso la plata no viene de la ONG Uniwomen?

—Y más plata puede venir de la ONG Black is Wonderful.

—Hmm. ¿Y qué has pensado?

—Yo soy el rector. No estoy obligado a pensar.

—Hmm. ¿Nana Kambiri como profesora residente?

—Demasiado tarde. Ya le están organizando una gira mundial las chicas de Uniwomen.

—¿Doctora honoris causa?

—Ya tiene en lista 33 doctorados, 28 de ellos en los Estados Unidos. Piensa, hombre, piensa.

—Estoy pensando.

## **En la selva**

—Parece que no les importa que sólo seamos 14 —dice, sonriendo, Nkechi Mariama.

—¿Y por qué habría de importarles? —responde Adofo Hola Fela—. ¿Estamos hablando de cantidades? ¿China es más importante porque hay tantos chinos? Aquí lo que tenemos es una revolución, nada menos. Por primera vez se comprueba que el patriarcado no es la única forma posible.

—Hmm. ¿Majestad? —agrega, dirigiéndose a Nana Kambiri, que lee *El Segundo Sexo* arrellanada en su trono.

La Madre-Reina levanta la vista, incomodada por la interrupción.

—¿Qué deseas, Adofo?

Adofo la observa antes de responder a la impertinente pregunta de la Madre-Reina.

Nkechi Mariama emite una carcajada.

—Con todo respeto sea dicho, oh Excelso Padre de la Tribu, eres un aprendiz de brujo. Tu creación se te rebela.

—Ex Excelso Padre de la Tribu —ríe, a su vez, Nana Kambiri—. Ahora tenemos una Excelsa Madre, tasada en 300.000 dólares americanos.

—Y ésa es sólo la primera cuota —suspira Adofo Hola Fela.

—300.000 entre 14 sale a 21.428,57 dólares para cada miembro de la tribu —revela Nkechi Mariama, tras teclear en su *laptop*.

Con mirada más bien soñadora, Adofo Hola Fela meneaba la cabeza, asombrado ante tanta ingenuidad.

—Querido Anciano Consejero —murmura finalmente—. Te estás jugando el puesto. El cálculo es 50.000 para la Madre-Reina, 50.000 para ti, 100.000 para mí y el resto para la construcción del nuevo palacio real y la carretera de la playa al palacio. El resto lo pone el Banco Mundial y después privatizamos palacio y autopista. 40% del peaje para las arcas reales.

## **En Nueva York**

—A este paso, alguien se va a traer a casa el Premio Nobel —dice Barbra Finkelstein, mandándole un beso volado a Susan O'Hara.

—Idiota. ¿Cuál Premio Nobel y para quién?

—Para Uniwomen.

—Doble idiota. ¿De literatura? ¿Economía? ¿Medicina?

—Bueno, para Nana Kambiri. Ha revolucionado las ciencias sociales. ¿Quién es la idiota?

—Okey, okey. Pero eso no es lo que importa.

—¿Y entonces qué es lo que importa? ¿Que la Madre-Reina no usa *brassière*?

—Graciosa. Se alarga la nariz con pesas y la pinta de azul, que es lo mismo en su cultura. No, lo que importa es que al fin tenemos el arma definitiva contra no sólo el machismo sino contra el maldito patriarcalismo judeo-cristiano-islámico-hinduista-budista-zoroastrista-baha'i-marxista-psicoanalítico. Fin, *adieu, the end*.

—La Diosa te escuche.

## En París

Gran agitación en el palacio que ocupa UNESCO. Mensajeros corren de aquí para allá y de regreso. Las computadoras están vibrando, las impresoras escupen textos, los escáners escanean, los sistemas se cuelgan, las secretarías maldicen.

Hoy llega Su Graciosa Majestad la Madre-Reina Nana Kambiri, acompañada de sus cinco asesores masculinos (denominados «varones domados» por la prensa machista). En casa se quedaron cuatro mujeres al cuidado de los cinco niños, detalle que no ha pasado desapercibido por la mencionada prensa tendenciosa.

—¿Domados? —se pregunta Adofo Hola Fela, ojeando *Newsweek* en el avión que los lleva a París.

—¿Cómo es que estos blancos alguna vez tuvieron seso suficiente para colonizarnos? —pregunta a Nkechi Mariama, que intenta dormir a su costado.

—No lo hicieron en base a sesos, jefe —responde Nkechi Mariama.

Adofo Hola Fela sonríe con su magnífica dentadura.

—Sea como fuere, mi amigo, hemos ingresado por la puerta grande a la historia de la nación Ungala, que desde hoy deja de llamarse «tribu», por decisión que acaba de tomar la Madre-Reina.

Nkechi echa una mirada a la dormida Madre-Reina, al otro lado del pasillo.

—Amén, como dicen los misioneros. Creo que les ganamos hasta a los blanquitos de Andorra, Lichtenstein y San Marino.

—Somos catorce, ¡pero qué catorce!

Otra vez soñador, Adofo Hola Fela suspira:

—Nunca podremos agradecer lo suficiente a nuestras magníficas mujeres.

## En Nueva York

—Desde hoy —culmina su discurso en el Madison Square Garden Nana Kambiri — Simone de Beauvoir y todas las grandes lideresas, escritoras y mártires de nuestra causa ascienden a la Olimpa. Ha terminado la inicua era del segundo sexo. No más, compañeras. Ha muerto la envidia del falo. Comienza la era de la envidia de tetas.

Una atronadora ovación.

—Pero nosotras, compañeras, no repetiremos la opresión a que nos sometieron los machos desde la prehistoria. No habrá discriminación contra los hombres. ¡Con el fin del patriarcado terminan también el racismo, la sociedad de clases y la destrucción del medioambiente!

Nueva ovación.

—¡La era de la acuaria ha comenzado de verdad!

En el estrado, un pensativo Adofo Hola Fela murmura, casi inaudiblemente a Nkechi Mariama:

—Te confieso que estoy un poco inquieto.

Nkechi Mariama asiente.

—Hmmm —masculla.

Nana Kambiri los mira en ese instante, con sonrisa triunfal. Y luego sonrío a las ejecutivas de Uniwomen, a los, as diplomáticos, as, a los, as representantes, as, de la munda académica y hasta a los, as, elementos, as, de seguridad en la sala.

—Aprendices de brujo, efectivamente —tiembla Adofo Hola Fela.

Antes de caer en un ominoso silencio, aún se escucha la corrección de Nkechi Mariama.

—De bruja.

(*Ciberayllu*, 2004)

## El intolerable universo

*No quedará en la noche una estrella.*

*No quedará la noche.*

*Moriré y conmigo la suma*

*Del intolerable universo.*

Borges

La semana pasada se cumplió un año desde que Alicia desapareció rumbo a una secta más antigua que los rosacruces. No fue realmente una sorpresa: respondí a ciertas lecturas, frases y ausencias tuyas con bromas que derivaron a un indignado dolor.

—Los caldeos —me susurró en nuestra última noche—. Todo viene de los caldeos. No hay religión ni locura ni sabiduría que no provenga de ellos.

—Ya había vida antes de los caldeos —me atreví a contradecir.

—¿Qué es «antes»? Pienso que el tiempo es una fabricación. Todo sucede a la vez.

Suspiré.

Ni la lógica, ni la presión, ni el más salvaje e irónico escepticismo la salvaron.

—¿Salvarme? —sonrió Alicia.

Eso es lo que nos ocurre a los que caemos en la tentación de enfrentar raciocinio y fe, error al que justamente yo me había negado durante toda mi vida adulta. Alicia también.

Durante cuatro años nos habíamos amado al encontrarnos entre las ruinas de nuestra militancia en la izquierda política. Yo me había rescatado más allá del cinismo: ¿qué mejor época que ésta para ser realmente nihilista? Me indignaba la fuga de Alicia hacia pesadillas —léase ilusiones— más coloridas. La consideraba tan inmune como yo. No creíamos más en aquello de la «moral proletaria», esa reintroducción del judeocristianismo sexual en el panorama rojo, pero el abandono del edificio era sólo eso para mí, no una vuelta a la cómoda arcadia de lo metafísico. Ya al principio de nuestra relación me habían aterrado su pasado católico y sus fantasías eróticas. Creí que sólo estas últimas habían sobrevivido.

—¿Y por eso tenemos que separarnos? —le pregunté, quizás estúpidamente.

—El amor individual es otro egoísmo.

Yo la había complacido leyendo esos oscuros folletos. Me habían intrigado y mareado, como suele hacerlo toda propaganda religiosa. Me provocaban, como todos los libros santos del mundo, una sensación de inocencia humillada. Víctima de otra fe ahora desintegrada, no pude evitar que resurgiera, más fuerte que nunca, mi desprecio por lo sobrenatural y por sus seguidores.

—La tentación del fanatismo político, a la que pude resistirme no sin angustia —

versión un poco más elegante de lo que le dije—, es otra cara de la tragedia en la que ahora vas a actuar. El problema de creer en algo no es que ese algo sea falso. No, eso es inofensivo. El problema de cualquier fe es que nace embarazada de fanatismo.

—Al revés —respondió gravemente—. Sólo un fanatismo nos apuntala para seguir viviendo.

—Ah —me burlé—, contraste el sentido de la vida.

—Sí. Los sentidos se inventan y lo llamamos descubrimiento o revelación.

También eso me pareció penoso: uno tiende a creer que sólo los tontos se fanatizan. Y que ser inteligente abarca todos los niveles de la consciencia.

Recuento, algo intelectualizadas, todas estas monsergas tuyas y mías tan sólo para ilustrar y banalizar lo que no es sino una versión un poco más sofisticada del tedio de la llamada naturaleza humana. Es decir de esa capita grasienta que se llama corteza cerebral que nos ha permitido —no, impuesto— ver de lejos la verdad que no nos atrevemos a investigar y a la vez refocilarnos, como cerdos en un barrizal, en las múltiples mentiras que nos hemos fabricado. Porque la verdad apesta.

Alicia nos traicionaba a mí, a ella, a la sensatez que es resignación ante la nada última.

Ah, pero había sido un amor eterno. ¡Qué manera de confirmar la putería de las palabras!

Hablando de eso, de las puterías, la vocación de su secta por la prostitución religiosa también me desazonaba. Arrastraba nuestra privacidad, nuestra unicidad, a un escenario. Esto era lo más escandaloso, lo más irritante. Ellos la llamaban, previsiblemente, «entrega cósmica». Yo había titubeado ante la deliciosa sofisticación de sus fantasías y finalmente me había dejado arrastrar a ellas, seguro de que nuestra noche privada era excusable precisamente por no ser pública. Llegaron a ruborizar y a admirarme simultáneamente nombres como el de Mesalina o el de Jezabel.

—La pobre y calumniada Jezabel —llegué a afirmar con deliciosa pedantería—, que quiso liberar a los aplastados hebreos de su celoso dios único y de su doloroso puritanismo sexual, bien hubiera podido triunfar definitivamente sobre Elías, el profeta chillón, y entonces se hubieran jodido las teorías de Freud al instaurar un funcional reinado del placer.

Intenté tomarlo a la ligera.

—Otra oportunidad perdida.

Y ahora, de pronto, todo había cambiado. Sin ella, lo sucio volvía a ser sucio. Lo que entre nosotros era escapada con culpa pero sin consecuencias, sería la promiscua naturalidad de una Alicia colectivizada.

A ella no le hicieron demasiada gracia mis bromas —no notaba que eran producto de mi pánico—, estando como estaba en la autopista al fanatismo, es decir a la certeza. El fanatismo es lo más serio que existe.

—¿Al menos me dirás dónde vives? ¿Podremos comunicarnos?

Me dio un lindo beso en la frente y respondió que no.

¿De qué me había servido reconciliarme, dolorosamente, con sus sueños prostibularios y luego con los míos? ¿Para qué me había angustiado cambiando mis certezas revolucionarias por el frío de la soledad espiritual y física si ésta ya no sería de dos?

Cuarenta y ocho horas después había desaparecido de mi vida y, según yo, de la vida. Pero, como hubiera podido decir ella, sólo soy un ciego materialista que no quiere o puede ver la luz, ¿no?

Sólo ese inexistente Dios sabe si está en Katmandú, deambulando entre las ruinas de Babilonia o en Tarapoto. Pero ¿qué importa dónde están enterrados los muertos?

También la frase anterior —me molesta que gramaticalmente se llamen «oraciones»— es un patético error. Alicia no estaba muerta. Al contrario: debía de estar viviendo intensamente. Sumida en su fantástica ilusión (¡qué elegante, ser heredera de los primeros astrólogos!), gozando de orgasmos multifacéticos —menos virtuales que los de los místicos o que los de la internet—, transitando por un sendero verdaderamente luminoso, apoyada sobre el sólido cayado de la Verdad con V mayúscula.

¿Qué era lo mío? ¿Envidia o desprecio?

Ahora sus orgasmos conmigo le parecerían patéticas minucias. Al menos, eso es lo que mis celos me dictaban. Pero no se trataba tan sólo (¡tan sólo!) de celos sexuales.

El ser humano es una maravilla, seguramente digna del Creador al que, según está escrito, se asemeja. Es feliz en este pantano: se cree capaz de transformarlo en *jacuzzi* cuando no espera un *jacuzzi post mórtem*. Y ahora veía a Alicia en el país de las maravillas, ayudando a edificar una nueva sacralidad.

Pero también ésta, como todas, se le derrumbaría en las narices. Me pregunté al principio si, de poderla contactar, se lo volvería a advertir. Cuando creíamos en la historia, en la evolución ascendente de la humanidad, no teníamos mayor reparo en cometer la inutilidad, quizás vengativa, de irrespetar activamente las elucubraciones insólitas de los creyentes religiosos.

—¡Hay que divulgar la verdad! —pensábamos o decíamos—. Esas ilusiones de paraísos y esos terrores de infiernos distraen de lo esencial: cambiar al mundo y a los hombres.

—Cambiar el infierno real por un cielo real aquí mismo, ahora mismo.

Hoy se me ocurre que, además de cruel, eso quizás era insensato. ¿Por qué no dejarles sus sueños a la gente? Antes de eso: ¿acaso es posible despertarlos? En el mejor de los casos sólo provocaremos indiferencia; en el peor, defenderán sus ilusiones y sus temores a pedradas. Se crucifica por inseguridad. Lo grave es que ella,

con su traición, me ha vuelto inseguro.

Me he quedado solo. ¿No es eso lo que quería? Sí, pero con ella. Otra vez el eterno error de eso que llaman amor: entregar la propia personalidad.

Leo sobre la secta de Alicia que sufre persecución por mil motivos. En otras palabras y, consecuentemente, se endurecen en su papel de mártires incomprendidos, repitiendo paso a paso la vieja historia del cristianismo y del comunismo, del viejo capitalismo de «libertad, fraternidad, igualdad», de todas las ideas convertidas en instituciones. Quizás estos neocaldeos sean corruptos y mercenarios, además de amorales y promiscuos, y quizás no. ¡Qué no se ha dicho contra los judíos, los cristianos, los musulmanes! A los correligionarios de Alicia, al menos, todavía no se les ha acusado de beber sangre infantil, de copular con cabras o de acostarse con Satanás. Seguramente es cuestión de tiempo si no es a causa de los nuevos escepticismos del tercer milenio. Quizás los Templarios hubieran sobrevivido en tiempos de la internet.

Alicia en orgías sexuales y hablando de cuerpos astrales y de nuevas atlántidas, de terapias inverosímiles y de levitaciones milagrosas, repitiendo palabras mágicas o haciendo gestos de sanatorio mental: ¡ella, que se burlaba de hostias y filacterias, de sumisiones encarando el oriente y de *oms* autohipnotizantes!

En mi insomnio florecen lujurias pasadas a las que, con ayuda de Alicia, privé del adjetivo «aberraciones». Ahora no tengo, no quiero tener con quién compartirlas. Dos o tres intentos con putas resultaron desastrosos. Y Alicia, si volviera, me diría otra vez que el amor individual es una prisión innoble y egoísta. Yo le respondería que, como todo creyente, ha optado por un egoísmo grupal. Me revuelvo en la entristecida cama y combato el pánico reinventado la intraducible parafernalia erótica de su concupiscencia. Luego, duermo inquieto soñando y desoñando cotidianidades siempre trucas, siempre frustradas: trenes que pierdo, documentos que no encuentro, llamas que me cercan, asesinos anónimos que me persiguen. Esos sueños o pesadillas nunca culminan. Despierto, sobresaltado, en la pesadilla real.

—¿Qué hago? —me pregunté en silencio cuando al responder al teléfono ayer en la mañana escuché su voz.

Quise gritar «¡te amo!» pero colgué.

Ella había pronunciado mi nombre, el suyo y la frase «¿puedo verte?».

Una hora después estaba en la puerta de la casa. La vi desde la ventana, oculto tras la cortina, la dejé timbrar varias veces y me alegré de la fortaleza que estos meses me habían otorgado. Negué mis propias lágrimas.

Imposible describir mis pensamientos de esas horas, desde la llamada telefónica hasta el instante en que desistió de timbrar. Amor, desesperación, angustia, desprecio, odio. Reconciliación y venganza, ansiedad por su boca y la infamia infantil de una puñalada entre sus senos. Lo sublime y lo ridículo entremezclados en una sinfonía

caótica. Preguntas como «¿qué soy?», «¿quién es Alicia?», «¿qué quiero?» y «¿qué quiere?». Y finalmente la hirviente inercia de la quietud.

Cuando la observé irse lentamente todavía era incapaz de moverme aunque por dentro la lucha continuaba. Sólo mis manos se abrían y cerraban y una especie de sudor me resbalaba por el rostro. Lo llamo sudor pero era la turbiedad de mis ojos.

Unos minutos o unas horas después algo crujió en mí y comencé a correr como loco, primero escaleras abajo, luego por la calle, buscando un rastro inexistente.

Ahora mismo, en este instante, sentado aquí, sigo corriendo tras ella, la odiada. He encontrado un fanatismo para el resto de mi vida. Se llama rendición.

(*Ciberayllu*, 2004)

## Estela la bruja

Son las seis de la tarde. Llega Estela. Estela la bruja.

Lleva la bolsa de siempre. La acomoda sobre la banca y luego se sienta a su lado. Estela suspira.

Pronto aparecen el perro y los dos gatos. Ninguno es próspero. El perro muestra las costillas, los gatos —uno gris atigrado, el otro anaranjado— observan, precavidos, todos los ángulos del parquecito antes de acercarse a Estela. Los cuatro se conocen bien y los gatos fingen indiferencia mientras el perro jadea, ansioso.

Estela saca unos envoltorios de su bolsa y pone en el suelo un montoncito de comida para el perro y otro, algo más grande, para los gatos.

Diríase que Estela ha pasado de los sesenta. Es verano pero viste un pesado faldón y un suéter con hilachas sueltas, no muy limpio. Lleva un toque de lápiz de labios. Mientras come atropelladamente, el perro mueve levemente la pelada cola. Los gatos mantienen una cierta dignidad.

Estela vuelve a suspirar. Sonríe un poco. Se ve que no está del todo aquí. Uno se pregunta no tanto dónde está sino cuándo está: ¿en qué pasado, en qué presente, en qué futuro?

No tardarán en aparecer los niños. Si éste es uno de esos días, le gritarán «¡Bruuuujaaaa!».

Algún día, quizás pronto, comenzarán a arrojarle cosas o le empujarán la bolsa para que caiga al suelo y desparrame su contenido. Pero hasta ahora se limitan a gritarle, tres o cuatro veces seguidas, «¡bruuuuujaaaa!».

A Estela le molesta un poco ese grito, pero piensa «ah, niños». Más le preocupa que el perro y los gatos, si todavía están allí cuando aparecen los niños, desaparecerán. A Estela le entristece el terror de los otros.

Ni los animales ni nosotros conocemos la historia de Estela. Menos aún, qué la espera a la vuelta de la esquina y a la vuelta de este día.

¿Y por qué habríamos de saber más que la propia Estela? Sólo nos resta imaginar, como imagina Estela pasado, presente y futuro. Si ella sólo fluye en un lago rosáceo o amarillo, del que surgen ciertos picos y escollos negros, fluyamos con ella y evitemos los mismos escollos. Estela sabe lo que significa chocar con esas filudas negruras que salen de la superficie del lago. Significa dolor. Ideas muertas, amores ahora indescifrables, sonrisas congeladas como la que ahora —no hay niños todavía— embellece su rostro. Y lágrimas.

Allí están los niños: tres chicos, dos chicas. Ninguno mayor de diez años. Dos juegos de patines, una pelota, un par de carritos. Y simpatía por Estela la bruja, sobria y resistente. Junto a ella un perro que se rasca y dos gatos que, como el perro, se aprestan a desaparecer y desaparecen.

Estela está sola, como cuando vino y como lo estará cuando se vaya a dormir, a

eso de las siete o siete y media. ¿A dormir? ¿Cómo saberlo si aquí también dormita o se esfuma hacia adentro, por debajo de la superficie del lago? Quizás camine lentamente hacia otro insomnio o hacia otra sonrisa. Eso será en la casa donde viven sus familiares, en la ruina que la cobija en el silbido del viento a través de puertas y ventanas rotas o en el asilo que la deja salir en los crepúsculos a dar de comer a sus amigos de cuatro patas, que tampoco tienen a nadie.

Estela no tiene hambre. Alguien debe de alimentarla y de los restos fabrica sus paquetitos para el perro y los gatos: Estela, al menos, tiene un nombre y el apodo de bruja.

Los niños siempre acaban por aburrirse porque Estela no reacciona. ¡Si al menos les gritara! Acaban dedicándose a sus otros juegos. Estela, a su único juego: navegar por su lago íntimo, rosáceo y amarillo, tratando de evitar los escollos que, últimamente, parecen ser cada vez menos. Eso le arranca otro suspiro y otra leve sonrisa. Quizás haya escuchado una voz infantil llamándola mamá o abuela. O quizás una voz masculina que le susurra *te amo*. Hay toda clase de escollos y toda clase de dolores.

Ha oscurecido. Los niños, como antes de ellos el perro y los gatos callejeros, se han ido. Aparecen parejas en busca de una banca o quizás de un matorral. Evitan la banca de Estela. No la llamarán bruja: existe sólo como una banca inutilizable.

Estela sabe que es hora de irse. Se levanta un poco trabajosamente, coge su bolsa y comienza a caminar. Dos minutos después, ya hay una pareja ocupando su banca. A nosotros sólo nos queda la sensación de un tímido oleaje que recorre un lago rosáceo y amarillo. También este oleaje se apaciguará y dejará otra noche impune.

(*Ciberayllu*, 2004)

## ¿Y si no mueren?

Finalmente tuvieron que clausurar el restaurante. Pienso ahora que, a falta de explicaciones, se involucraron en la certeza de que ciertas cosas es mejor dejarlas morir.

Los mayores de sesenta años recuerdan el escándalo; otros habrán escuchado los rumores que persisten en ciertos barrios y familias. Y una que otra vez, un viejo memorioso publica algún artículo sobre *los horrores del restaurante Wotans* o algo por ese estilo.

Para los lectores más jóvenes, de medio siglo para abajo, la historia del Wotans alterna entre la leyenda y la literatura gótica. ¿Por qué resucitarla ahora? Tengo mis motivos, en éste mi septuagésimo cumpleaños.

En 1946, año de la inauguración del Wotans en el Jirón de la Unión, casi esquina con La Merced, yo tenía 18 años. Hijo de una familia de clase media alta, era moderadamente rebelde antes de acomodarme a la realidad del mundo de la banca.

Pero todo eso no interesa a nadie. Lo que reanudo aquí es una muy antigua discusión: ¿qué ocurrió realmente en el Wotans, ese restaurante a todo dar, adorno del todavía vistoso centro de Lima, inaugurado con asistencia del alcalde de Lima, del cardenal (quien, por cierto, fue víctima de una súbita indisposición cuando terminaba de bendecir el local y tuvo que retirarse muy pálido) y hasta del señor Presidente de la República? O, mejor: ¿*qué hubo* en ese restaurante durante unas semanas de locura?

Recuerdo las fotos en *El Comercio*, tomadas al inicio del acto inaugural: el presidente, delgado y bigotudo, con sus anteojitos redondos; el cardenal, gordo y opulento en esa foto en blanco y negro; el alcalde tratando de robar cámara, como siempre. Con ellos, el propietario, monsieur le Comte de Verdun, Charles para sus amigos de la *high life*, quien presumía de su título, auténtico o fraguado. Los limeños siempre fueron muy crédulos frente a los extranjeros, con tal de que fueran blancos y elegantes. El conde de Verdun, nombre sorprendente si recordamos que Verdun fue el escenario de la más famosa, mortífera e inútil batalla de la primera guerra mundial, era un hombre reservado, alto, muy delgado, de ojos penetrantes bajo cejas delgadas y ojeras que sugerían vicios tan obscenos como fascinantes. Su palidez más bien amarillenta delataba al noctámbulo por afición o enfermedad. Una batería de mozos algo amanerados lo secundaba, y en la cocina, objetivo de más de un reportaje *kitsch*, reinaba una dama de origen alemán o quizás austriaco, gorda y solemne (algo raro en un cocinero) que sólo respondía al nombre de Frau Schwarz. Presionada, reveló que su nombre de pila era el germanísimo Grete.

Tras esa inaugural noche de gala, Wotans se convirtió en el lugar *in* de Lima, como era de esperar. Y fue en el sábado tras la inauguración que se produjo el

primero de los incidentes.

Serían las nueve y media de la noche, poco más o menos. Yo cenaba con mis padres en una mesita arrinconada, como corresponde a una familia sin título nobiliario. Brillaban los candelabros sobre mozos que se movían discretamente entre las mesas. Voces, risas, tintineo de copas y cubiertos. No presté atención a un señor mayor que se dirigía a los servicios higiénicos, pero quedé paralizado como todos al escuchar un grito, no, un alarido proveniente de los servicios. El conde, flanqueado por dos mozos, desapareció en el pasillo que llevaba allí y volvió tras un par de minutos entre cargando y arrastrando a ese señor mayor. El conde sostenía los pantalones del comensal, que balbuceaba incoherencias y estaba en evidente *shock*. Nos espantó ver cómo una mancha de sangre se extendía por la parte delantera del pantalón precariamente sostenido y que el conde también llevaba las manos enrojecidas. Alguien llamó a una ambulancia que se llevó a la víctima acompañada de una esposa cercana a la histeria.

El conde, con las manos ya lavadas, nos dijo unas palabras con un acento francés que en otras circunstancias hubiese resultado elegante. Habló de *an accidánt*, que no es nada grave, que el señor González de la Matta estaba *très bien*, etc. No estuvo claro esa noche qué había ocurrido, pero los rumores eran bastante intranquilizadores: luego se supo que eran ciertos.

Cuatro días después, según los diarios —yo no estaba allí—, el suceso se repitió, y entonces sí se informó (la víctima, una mujer, sólo era la cajera del restaurante) que, sentada en el wc, *algo* le había destrozado los genitales. Ella, tan en *shock* como la anterior víctima, no podía dar detalles. Aun después de repuestos, ambas víctimas y las seis que sufrieron la misma agresión, sólo pudieron decir que sintieron *algo* que venía de abajo, del desagüe, luego un dolor insoportable y finalmente la oscuridad.

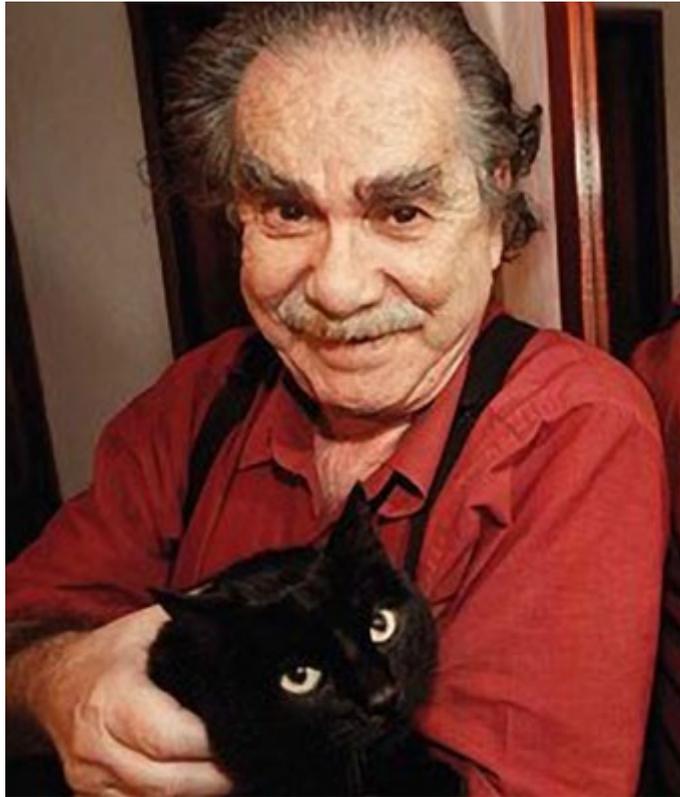
Cuando cerraron el restaurante, ya no iba casi nadie a comer allí. La perplejidad de todos era apenas mayor que su terror. El conde de Verdun, al parecer inconsolable, desapareció con Frau Schwarz y el caso se unió a otros irresueltos en los archivos policiales y periodísticos. Aún años después, la gente se persignaba o apartaba la vista al pasar por el local cerrado y oscuro que nadie quiso alquilar pese a que la propietaria, una compañía de seguros, hizo demoler los servicios higiénicos e investigar las cañerías hasta varios metros.

Ha pasado más de medio siglo, y ese horror dormido en mí y en los de mi generación parecía también condenado al mundo de las pesadillas incomprensibles.

Pero la náusea volvió a mí esta mañana, al leer un anuncio en la página de sociales de *El Comercio*. En él, se anunciaba un nuevo restaurante de lujo en el jirón San Martín de Miraflores, a pocos metros de la avenida Larco, el «Odín». Lo recomendaban sus propietarios o administradores, el Marqués de Ardenes y Frau Trude Weiss. Añadían: *English spoken, On parle français, Man spricht Deutsch*.

Afortunadamente vivo en una silla de ruedas. Nada me obliga ni al coraje ni a la curiosidad.

(*El Hablador*, [www.elhablador.com](http://www.elhablador.com), 2004)



JOSÉ BERNARDO ADOLPH (Stuttgart, 1933 - Lima, 2008). Escritor y periodista peruano, de origen alemán. Publicó los volúmenes de cuentos *El retorno de Aladino* (1968), *Hasta que la muerte* (1971), *Invisible para las fieras* (1972), *Cuentos del relojero abominable* (1973), *Mañana fuimos felices* (1975), *La batalla del café* (1984), *Un dulce horror* (1989), *Diario del sótano* (1996), *Los fines del mundo* (2003) y *Es sólo un viejo tren* (2007); así como las novelas *La ronda de los generales* (1973), *Mañana, las ratas* (1977, reeditada en 1984 y considerada una obra pionera de la corriente «cyberpunk»), *Dora* (1989), *De mujeres y heridas* (2000), *La verdad sobre Dios y JBA* (2001), *Un ejército de locos* (2003) y *La bandera en alto* (2009).

# Notas

[1] Véase mi trabajo *El Concepto del Labriego en Felipe Pinglo*, PEISA, Lima, 1977.

<<

[2] «Las Putas y los Ingleses en la Poemática Vallejana», Prensas Universitarias, Estocolmo, 1985. <<

[3] Mi especial gratitud a su rectora, la Dra. Elizabeth Cow Holstein. <<

[4] Específicamente el profesor Cirilo Murruchuca, cuya avanzada edad, 109 años bien vividos en Trujillo, no le impidió guiarme en su silla de ruedas por su vasta biblioteca. <<

[5] «Esa noche no pudimos fumar...». <<

[6] Remembranzas de don Cirilo Murruchuca (inéditas). <<

[7] Valdría la pena, por ejemplo, hurgar un poco en la genealogía de los Taboada y los Warren, vinculados, según algunos, al rosacrucismo. <<